

MISIÓN DEL PERIODISMO

MISIÓN DEL PERIODISMO

Compilación de Waldo Fernández Cuenca



EDICIONES MEMORIA

Fernández Cuenca, Waldo

Misión del periodismo : compilación de Waldo Fernández Cuenca / Waldo Fernández Cuenca ; compilación de Waldo Fernández Cuenca. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Cultura Democrática, 2024.

180 p. ; 20 x 13.5 cm. - (Ediciones Memoria / Mario Ramírez)

ISBN 978-631-90398-1-8

1. Ensayo Histórico. I. Título.

CDD 306.09

Compilación: Waldo Fernández Cuenca

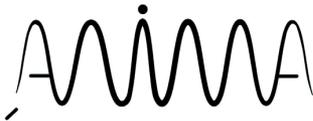
Edición y notas: Mario Ramírez

Diseño de cubierta: José Luis de Cárdenas

En la cubierta, imágenes de archivo de la primera sede de la Escuela Profesional de Periodismo “Manuel Márquez Sterling”, en El Vedado, alumnos, profesores, ceremonia de entrega de títulos, título de graduado y sello postal conmemorativo (en rojo).

© 2024, de esta edición Asociación Civil Cultura Democrática

Esta edición es posible gracias a:



DE LA EXCEPCIÓN A LA MEMORIA



CULTURA
DEMOCRÁTICA

www.cultdemocratica.org

info@cultdemocratica.org

ÍNDICE

Porqué surge esta compilación / 7

Misión de la prensa / 11

ERNESTO ARDURA

El periodismo en sus relaciones con el estado / 31

CÉSAR RODRÍGUEZ EXPÓSITO

Realidad y ficción de la libertad de prensa / 41

ARMANDO SUÁREZ LOMBA

El periodismo en la sociedad moderna / 53

AURELIANO SÁNCHEZ ARANGO

El periodismo como espejo de nuestro tiempo / 71

GASTÓN BAQUERO

Amores, bodas y divorcios entre prensa y público / 95

RAFAEL MARQUINA

La enseñanza del periodismo en las universidades / 121

JORGE LUIS MARTÍ

Unas breves palabras sobre la libertad de prensa / 141

JOSÉ AGUSTÍN MARTÍNEZ

Libertad de expresión y periodismo / 145

RAOUL ALFONSO GONSÉ

Función de la prensa / 149

ANTONIO HERNÁNDEZ TRAVIESO

La prensa y su libertad / 159
LINO NOVÁS CALVO

Responsabilidad de la prensa / 163
JORGE MAÑACH

Más sobre el oficio y su responsabilidad / 167
JORGE MAÑACH

De los autores / 173

POR QUÉ SURGE ESTA COMPILACIÓN

Cuando comencé a revisar la prensa cubana para mi libro *La Imposición del Silencio* me topé con disímiles artículos y conferencias publicados antes de 1959 sobre la importancia de la prensa y especialmente sobre el tema de la libertad de prensa en Cuba.

Esos hallazgos me demostraban las inmensas lagunas que sobre esa temática posee el programa de estudios de la Facultad de Periodismo de la Universidad de La Habana, en los años que allí estudié (2007-2011).

Es muy ingenuo pensar que esas grandes omisiones son obra de la casualidad, en ese momento ya estaba convencido que había una deliberada intención orwelliana del régimen por borrar las grandes luces del pasado, en especial para las nuevas generaciones, sobre todo de aquellos estudiantes que, con una mínima curiosidad intelectual, se deciden a estudiar la carrera de Periodismo en la isla.

De todos los materiales aquí reunidos, el que más me sorprendió por su alto valor intelectual son las conferencias que varios intelectuales y periodistas de la época ofrecieron sobre la prensa y la libertad de expresión en la desaparecida Escuela de Periodismo Manuel Márquez Sterling en 1950.

El material se halla en un estante olvidado de la Biblioteca Nacional y varias generaciones de periodistas cubanos desconocen su existencia.

De igual modo, transcribí artículos de Jorge Mañach, Lino Novás Calvo, Antonio Hernández Travieso, entre otros. En ellos, estos intelectuales escriben sobre la importancia de la prensa en las sociedades modernas y la

independencia que deben tener —en toda democracia— los medios de comunicación con respecto al poder.

Es una compilación que tiene un eje central dentro de sus diversas voces: la defensa de la libertad de prensa y de la labor de los medios de comunicación como fiscalizadores del poder.

Todos esos materiales le han sido escamoteados a varias generaciones de cubanos en más de sesenta años de totalitarismo.

Algunas ideas o aspectos recogidos en este libro están muy lejos de la gran revolución que ha significado para los medios la aparición de internet, la gran red de redes en que en la actualidad todos los grandes y pequeños medios desean conquistar a sus lectores.

Precisamente, porque ya vivía inmerso en esa revolución digital y consciente de su importancia para horadar el totalitarismo cubano, decidí llevar a formato digital estas conferencias y artículos, para que sus lectores naturales, los intelectuales y periodistas cubanos tengan la posibilidad de acceder a ellos.

La pluralidad de voces en un mismo libro nace de un compromiso con la libertad de expresión y en especial del rescate de una parte de la historia del periodismo cubano, tan escamoteado y vilipendiado aún por el castrismo.

A aquellas generaciones que habrán de echar a andar los cimientos de medios más libres en un estado de derecho en el futuro, les sería útil leer este libro, para comprender cuánto se perdió a partir de 1959. Si acaso esta compilación les sirve de inspiración, quedaré satisfecho.

Waldo Fernández Cuenca



Escuela Profesional de Periodismo “Manuel Márquez Sterling”, primera sede, ubicada en la intersección de las calles G y 11, No. 258, de El Vedado habanero (tomada del sitio web de la Facultad de Comunicación de la Universidad de La Habana).

MISIÓN DE LA PRENSA

Conferencia impartida por Ernesto Ardura en el Aula Magna de la Universidad de La Habana, el 10 de mayo de 1955. (Folleto independiente)

Señor Rector Magnífico de la Universidad de la Habana,
Señor Decano de la Facultad de Ciencias Sociales y
Derecho Público,

Señoras y señores:

El hecho de que la Universidad y la prensa de Cuba se concierten para una empresa de esta clase tiene, a mi modo de ver, una especial significación. Son precisamente la Universidad y la prensa los dos poderes espirituales más activos e influyentes con que cuenta nuestro país. He dicho poder y ya siento un poco de preocupación. Pero fijaos que se trata bien de un poder social que carece en lo absoluto de coacción. Ni la Universidad ni la prensa han impuesto sus ideas a la colectividad, por lo que podemos estar tranquilos. Pero en cambio, las ideas enarboladas en estas aulas y las que la prensa ha transmitido, con su terquedad cotidiana, son las que han guiado en gran medida nuestro destino histórico. Por eso puedo decir en seguida, sin temor de proclamar una herejía o algo subversivo, que si alguien ha mandado en Cuba en los últimos tiempos, o mejor dicho, si alguien ha sido obedecido con entusiasmo y adhesión casi unánime, ese privilegio corresponde a la prensa y la Universidad.

Porque, señoras y señores, no manda en una colectividad determinada sólo el que tiene en sus manos los

instrumentos represivos. La fuerza supone, cuando más, un mando artificial y aleatorio. Mandar, en su profundo sentido, significa influir en las conciencias, ser respetado y obedecido de un modo espontáneo. Se trata de un proceso espiritual bien complejo. En Cuba, la vocación de mando en su genuino alcance, sólo demuestran haberla tenido, como instituciones, estos dos poderes espirituales que convergen aquí.

Ni aún el Parlamento, institución democrática por excelencia, ha tenido empeño alguno en mandar, sino casi siempre en todo lo contrario. Porque ha estado más cerca de los reclamos sectarios que de las corrientes de opinión pública.

Pero no creáis que el objeto de esta conferencia es abordar el tema escabroso de quién manda en Cuba. Solo quiero partir del hecho de que la Universidad y la prensa son poderes que ejercen gran influencia espiritual en el país y que, por ese motivo, resulta alentador verlos en conjunción de esfuerzos. Mi tarea aquí en la tarde de hoy es un poco la de poner, en esta alegría de colaboración, unas cuantas gotas de esencia meditabunda sobre la misión que a la prensa corresponde realizar.

Viejo es ya el periodismo como son viejas las universidades. Desde antes de Cristo se redactaban periódicos. El más antiguo diario conocido se le atribuye a Julio César, que fue sin duda una alta mentalidad política. Ordenó que diariamente se escribiesen las transacciones del Senado, en una tabla que se exponía al público. Este es el más lejano antecedente de esos grandes periódicos que hoy, en una noche, consumen más papel que todo el que estuvo a disposición de la humanidad durante la época Antigua y el Medioevo.

Pero aquel periodismo primitivo y raquítrico era solo un paliativo para la curiosidad del hombre. Es de suponer que florecerían los chismes, los rumores, las “bolas”. Sabe Dios cuántas versiones habría de los amores de Cleopatra y Marco Antonio, o de los caprichos de Nerón, o de las bacanales de los emperadores. Muy mal informados debieron estar nuestros remotos antepasados y acaso ello explique la incertidumbre con que hoy contemplamos muchos acontecimientos históricos.

El periodismo moderno es un producto directo de la invención de la imprenta. Así como el Descubrimiento de América ensanchó los horizontes físicos del mundo, la tipografía vino a darle una amplitud insospechada a la difusión de las ideas y las noticias. Se reveló para el hombre un nuevo mundo espiritual, que ponía a disposición de los estudiosos todo el vasto caudal de la sabiduría antigua y que facilitaba el conocimiento más directo de las cosas. El periodismo fue desde entonces factor de aglutinación, de mejor conocimiento entre los individuos y pueblos.

Apenas se concibe que pueda funcionar la compleja sociedad moderna sin la existencia de la prensa. Esta es como el sistema circulatorio que lleva a los rincones del organismo social aquellas noticias e ideas que son indispensables para la convivencia. Si el régimen circulatorio deja de funcionar, las partes del cuerpo colectivo se aíslan y quedan sometidas a una anquilosis. No es exagerado, por tanto, concebir la prensa como un poder social, tan necesario como el del estado, cuyo mejor funcionamiento es indispensable para la salud y el progreso de la nación.

Añadid además que las modernas democracias necesitan contar con ciudadanos bien informados, por lo menos,

de modo que la opinión pública pueda decidir en forma juiciosa los graves problemas del procomún. Si se quiere de verdad que el pueblo sea soberano, es indispensable que tenga una preparación mínima para que ejerza con responsabilidad sus derechos democráticos. La prensa actúa así como uno de los factores esenciales, pues forma la opinión pública en gran medida, y al mismo tiempo la refleja. Es una electricidad que hace vibrar e ilumina los corpúsculos profundos de la sensibilidad colectiva.

La prensa va aliada a la democracia como su inseparable compañera. Por eso los dictadores suelen comenzar casi siempre por suprimir la libertad de informar y de opinar. Creen que así, cortando las arterias espirituales de la sociedad, pueden medrar mejor. Y lo logran solo transitoriamente, como lo releva la experiencia histórica.

Misión de informar

La primera y básica misión que corresponde a la prensa es la de informar. Puede redactarse un periódico sin editoriales —en Cuba los hay— pero no sin noticias. La avidez más general del lector es la de enterarse de lo que ocurre en su derredor y en el mundo, para así satisfacer su instinto de curiosidad.

Los diarios modernos dedican una gran atención a las noticias. De la capacidad que se despliegue para obtenerlas y presentarlas con objetividad y en forma atractiva, depende en gran medida el éxito de la empresa periodística.

El concepto de noticia es bien difícil de definir y está sujeto a muchas disquisiciones. Se ha afirmado que de la noticia hay casi tantas definiciones como del amor, lo

cual es ya mucho decir. El Diccionario de la Academia Española explica que “es una novedad que comunica”. Aquí tenemos un elemento esencial, el carácter de nuevo, de actualidad. La noticia es un personaje que está naciendo y muriendo todos los días. No envejece, no dura apenas unas horas. Cuando cumple su misión de enterar a todos, deja el lugar para que vengan otras novedades a cautivar la atención del lector.

Pero desde luego no todo lo novedoso es noticia. Cada día ocurren miles de hechos que los periódicos no recogen. Para que un suceso cualquiera tenga carácter noticioso es indispensable que interese por alguna cualidad específica, que se separe de lo cotidiano y normal. Pongamos un ejemplo que la actualidad nos brinda. Todos los días hay gatas que traen al mundo su prole. Ningún periódico, sin embargo, ha tenido la idea de reportar sus alumbramientos. Pero hace unas semanas ocurrió que una de ellas, en un alarde genésico, dio a luz cuatro gatitos siameses. Y allá los periódicos se dieron gusto llevándola a primera página, dedicándoles informaciones especiales, confiriéndole la categoría de personaje de la noticia.

Esto es lo que pudiéramos denominar la calidad psicológica de la noticia para interesar al público. Se trata de algo un poco sutil y que queda a la valoración del periodista. En el mismo caso de la gata de cuentas, la noticia de su alumbramiento llegó a la redacción de un periódico —bien lo recuerdo— en una noche llena de trajines. Hubo dudas sobre si valía la pena ir hasta un lugar apartado para traer al papel el testimonio de la ocurrencia felina. Se hacían necesarios un repórter y un fotógrafo para esa labor, los cuales, a lo mejor, se requerirían también para otras urgentes tareas. Pero se decidió —y pien-

so que con buen juicio— que aquello valía la pena, y se hizo, y al otro día era una noticia en que muchos lectores estaban interesados y que otros periódicos se ocupaban de destacar.

He puesto este ejemplo para que ustedes vean cómo en la noticia siempre hay un factor psicológico que consiste en descubrir lo que interesa al lector. Acaso en una sociedad menos sentimental que la nuestra, el alumbramiento de una gata no hubiera merecido tal destaque ni suscitado la reacción que entre nosotros produjo.

Otro ejemplo sobre el valor relativo de las noticias lo tenemos en lo siguiente. Si ustedes comparan los periódicos editados en otros países con los nuestros, se darán cuenta en seguida de ciertas diferencias esenciales. Los diarios extranjeros no tienen páginas políticas ni de crónica social. En cambio, en Cuba tales páginas son de las más leídas. No podría existir un periódico que dejase de atender y destacar esos aspectos informativos. Sociales, política y deporte son tres canteras básicas que nutren el periodismo noticioso en nuestro país. Para otros pueblos, sin embargo, la política doméstica, es decir, el forcejeo interior de los partidos, y la vida social, tienen escaso valor como noticias.

Podríamos, pues, llegar a una conclusión provisional pero bastante segura, en el sentido de que la noticia es aquella novedad que se comunica, como dice el Diccionario, y que tiene interés para un gran número de personas. He aquí los ingredientes básicos de ese personaje tras el cual van día a día los periodistas para apresarlo y hacerlo vivir una existencia efímera, pero a veces ruidosa.

La misión de la prensa en este aspecto es la de ofrecer al lector el mayor número de noticias posibles, como reza

el lema del *New York Times*, pero al mismo tiempo hacerlo con veracidad y objetividad. El lector debe tener la seguridad de que la noticia que lee en el periódico no es la opinión personal del repórter o del redactor, sino el hecho tal y como aconteció, con el margen de error que siempre puede haber en lo humano. Los más grandes diarios contemporáneos son aquellos que han llegado a adoptar esa norma ética y se han conquistado por tanto un crédito de amplia confianza en el lector. Un diario puede opinar en una u otra forma, pero tiene la obligación de dar las noticias ajustándose a la verdad, sin desfigurarla en forma sectaria.

El Código de Honor de la Prensa de América, aprobado en un congreso periodístico que se celebró en México, establece que “el cumplimiento honesto y eficaz de la función informativa exige que los periódicos presenten una información objetiva y veraz”.

Y en otro artículo señala que “debe distinguirse estrictamente la función informativa de la función ideológica y orientadora”. También la Sociedad Norteamericana de Editores de Periódicos ha adoptado un código de ética, en el cual se señalan, entre otras reglas, las relativas a la imparcialidad, veracidad, responsabilidad y decencia de las informaciones. Tales normas han sido aceptadas y seguidas por la mayor parte de los periódicos norteamericanos, lo cual representa una garantía de seriedad para el lector.

La existencia de los códigos de ética periodística demuestra hasta qué punto es delicada y responsable la labor de la prensa y cómo debe regirse por criterios de una elevada moral. En tal sentido, tiene razón el editor del *Chicago Tribune*, Robert B. McCormick, cuando afirma que “nadie puede ser un buen periodista si no tiene algo

bueno y grande en su corazón”. En esta profesión se requiere constantemente un acucioso sentido del deber, un amor a la verdad por encima de todo, una vocación de sacrificio que no repara en horas de trabajo, ni en esfuerzos ni en exposición, a veces, de la propia vida. Tales periodistas, cuando tienen empresas que los respalden, son los que hacen en verdad los buenos periódicos.

Misión de orientar

Si informar es la misión primaria de la prensa, no es menos importante la de brindar orientaciones a la opinión pública sobre los asuntos de actualidad. El lector tiene ante sí un cúmulo de acontecimientos, que a veces no puede comprender bien, por su carácter complicado, en algunos casos, o rigurosamente técnicos en otros. Los editoriales y artículos son como el jugo gástrico que contribuye a la digestión de las noticias. Sin este complemento indispensable, el lector carecería de la suficiente perspectiva para orientarse entre las múltiples informaciones a que diariamente tiene acceso. No quiere decir que ha de aceptar ciegamente la opinión del periódico, pero al menos debe contar con elementos de juicio que le ayuden a formarse su propio criterio.

La misión de orientar a la opinión supone una delicadísima tarea, que sólo puede realizarse adecuadamente si los periódicos tienen independencia y un alto sentido de la responsabilidad. A veces será hasta ir en contra de criterios predominantes. Pero al fin y al cabo, si un diario ejerce su misión editorial con honradez e inteligencia, va ganado prestigio en la opinión pública y llega a influir

decisivamente en la colectividad. Sin embargo, el editorialista no debe hacerse ilusiones respecto a la inmediata eficacia de sus artículos. Será indispensable que escriba mucho sobre el mismo tema y que el tiempo forme estados de opinión pública, para que las ideas enarboladas lleguen a triunfar.

Creo que tengo alguna experiencia sobre el particular, pues he trabajado durante muchos años como redactor de editoriales. Y mi experiencia es alentadora en gran medida, pues recuerdo que casi todas las causas justas han sido ganadas en definitiva. A veces han pasado meses y hasta años, pero los principios se han impuesto a la larga sobre todas las realidades que los ignoraban.

Podría citar ejemplos específicos. Nunca se me olvidará el de las leyes complementarias de la Constitución ni el de la reciente amnistía¹. En el primer caso fue necesario que pasaran varios años antes de que los gobernantes se hicieran eco de la demanda. Pero esas leyes complementarias fueron aprobadas en su mayor parte, porque la prensa había formado un estado de opinión pública al respecto. En la cuestión de la amnistía política se hizo necesario un gran esfuerzo para vencer recelos, dudas, vacilaciones. Al cabo la prensa, que interpretaba un criterio nacional, ganó la batalla de la amnistía. Siempre sucede así, al menos en nuestra república, donde la opinión del pueblo es vigorosa y se hace sentir en las esferas del gobierno.

La misión orientadora de la prensa es particularmente relevante e indispensable en las democracias. El pueblo

¹ Se refiere a la amnistía general otorgada en mayo de 1955, por la que el régimen de Fulgencio Batista dejó en libertad a Fidel Castro y varios asaltantes del cuartel Moncada.

tiene que elegir periódicamente mandatarios, decidir sobre importantes cuestiones políticas y económicas, compulsar las doctrinas y pronunciamientos de los partidos. Es una vasta gama de intereses e ideologías que requiere, para orientarse, un conocimiento maduro y sereno. De otro modo, la opinión pública sigue a los demagogos, que son los más hábiles para presentar sus puntos de vista y que apelan a los instintos y emociones primarios.

La misión de una prensa responsable puede contribuir mucho a que la democracia funcione de un modo equilibrado, sin caer en los peligros y graves inconvenientes de la demagogia. Si la prensa, frente a los hechos, presenta criterios racionales y concretos, si defiende con firmeza los principios, si enseña al pueblo a pensar y orientarse con sagacidad, entonces la opinión pública adoptará actitudes congruentes y la democracia funcionará como un sistema político que, si no es perfecto, al menos se acercará bastante al ideal del gobierno entre los hombres.

Claro que no es posible a todos los periódicos que se produzcan en forma tan juiciosa. Siempre hay una prensa amarilla que explota los sentimientos demagógicos y que deforma la verdad para servir intereses sectarios o mercantiles. Este tipo de prensa puede hacer un gran daño, pero no será tan pernicioso su labor, si los periódicos serios mantienen una línea de rectitud y orientación inteligente. En los Estados Unidos, por ejemplo, el *New York Times* no es el periódico que tenga más lectores, pero sí el más respetado por sus opiniones y el que más influencia ejerce.

Por lo demás, no es fácil llegar a un criterio de verdad. Pero podemos tratar de acercarnos bastante a lo justo, si procedemos con plena independencia y sin sujeción

a ningún dogmatismo. En una política editorial que aspire a conquistar el respaldo y la simpatía de la opinión pública, no debe influir ningún interés sectario. El saber y la experiencia son los llamados a fijar la orientación del periódico y determinar sus puntos de vista sobre los complejos y diversos problemas que se presentan en cualquier colectividad moderna.

La opinión editorial ha de ser congruente y mantenida con reiteración, para que llegue a determinar estados de opinión pública. El periódico debe mostrar cuidado en no contradecirse, en ofrecer una firme y clara política de principios. De lo contrario, corre el peligro de que el lector considere que sus opiniones se forman de acuerdo con conveniencias circunstanciales, en vez de ajustarse a normas inalterables de servicio público.

Una mayor flexibilidad cabe en lo relativo a artículos firmados. Es más, el periódico puede publicar opiniones contrarias de algunos de sus colaboradores, y ello contribuye a que el lector tenga a la vista distintos ángulos de enfoque, para formarse una mejor orientación. Esta amplitud en cuanto al juicio de los colaboradores no conviene, sin embargo, que vaya más allá de los principios fundamentales que defiende el periódico. No es posible admitir, por ejemplo, que en diario de ideas liberales, se haga la apología del cesarismo o que se justifiquen las agresiones a los derechos democráticos. Pero salvo las cuestiones esenciales, el articulista que firma sus trabajos debe tener la mayor libertad para expresar sus criterios, siempre que lo haga de las normas fijadas por la ética periodística.

Si un periódico cuenta con editoriales inteligentes y sabios, y ofrece al lector, además, la oportunidad de acer-

carse a comentarios de la actualidad redactados por un cuerpo talentoso de colaboradores, puede sentir la satisfacción de que está contribuyendo a conducir rectamente la opinión pública para el mejor encauzamiento de la vida nacional. Dichosos los pueblos que cuentan con una prensa celosa de sus obligaciones y sinceramente empeñada en cumplir su alta misión orientadora. Esos pueblos son los que determinan el progreso y rumbo ascendente de la civilización.

Misión de cultura

Con frecuencia se ha dudado que el periodismo sea un instrumento de cultura. A esa mala reputación ha contribuido mucho un ensayista tan agudo como José Ortega y Gasset, quien en una conferencia famosa afirmó que “el periodista es una de las clases menos cultas de la sociedad presente” y que “el periodismo ocupa el rango inferior en la jerarquía de las realidades espirituales”².

Extraña que estas palabras hayan salido de un escritor que no ha dejado de ser periodista a todo lo largo de su brillante carrera y que debe precisamente a los diarios la gran difusión de su pensamiento. Es más, su propio ejemplo de filósofo asomado a las páginas de los periódicos es una desmentida de su enfática andanada contra la prensa.

Ahora bien, es posible que Ortega y Gasset tuviese algo de razón en su alegato, muy interesante en este caso, porque precisamente exhortaba a la Universidad para que

² José Ortega y Gasset: *Misión de la Universidad*, Revista de Occidente, Madrid, 1930.

supliese las deficiencias del periodismo y enfocara los grandes temas del día desde su punto de vista propio — cultural, profesional o científico.

La Universidad de la Habana, al menos, está preocupada por llevar a cabo esa función de cultura, como lo prueban este curso, las exposiciones, el cine, el teatro y otras actividades. Pero la alta misión espiritual que Ortega asigna a la Universidad no obsta para que el periodismo pueda realizar a su vez una labor de divulgación de las ideas y de los hechos culturales.

Hay que reconocer que tal empresa ha estado casi abandonada. Apenas las noticias culturales ocupan un lugar en los periódicos. No hay secciones de comentarios de libros. Todo esto es cierto y acaso a ello aludía Ortega y Gasset cuando disparó sus proyectiles dialécticos contra el periodismo. Pero el hecho de que tal misión no se cumpla o se realice muy imperfectamente, no es motivo para deducir que debemos prescindir de la misma.

La verdad es todo lo contrario. Se requiere que la prensa ponga todo su poder divulgador al servicio de la cultura, entendida esta en el sentido que la definía el historiador Jacob Burckhardt, “como la suma total de los procesos espirituales que se desarrollan en una forma espontánea”. El pueblo acaso no se haga más culto con lo que publiquen los periódicos, pero sí será educado con una mayor sensibilidad para apreciar las manifestaciones del pensamiento y del arte. La función cultural de la prensa no es, a mi juicio, la de enseñar con metodología didáctica, sino la de despertar inquietudes que luego vayan a satisfacerse en el libro, en el concierto, la exposición o la conferencia. Como agente incitador de curiosidades, creo que no hay ninguno que supere a la prensa.

Y que la prensa está en ese camino de emparentarse más con la cultura lo prueban algunos síntomas, como ese reciente de la difusión brindada a la invención de la vacuna contra la poliomielitis. Los periódicos han recogido alegatos, han divulgado la vida del doctor Salk, han convertido en una actualidad muy viva el hallazgo científico. Con esto se ha hecho un gran servicio a la humanidad y sólo los periódicos eran capaces de realizar la tarea. De otro modo, el gran acontecimiento hubiese permanecido ignorado por la opinión pública.

Vasta es la misión cultural que puede realizar la prensa, desde la reseña de conferencias, exposiciones, conciertos y otros actos, hasta la difusión de las ideas que, en el orden literario, científico o artístico, se debaten en el mundo de hoy. Hay que llevar las antenas del saber hasta los últimos rincones y despertar la sensibilidad del pueblo, para lo cual se requiere una preparación muy amplia en los que desempeñan esta profesión.

Yo no soy de los que opinan que basta con dar al lector cualquier cosa, aunque sea grosera y chabacana, si en esa forma se venden ejemplares de periódicos. La prensa tiene una gran responsabilidad y debe procurar que su labor sea beneficiosa y educadora. La gente tiende a guiarse por lo que ve en la letra de molde. Si el mensaje que encuentra en la prensa es constructivo, acabará por sensibilizarse ante esas incitaciones y evolucionar hacia un nivel de cultura más alto.

Un ejemplo ilustrará mejor lo que puede la persistencia en estos empeños. Ustedes recordarán la época, aún no muy lejana, en que ningún empresario de cine quería exhibir películas europeas, porque no era negocio, ya que el público no asistía. Sin embargo, la tenacidad de algu-

nos en calozar ese género de cintas cinematográficas ha obrado el milagro contrario: que las películas europeas llenen las salas y que ofrezcan las mejores ganancias.

Yo entiendo, quizás con un poco de optimismo, que también las noticias culturales y los artículos literarios y científicos llegarán a vender muchos ejemplares de periódicos, y que el lector se acostumbrará tanto a ellos, que los reclamará como un servicio periodístico indispensable. La prensa será así un índice y reflejo de la cultura viva de su tiempo.

Libertad de prensa

Esa intensa y extensa opinión que corresponde a la prensa realizar depende en gran medida de las condiciones que rijan su desenvolvimiento. Si está sometida, como ocurre con los países totalitarios y en las dictaduras latinoamericanas, a las preceptivas del poder, su acción es delegada e incolora. El periodismo deja de tener influencia efectiva en la opinión pública y se convierte en un negociado más de las oficinas del estado.

La libertad de prensa es una de las más grandes conquistas de la civilización. Su importancia radica no sólo en el hecho de que permite contar con periódicos independientes, para ejercer la libre crítica y formar una opinión pública responsable, sino en que es una garantía del sistema de derechos individuales. Cuando no hay libertad de prensa, todo el régimen de libertades está amenazado de morir. Con razón ha dicho Harold Laski que “un pueblo sin noticias que merezcan crédito es, más tarde o más temprano, un pueblo sin una base de libertad”.

En las naciones democráticas, el concepto de libertad de prensa ha llegado a alcanzar una gran latitud. No hay restricciones a priori de la misma, porque ello sería una forma de censura. Cualquier responsabilidad legal en que pueda incurrir un periódico es determinada siempre a posteriori y mediante decisiones judiciales. Así lo establece, entre otras constituciones modernas, la nuestra de 1940, que en su artículo 33 determina que “toda persona podrá, sin sujeción a censura previa, emitir libremente su pensamiento, de palabra, por escrito o por cualquier otro medio gráfico u oral de expresión”.

El derecho de libertad de prensa es de tal amplitud en los regímenes democráticos, que se acepta que la crítica de los actos gubernamentales, aun cuando no sea veraz, no constituye delito. Porque un periodista puede equivocarse, con buena fe, en la exposición de un hecho.

Ahora bien, la libertad de prensa no autoriza para incitar a la rebelión contra el gobierno o para calificar actos de violencia que perturben la paz. Tampoco permite la ley que se utilice para cometer el delito de libelo, es decir, la difamación de una persona, mediante calumnia o injuria. El periodista que incurra en esas figuras delictivas está sometido a la acción penal.

Hay otras restricciones de la libertad de prensa que caen dentro del terreno de la moral. Ningún periódico que se precie de serlo publica en sus páginas material obsceno, porque esta es una forma de corromper las costumbres y llevar a la anarquía social. Pero las normas al respecto provienen más bien del propio sentido de responsabilidad de la prensa, que de leyes escritas, aunque en algunos países la legislación prohíbe expresamente toda publicación inmoral.

Fijaos que aún en los casos de delitos flagrantes, la libertad de prensa no admite restricciones previas. Sólo después de cometida la infracción, puede ejercerse la acción legal para sancionar el daño causado a la sociedad, o a un individuo en particular. Sin duda, esta institución de la libertad de prensa es una de las más grandes creaciones de la sociedad moderna. Para los países que no la han disfrutado nunca, acaso deje de tener importancia. Mas en aquellos pueblos afortunados que han podido saborear las delicias de esta libertad y asomarse cada día a las noticias, sin que se oculten o mixtifiquen, la libertad de prensa es un bien del cual no pueden prescindir.

El cuarto poder

Se dice con reiteración que la prensa es un cuarto poder. Para que lo sea efectivamente, la prensa tiene que cumplir sus funciones a plenitud. Debe saber administrar la libertad, que la ley le reconoce, en beneficio colectivo. Los periódicos no son sólo empresas privadas, sino entidades de servicio público, con responsabilidades muy complejas que asumir.

No basta con que, todos los días, salga a la calle una determinada cantidad de papel impreso. Lo importante es el espíritu que anime esas páginas, la veracidad en la presentación de las noticias, los comentarios sinceros y enérgicos. Muchas veces la alta misión del periodismo se ve lastrada por el miedo o la timidez en el enfoque de los temas. Se establece dentro del propio diario una especie de autocensura, para impedir el más pequeño desbordamiento. Este estilo de periodismo, que quizá se jus-

tifique en determinados de gran peligro o crisis del país, no es el que corresponde a la prensa que aspire a cumplir con entereza sus deberes.

Otras veces el periodismo debilita su acción por exceso, al dedicarse casi exclusivamente al escándalo. Es nocivo y repudiable que se falte a la verdad, que se lastime sin pruebas la reputación de las personas, que se violen las reglas éticas. La responsabilidad moral de la prensa es tan necesaria como su decisión para criticar los abusos y cumplir con valentía su misión de orientar a la opinión pública.

Del equilibrio, inteligencia y grandeza con que ejerza sus cotidianas tareas, depende que la prensa sea ciertamente un cuarto poder. Porque como dijimos al principio, su autoridad no depende de la coacción, sino de factores espirituales. El estado puede, en cualquier momento, hacer cumplir una disposición, aunque sea injusta y contraria a la opinión general, pero la prensa no puede hacer triunfar un criterio si este no se inspira en la verdad, el bien y las conveniencias del pueblo.

Por otra parte, las relaciones entre el periódico y la opinión pública son muy sutiles y delicadas. Es una especie de interacción, de influencia mutuamente ejercida. La prensa debe recibir los latidos de la sociedad, pero al mismo tiempo tiene que orientarlos en la mejor dirección. Nunca se sabe a ciencia cierta si es la prensa la que crea la opinión pública o si es esta la que se refleja en la prensa. La verdad, debe ser una combinación de ambas actividades. Prensa y opinión pública son una ecuación que funciona en beneficio de la colectividad y que sirve de garantía al gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo.

Todo lo anterior indica hasta qué punto el poder de la prensa es, más que una conquista definitiva, una posibi-

lidad que depende de la eficacia con que lleve a cabo la compleja misión que le está encomendada, como agente espiritual de miles de lectores anónimos.

Prensa y universidad

No quiero terminar estas palabras sin antes señalar la importancia y la utilidad práctica que se derivan de este trabajo en colaboración entre universitarios y periodistas, que creo servirá de base para relaciones más permanentes y de fecundo alcance.

La Universidad de la Habana tiene una larga tradición de esfuerzos culturales y de servicios a la comunidad. Ha sido, en las épocas de dificultades y sombras, un refugio de la dignidad cubana, un insobornable bastión de los ideales del pueblo. Por eso ha llegado a convertirse, como decía al principio, en un poder espiritual, que ha señalado los rumbos de nuestro destino histórico. No me refiero aquí solo a la gallarda actitud de los estudiantes, sino al cuerpo universitario como institución, que bajo la rectoría, en los últimos años, de un cubano tan eminente como el doctor Clemente Inclán, ha logrado mantener una invariable línea de decoro y lealtad a los principios fundamentales de la República.

También la prensa responsable de Cuba ha sabido defender esos mismos principios y servir de intérprete de la opinión pública cuando parecían cerrarse los caminos de la libertad. El ejemplo de firmeza ideológica que se desprende de esas actitudes ha contribuido en gran medida a fortalecer la fe en valores espirituales que son consustanciales a nuestro pueblo.

Yo estoy seguro que esta Universidad y la prensa cubana seguirán cumpliendo con su deber y haciendo su tarea fecunda: la de sembrar curiosidades intelectuales, la de informar, formar y orientar, la de madurar ideas que sirvan para el progreso y el bienestar de la colectividad. Aunque es esta una empresa larga, difícil y poco espectacular, sin embargo sus resultados serán los más beneficiosos en definitiva, porque han de traducirse en la superación de la conciencia nacional.

EL PERIODISMO EN SUS RELACIONES CON EL ESTADO

Exposición de César Rodríguez Expósito en el Primer Congreso Nacional de Periodistas, leída en La Habana, el 28 de noviembre de 1941. (*El Periodismo en Cuba*, edición de 1941 de la Asociación de Reporters de Cuba)

He aquí un tema de grandes complejidades escabrosas sobre el que es necesario proyectar el análisis, determinando previamente los ángulos desde los cuales hemos de contemplar sus diversos aspectos.

El periodismo, en abstracto, en sus relaciones con el estado puede quedar satisfactoriamente establecido dentro de los límites que marcan la Constitución y las leyes de la República, en un clima de alto sentido democrático. Pero este no es el estudio principal de la cuestión. El punto que es necesario considerar con especial detenimiento es el de las obligaciones y deberes recíprocos, no de la prensa y el estado, sino de los periodistas y de los funcionarios que en grado mayor o menor son representativos de uno y de otro, y cuyas actividades van estableciendo normas para estas relaciones que en unos casos son útiles y convenientes al recíproco interés o son viciosas y es necesario conocerlas para confirmarlas y rectificarlas.

El estado en el concepto moderno de la hora actual toma los caracteres de una gigantesca empresa de producción, organizada para el sostenimiento y progreso de la sociedad que lo forma, propendiendo a su bienestar, a su cultura, y organizándose también para la defensa de sus instituciones.

En las actividades del estado moderno las de sentido económico prevalecen sobre las políticas, sociales y culturales. Estas funciones se acentúan con especial énfasis en momentos de crisis pavorosas como las que sufre la humanidad de hoy. El sentido de las defensas de las instituciones del estado, ha conducido a la centralización de las actividades de este en prácticas llamadas de economía dirigida, de control de la distribución de la producción, venta y consumo de los productos, de la defensa militar contra enemigos interiores y exteriores, que hacen inmensamente activa, difícil y compleja las funciones del jefe del estado y del gobierno que les asiste.

En tales funciones es necesario incorporar a la prensa, como el cuarto poder del estado, que tiene a su cargo la inmensa tarea de promover la opinión del pueblo unas veces, de recogerlas otras, y de canalizarlas en la medida que sea útil y necesaria a la salud de la patria. La prensa es la voz de esa opinión, su estímulo y su pensamiento vivo: es, en última instancia, la opinión misma.

Esta opinión se descompone en múltiples aspectos como el rayo de luz al través de un prisma en análisis espectral. Así vemos la prensa política con todos sus partidarios; la prensa de ideas religiosas; la mantenedora, más que de ideas de ideales sociales; la prensa mercantil, etc., incorporadas a los grandes grupos que asisten al gobierno, que lo combaten o que se sitúan en ese estado intermedio de la tierra de nadie. Todo ello en conjunto, como en síntesis de espectro, forman el rayo de luz de la prensa nacional.

Voltaire dijo que los filósofos gobiernan al pueblo un siglo después de su generación. La prensa, en cambio, ejerce su influencia inmediata sobre el gobierno y

el pueblo mediante la expresión de sus opiniones. “El periodismo, dice José Manuel Cortina, es un gran sugestionador, llega a todas las conciencias. Multiplica el bien o el mal, multiplica la injusticia o la justicia, multiplica la verdad o la mentira, y por eso es dueño y señor de la sugestión colectiva y dueño y señor de lo subconsciente, en donde se elabora la conciencia presente y la del porvenir”.

Cuando contemplamos al periodismo como parte activa y orientadora del estado moderno, es cuando sentimos las dimensiones de su proyección, la importancia de sus funciones y la responsabilidad de su recta aplicación.

Las relaciones entre el estado y la prensa, observadas con visión histórica nos permite considerarlas en el pasado, en cuanto ha sido pugna entre las fuerzas que ambos representan, mejor que como una incorporación de funciones orientadas al bien general. Esta pugna, con cierto determinismo histórico, ha prevalecido al través del tiempo, al extremo que las naciones que han transformado sus instituciones y sistemas han empezado por organizar los departamentos o ministerios de propaganda al servicio de sus propósitos.

Esta influencia de procedimientos para el control de la publicidad por el Estado se estableció, por la fuerza de las circunstancias, en muchos pueblos contrarios a tales sistemas de la propaganda organizada como una necesidad del gobierno. Por eso vemos cómo se crearon los ministerios de propaganda en distintos países —totalitarios o democráticos—, incorporando a los mismos a periodistas profesionales, ya que poseían la capacidad, experiencia y don psicológico necesarios para estas labores captadoras.

Los ministerios de propaganda constituyen un arma de doble filo para el periodismo como clase, para el periodista como profesional. Por eso debemos estar siempre vigilantes de su organización y propender a que no sean funcionarios inexpertos, desvinculados de lo que es y significa la profesión periodística, que vendrían a desvirtuar lo que lógicamente es y debe ser la misión de esas dependencias del estado.

Tal pugna nació con el periodismo; así vemos que al aparecer la “Noticia Manuscrita”, el Papa Pio V se pronunció contra ese sistema de publicidad y ordenó que el noticiero Niccolo Franco muriera en la horca. Posiblemente fue este el primer repórter víctima de la lucha de intereses contra la idea escrita.

El sucesor de Pio V, Gregorio XIII, dictó una disposición prohibiendo y condenando a galera temporal o perpetua a los que recogieran noticias, fuesen falsas o verdaderas. Sixto V hizo que le cortaran las manos y le arrancaran la lengua a Annibale Capello, por el mismo delito de emitir su pensamiento manuscrito. Cuando Gutenberg hace posible la letra impresa y con ella el periódico, que multiplica las posibilidades para difundir el pensamiento llevado al periodismo, la pugna se acentúa y las fuerzas se organizan para luchar mejor, en vez de organizarse para una amplia y fecunda coordinación de esfuerzos útiles al interés de la nación y de la humanidad.

En nuestros días y en algunos estados esta pugna es una guerra a muerte. Así vemos en la Alemania nazi y en la Italia fascista, y en la Rusia comunista, que no puede circular otra idea impresa que aquella acomodada a un programa y a un propósito del estado, donde no puede florecer la libre emisión del pensamiento. Así vemos los

autos de fe de la Alemania nazi, hechos con el pensamiento impreso en las obras inmortales de los Einstein, Ludwig, Stefan Zweig, Thomas Mann, Remarque, Barbusse, Maeterlinck y Freud.

Esta es la lucha entre la fuerza y la idea en la que la victoria ha sido siempre y seguirá siéndolo para los mantenedores del pensamiento como expresión de un ideal legítimamente humano. El estado y la prensa deben abandonar, en lo que a cada uno concierne, sus posiciones de contendiente para incorporarse armónicamente a las funciones de interés universal que deben inspirar a ambos. Esto no significa que la prensa debe ponerse al servicio del gobierno. Debe existir la prensa independiente; debe existir la prensa gubernamental, sin que esto quiera decir sometida, y debe existir la prensa representativa de la oposición mantenedora del equilibrio que en toda democracia corresponde a las minorías encargadas de fiscalizar los errores de los poderes del estado. Frente al gobierno cuando sea necesario, y a su lado cuando lo reclame el interés nacional.

En resumen, el estado necesita de la prensa para la consecución de sus fines. Y ahora surge una cuestión de trascendencia: ¿necesita la prensa del estado?

En esta pregunta y en la respuesta pueden quedar contenidos todos los puntos que a mi juicio son principales en el tema que se me ha confiado sobre las relaciones del periodismo con el estado. Para mejor enfoque de la cuestión he querido establecer las distinciones apuntadas anteriormente entre el estado y la prensa como entidades abstractas, para considerar después las relaciones entre el periodista, representativo de la clase y el gobernante representativo del estado.

Dado el carácter particular de la cuestión parece difícil determinar la norma a seguir para regular las relaciones de este tipo, que, conservando su carácter peculiar, debe estar comprendida en las disposiciones constitucionales y en las leyes que determinan las funciones del gobernante, y en cuanto al periodista las que le dicte el sentido de la honradez profesional, de dignidad de la clase y su postura intelectual, que pierde toda elegancia, toda garantía y toda autoridad cuando se hace mercenaria.

El gobernante venal que busca en el periodista complaciente un encubridor de sus prevaricaciones, y el periodista que las encubre, son ambos los mercaderes del templo de la patria que necesitan el castigo del látigo de un Redentor. Este contubernio del funcionario y del periodista venales es el que da lugar, principalmente, a que se desvirtúe y deforme el concepto del periodista y que alcance a la clase el menosprecio público que debe dirigirse solamente al individuo en particular que especula contra su profesión traicionándola.

Con vista de estos aspectos de las relaciones entre periodistas y Departamentos del Estado, y con otros propósitos determinados, surgen en Cuba los “Burós de Prensa”: unos para controlar la información y evitar que no se publicara más que aquello conveniente a los intereses del Jefe, Secretario o Ministro; otros para establecer sistemas de propaganda de las medidas, proyectos y reformas gubernamentales, etc. y, al mismo tiempo, para otorgar retribuciones económicas a los *reporters* encargados de las informaciones de cada Departamento, a fin de justificar las asignaciones que por esa labor de propaganda realicen.

En opinión del ponente, los Burós de Prensa han sido funestos para la clase periodística cubana. Han provoca-

do ambiciones. Han castrado la labor del periodista dentro de las oficinas públicas, y han abierto las puertas del periodismo a los improvisados, a los arribistas, y han, en fin, desmoralizado en parte a la clase reporteril haciendo que en el concepto público haya perdido mucho del prestigio que tenía en otro tiempo.

Con el pretexto del Buró de Prensa se ha divulgado lo que siempre se ha tenido en la más profunda reserva de las relaciones entre el estado y el repórter. No solo se ha divulgado sino que ha servido de pretexto para que muchas empresas hayan suprimido y rebajado los sueldos respectivos alegando que el repórter percibía ya un sueldo trabajando en el Buró de Prensa de tal o cual Departamento de Estado. También ha servido para que muchos empleados y muchos amigos de las empresas, que no son periodistas profesionales, traten de incorporarse a estos Burós de Prensa equiparándose a los periodistas verdaderos.

Antes de que surgieran estos llamados Burós de Prensa, que no tenían más misión que reportar lo que publicaban los periódicos para conocimiento de los funcionarios, pero sin control de las noticias ni contacto con los periodistas. Para dejar bien sentadas actitudes, y como en este Congreso de Periodistas debemos hablar muy claro, y como en mi vida profesional tengo un historial limpio, y no tengo que arrepentirme de ninguna actuación, porque siempre he mantenido la más estricta ética profesional, quiero declarar que yo fui jefe de un Negociado de Prensa, pero que antes de aceptar el cargo exigí que se creara con determinadas condiciones. Y a ese efecto se dictó un Decreto Presidencial que honra a sus firmantes, y que me cabe el honor de haber sido su inspirador.

En ese Decreto se consigna que: “El exponer la necesidad de las medidas que preceden no puede intentarse, en modo alguno, como propósito por parte de la Secretaría de Sanidad y Beneficencia, de establecer medios de control de las noticias que se produzcan en esa dependencia, porque la labor de los *reporters*, como representantes de la prensa acreditados ante dicho Departamento, continuará siendo de absoluta independencia”.

Estos Burós de prensa, caso de subsistir deberán elevarse al rango de dignidad y de superación necesarias al prestigio de la clase y de sus fueros profesionales. A este ideal debemos cooperar todos haciéndonos superiores a nosotros mismos para así superar la prensa que es la madre de nuestros amores. De este congreso esperamos un poderoso impulso hacia adelante en el camino de las grandezas que anhelamos. Es un camino incierto como todos aquellos ocultos entre las sombras que envuelven a la doliente humanidad de hoy.

A este respecto recuerdo un interesante editorial del periódico *Think*. Se titula el “El Árbol de Josué”, y cuenta como los israelitas que se adentraban como colonizadores en las tierras inexploradas de Norteamérica, se detenían a veces en el camino a seguir, hasta que se encontraban a su paso el Árbol de Josué, al que llamaron así por la extraña disposición de sus ramas, orientadas en determinada dirección, como un poste de señales o como un índice providencial que les marcaba el rumbo. Esta señal confortadora los animaba hacia delante, hacia la conquista, hacia el ideal, llenos de esa confianza que el hombre necesita y que recibe plenamente cuando percibe señales inequívocas de que se encuentra en la ruta cierta.

Esto espero que sea el Primer Congreso Nacional de Periodistas: el Árbol de Josué que marca con precisión y sabiduría la ruta que ha de seguir el periodismo cubano hacia la superación y engrandecimiento de la prensa nacional.

Conclusiones

PRIMERO.— La prensa como una fuerza activa del estado mantendrá sus fueros y cumplirá sus obligaciones dentro de las normas de armónicas y cordiales relaciones.

SEGUNDO.— Considerará el interés de la patria por encima de todos los partidanismos y propósitos, y cooperará íntegramente con el estado para la preservación de las libertades y la consecución de sus fines de alto sentido nacionalista, pero sin dejar de ejercer las funciones fiscalizadoras y de crítica constructiva cuando el propio interés nacional lo aconsejó.

TERCERO.— Repudiar la injuria y la calumnia y sancionar al periodista culpable de tales delitos incapacitándolo para el ejercicio de una profesión que con su conducta se haya deshonrado.

CUARTO.— Abogar por la supresión de los Burós de Prensa, solicitando facilidades para que el periodista, en forma individual e independiente, pueda ejercer su función en relación con los organismos del estado.

QUINTO.— En caso de crearse un Ministerio de Propaganda o Departamento de Publicidad y Propaganda, dentro del estado, siempre que no tenga fines de control de las noticias o de censura, debe recabarse que esas posiciones sean desempeñadas por periodistas profesio-

nales, y que la organización que se le dé a este Departamento propenda: a la mayor eficacia de los beneficios de una propaganda inspirada en el interés nacional; a la coordinación, orientación e inspiración interior o exterior de cuantas informaciones sean útiles y provechosas a esta clase de propaganda; incluyendo la publicidad para el turismo; fomentar la cultura, estimulando las artes, el teatro, el cinematógrafo, las actividades recreativas y deportivas, la radiodifusión y, en general cuanto eleve nuestro nivel cultural y artístico; estimular la producción de películas nacionales expositivas de nuestras bellezas naturales y de nuestra personalidad; colaborar con la prensa extranjera para suministrarle elementos de publicidad y de más íntimo conocimiento, evitando que no se divulguen noticias nocivas al crédito y a la cultura del país; promover un intercambio entre periodistas, escritores y artistas nacionales y extranjeros; estimular las actividades espirituales propiciando los medios de desarrollar las aptitudes intelectuales y artísticas, y una literatura propia, concediendo a tal fin premios convenientes; estimular la traducción de obras de autores nacionales; y recomendar la organización obligatoria de programas rotativos sin anuncios, en las principales radioemisoras nacionales con artistas seleccionados y con temas indicativos de nuestra cultura, de nuestro arte y de nuestra espiritualidad.

REALIDAD Y FICCIÓN DE LA LIBERTAD DE PRENSA

Conferencia de Armando Suárez Lomba en la Escuela Profesional de Periodismo “Manuel Márquez Sterling”, en 1950. (De una ficha copiada y consultada por el compilador en la Biblioteca Nacional de Cuba “José Martí”)

No es mi propósito arriesgarme a una definición de la libertad de prensa. Porque, aparte de los clásicos peligros de toda definición, esto de libertad de prensa, con todo y ser un lugar común, es también una expresión que va dando la vuelta al mundo y adquiriendo en cada país una particular fisonomía, una significación especial para cada colectividad en cada momento histórico.

Así vemos, como en ciertos ámbitos totalitarios se suele proclamar con toda frescura, oficialmente y hasta en privado, que allí la prensa es libre. Es decir, que para quienes así hablan, la libertad de la prensa es el derecho a cantar incesante y exclusivamente las glorias de un dictador, o para denostar a los enemigos de este. Es un modo de ver la libertad de prensa, ciertamente peregrino, pero así y todo un modo, un concepto de la libertad de prensa. En cambio, en nuestra democrática República hay quien concibe la libertad de prensa como el derecho sagrado, inalienable, imprescriptible de insultar al prójimo, sin excluir, claro está, o por mejor decir, incluyendo siempre en esta categoría de prójimo insultado al Presidente de la República, símbolo viviente en quien personifica la nación. Quiere decir, pues, que suelen cundir las discre-

pancias cuando se trata de fijar claramente esta noción y darle un valor único y general.

Sin embargo, demos de lado esta suerte de inconsistencia conceptual y admitamos —siempre sin propósito de definir— que la libertad de prensa es la facultad de un periódico para decir lo que le venga en ganas o el derecho de un individuo para expresar libremente su pensamiento por el vehículo del periódico. Marcado este punto de referencia, simplificadas así las cosas —si es que se han simplificado— partiendo de este concepto de la libertad de prensa, veamos cómo opera esta forma de la libertad humana.

Fuerzas de tres órdenes distintos pueden limitar o anular del todo la libertad de prensa. Son: el poder público, el abuso de esta libertad, y cierta servidumbre que la propia se impone a sí misma a menudo y a la que tendré oportunidad de referirme más adelante.

Si nos fijamos en el poder político, en la presión del estado o del gobierno como factor restrictivo de la libertad de prensa, podremos hacer una gigantesca dicotomía geográfica y dividir el mundo en países, estados, naciones en los que la libertad de prensa yace del todo aplastada o amustiada por el despotismo; y, de otra parte, tierras más afortunadas en las que se puede pensar y hablar con libertad, por lo menos hipotéticamente. Ya sabemos, mirando las cosas desde este punto de vista, que la humanidad se agrupa hoy en uno u otro de dos grandes sistemas políticos contradictorios: aquel régimen que se ha dado en llamar totalitario —dando a esta palabra el más lato sentido— donde los derechos fundamentales de la persona se subordinan en todo a los intereses del estado. Y aquel otro ordenamiento político que insistimos en lla-

mar democrático, donde cada hombre puede expresar su pensamiento sin más limitación que la que impone la necesidad de mantener la tranquilidad social y la seguridad nacional. (Tan enorme importancia tiene la prensa en las colectividades modernas, que la característica de los periódicos en uno u otro país sería fundamento bastante para calificar adecuadamente el régimen político en él vigente. Al estado bien podría decirse “dime qué prensa tienes y te diré que régimen político gozas o padeces”. O, dicho en forma elemental y rasante, los pueblos no son sino de dos clases: pueblos con libertad de prensa; pueblos sin libertad de prensa.)

Echando la vista sobre el mapamundi, observaremos que una gran porción de la humanidad vive sin libertad de prensa. Y —cosa extraordinaria— hasta hay grandes conglomerados humanos que no parecen sentir la necesidad de ella. El resto lo componen aquellos países que en mayor o menor grado reconocen y ejercitan la libertad de prensa. De los primeros, de los países en que no se puede hablar ni escribir ni pensar libremente, no voy a ocuparme. Por un proceso de eliminación, dejamos atrás esas regiones sombrías sin libertad. Pongamos los ojos sólo en los pueblos que tienen libertad de prensa, porque es precisamente de la presencia de esta libertad de la que voy a hablar.

Adentrados ya en esta zona del mundo espiritualmente soleada, lo primero que tendríamos que determinar es cuándo la libertad de prensa es de veras libertad, cuándo detrás de todas las apariencias de libertad, existe una genuina libertad de prensa. Diría yo, reiterando mi enunciado de hace unos minutos, que existe libertad de prensa plena y verdadera cuando la potestad de un periódico para informar y opinar no está limitada por el poder político

o por la voluntaria servidumbre de la publicación, ni está viciada por el ejercicio abusivo de esa libertad.

Como he resuelto fijarme exclusivamente en aquellos países que gozan de libertad de prensa, por lo menos aparente, doy por descontado que no nos encontramos en ninguno de aquellos casos en que esta libertad es restringida por la presión o la represión del poder político. Voy a hablar sólo —permítaseme la insistencia— de aquellos regímenes, como el nuestro, llamados democráticos, en los que se dice, y a veces es cierto, que disfrutamos de libertad de prensa.

Debemos, pues, preguntarnos: en estas tierras de libertad, en estas tierras en que la Constitución, las leyes y las prácticas del estado respetan y aseguran la libertad de prensa ¿existe esta real y plenamente? Y volvemos a respondernos: aunque el poder no intervenga coactivamente para forzar o restringir o torcer las opiniones de la prensa, no podremos hablar de esta libertad como de una plena realización si ella está sometida a dos factores que desvirtúan en variable grado la libertad de prensa y que, por una extraordinaria paradoja, no actúan sobre la prensa desde fuera, sino que es la propia prensa, la empresa periodística, la que se los echa encima. El primero de estos abusos es el abuso de la libertad de prensa. Según el criterio que trato de exponer no puede hablarse de libertad de prensa cuando un periódico, como ocurre con frecuencia en nuestro país y quizás en todos los países, se lanza desbocado a destruir la reputación ajena. Estaremos en este caso frente a lo que podrá llamarse impunidad de prensa, derecho a la injuria; algo a lo que podría denominarse de cualquier modo, pero que nada tiene que ver con la libertad de prensa. Cuando se abusa del derecho a enjuici-

ciar o a informar, cuando se insulta, se injuria, se difama, se calumnia, la libertad ha perdido su esencia. Caemos, por consiguiente, fuera de esta libertad. En todo caso, habría que buscar un nuevo nombre para esta perversión. Perversión, sí. Porque quien, pretextando ampararse en la libertad de prensa arruina el honor ajeno o la paz de un hogar, no está ejerciendo esa libertad fundamental al mundo democrático, sino que, por el contrario, la altera, la envenena, la prostituye, reniega de ella; renuncia, en una palabra, al disfrute mismo de esta libertad.

Pero la injuria y la calumnia, o el simple lenguaje de bajo fondo, graves y todo, no pasan de ser los instrumentos de algún periódico amarillo o el puñal de algún desalmado. Más peligrosa, de más profunda y recia raíz es la limitación de la propia libertad que la prensa moderna se impone a sí misma con impresionante frecuencia.

Permítaseme que aclare perfectamente a que me estoy refiriendo. Hay un fenómeno histórico muy evidente para todos y que a todos nos parece muy natural: *la prensa se ha industrializado y cada día es más una industria*. La publicación de un periódico, que antes era una simple y apasionante aventura de la inteligencia, se ha convertido en una empresa que requiere colosales inversiones, que tiene como finalidad fundamental, o al menos como inevitable justificación, el lucro; y que opera toda ella hacia la consecución de este objetivo eminentemente material. Obsérvese como la dirección de un periódico se va subordinando más y más a la administración; piénsese en ese hecho, familiar a todo periodista, de cómo un anuncio puede arrojar de las planas del diario a una información interesante, y se tendrán elocuentes síntomas de este proceso de mercantilización de la prensa.

Pues bien. Si el periódico moderno es principalmente una empresa de lucro y si es cada día más una empresa de lucro, resulta perfectamente natural y quizás hasta forzoso que el periódico esté dispuesto a sacrificar su libertad de información o de criterio, siempre que llegue el caso, a la finalidad fundamental para la cual es creado y explotado; esto es, la obtención de utilidades comerciales. De aquí al sometimiento, por voluntad propia, a intereses económicos singulares, ajenos al gran interés público —al cual se supone que la prensa, el cuarto poder del estado, tiene como misión servir— no hay más que un paso. O lo que es igual, que cuando al periódico se le plantea de romper lanzas por el interés colectivo, que acaso nada aporta económicamente a la empresa editora, frente a intereses mercantiles o políticos de grupos o personas, el periódico, en gran número de casos, se decide por la defensa de los intereses particulares, porque es esta defensa la que lleva dinero al periódico; y la publicación de un periódico en estos tiempos y como ya dije, es una empresa de lucro.

Estamos entre periodistas —potenciales o actuales— y podemos permitirnos la franqueza de hablar sobre lo que todos hemos visto en el ejercicio de nuestra profesión. Todos los que aquí estamos amamos a la prensa y vivimos o viviremos de trabajar para ella. No puede suponerse, pues, que tenga yo la más mínima intención de menoscabar los prestigios de la prensa y, en particular, de nuestra grande por muchos conceptos prensa cubana, orgullo de la nación y del continente. Lo que quiero es señalar un fenómeno que se produce no por la aviesa voluntad de ningún empresario o director de periódico, sino que tiene sus causas profundas en la industrialización

de la prensa, en la naturaleza actual —determinada por la fuerza histórica— de la empresa periodística. Todos hemos constatado perfectamente, y hasta lo admitimos como inevitable, como en un periódico se manejan con todo cuidado los materiales, se revisan los artículos, se suprimen o se modifican las informaciones, para no lastimar a tal o cual persona o interés particular, vinculado al periódico por un nexo económico.

¿En qué cabeza cabe, por ejemplo, que un periódico despliegue en primera plana la noticia de que su principal anunciante fue sorprendido por la autoridad cuando trasegaba mercancía de contrabando... en el supuesto de que las autoridades sorprendieran a estos contrabandistas de rango? ¿Y qué diremos no de un simple anunciante, sino del político, del hombre de estado, del particular, de la corporación que subvenciona generosamente un periódico con tales o cuales propósitos?

Pero insistamos en que tal estado de cosas no es en modo alguno producto de la voluntad de una persona, ni puede de ninguna manera atribuirse a nadie la responsabilidad de él. Una vez más pongamos bien en claro que el periódico moderno se edita a un costo enorme, que la publicación de un diario requiere de grandes locales especialmente condicionados para esa tarea, equipos mecánicos de precio astronómico, gruesos capitales en dinero para operar la empresa. Y yo no veo cómo en este mundo moderno que nos ha tocado vivir, en este mundo en que toda espiritualidad parece a punto de secarse, en este mundo en que desde que ponemos por primera vez el pie en la vida miríadas de voces nos susurran al oído que valdremos tanto cuánto dinero logremos acumular; en este mundo de férreo materialismo, digo, no veo yo

cómo pueda haber quien queme su fortuna en una empresa periodística ideal, sin lucro, sin conexiones positivas, por añadidura fugaz y deleznable como todo lo irreal, con el único fin de informar, de deleitar, de educar, de opinar, sin más compensación que el placer de ejercer la propia libertad de pensamiento...

Parece, por tanto, que es nada menos que la historia quien fuerza a la prensa a imponerse una servidumbre voluntaria, a no ir más allá de concebir la libertad como la libertad para limitar la propia libertad. Se me dirá que, así y todo, la prensa es libre, donde es libre, porque, al fin y al cabo, estas limitaciones voluntarias de la propia libertad se realizan precisamente haciendo valer la propia libertad. Y cuando esto se afirma, yo pienso en el individuo, en el trabajador, en el ciudadano. Y me viene a la mente una crítica que se le hace al liberalismo: el estado liberal hizo libre al ciudadano —suele decirse— libre, absolutamente libre para morirse de hambre. Y pensando en todo esto, me parece ver en el periódico moderno, en cierto modo el trasunto de aquel ciudadano de un estado liberal.

Porque también a la empresa periodística se le dice: acopia capital enorme, inviértelo, monta rotativas, aporta material humano de calidad, echa a andar tu gigantesca organización, da a luz tu papel diario y emite tus opiniones libremente, desinteresadamente, aunque te lleven a la quiebra.

No quisiera continuar sin hacer referencia —para no quedar del todo perdido en abstracciones— a otros dos factores que, aunque independientemente de los ya señalados y de menor entidad que estos, actúan también contra la libertad de prensa. Uno de ellos es el bajo sala-

rio del periodista. Los periodistas, se dice, viven bien. Yo no voy a discutir esa afirmación. Es más. Admitamos que los periodistas, en efecto, viven bien —aunque los conozco que para subsistir tienen que sacar las entrañas en el puño— admitamos como cierta esta afirmación, digo, y continuará en pie la verdad inconclusa de que los periodistas están mal pagados. *Las empresas de periódico pagan bajos salarios.* ¿Y qué sucede, señoras y señores, cuando el periodista tiene un bajo salario? Pues ocurre que, por gravitación económica, por ineludible imperativo vital, el periodista se desvía hacia otras fuentes de ingreso distintas de la nómina del periódico. Otras fuentes de ingreso que son lícitas, porque hacia ellas va el periodista conminado por la humana necesidad. Y así el periodista compromete su independencia de visión y de criterio, su libertad de expresión. Así también se amengua la libertad de prensa.

El otro peligro, peligro actual, vigente, no ya para la libertad de prensa, sino aún para toda suerte de libertad, son las asociaciones o bloques de empresas de prensa. ¡Qué grave es, señoras y señores, para la integridad de una democracia que las empresas de periódicos se asocien para mantener consignas uniformes! ¡Qué terrible injusticia la de hacer en torno de un hombre de estado poco grato a ciertos intereses, un silencio sepulcral, que es como si se ejecutara sobre él una sentencia de muerte cívica! Piénsese en cómo retiembla la armazón democrática de una sociedad cuando un hombre humilde atacado por un poderoso, cuando un ciudadano sencillo agredido en ese precioso “patrimonio del alma” que es el honor, mendiga inútilmente de periódico en periódico un poco de espacio para defender la honra, hasta que, proscripto

por un formidable aparato de grandes intereses, va a roer su desesperación y su miseria en un rincón de soledad. ¡Precaria libertad la de un pueblo al que se le raciona, por voluntad de unos pocos, el derecho a saber lo que está ocurriendo en torno suyo!

Para toda esta situación que he tratado de describir a grandes pinceladas no han dejado de señalarse remedios. Lo que indica que hay quien la considera remediable. Si se examina, por ejemplo, el proyecto de Estatuto de la Prensa sometido a la Asamblea Nacional de Francia en 1947, y cuya suerte definitiva no me he ocupado de indagar, se verá que en este proyecto se intenta organizar un sistema jurídico de responsabilidad de la propia prensa, precisamente para impedir que se convierta en instrumento del poder y para proteger a la misma de “los abusos de la licencia”, como reza la exposición de motivos del proyecto al referirse a los ataques contra el honor.

“Responde —agrega la exposición de motivos— a una nueva situación de la prensa que impone la búsqueda de nuevos medios de garantizar su independencia, de prevenir los peligros que hace correr a esa independencia el peso de las obligaciones económicas”. El proyecto, sin tocar en lo más mínimo la libertad de prensa —pues que, precisamente, lo que se propone es garantizar plenamente y hacer real esta libertad— establece rigurosas medidas de publicidad respecto de las personas que componen la empresa periodística, sobre sus fuentes de ingreso y la naturaleza de dichos ingresos; provee rígido control financiero del estado sobre la empresa; prohíbe acumular en una misma persona varios cargos de director o que se constituyan grupos o bloques de empresas; robustece el régimen penal en cuanto a los delitos de injuria y ca-

lumnia; y, finalmente —lo que es más interesante para nosotros— crea un régimen disciplinario dirigido a moralizar la profesión, por medio de una cámara de prensa dividida en dos organismos: uno encargado de juzgar las infracciones de la reglamentación profesional cometidas por los directores de empresas periodísticas y otro que tendría la misma facultad con respecto a los periodistas profesionales.

Ahora bien. Ante esfuerzos de esta naturaleza cabe preguntarse: ¿es efectivamente susceptible de corrección este estado de cosas por el que atraviesa la prensa contemporánea, o nos encontramos frente a un fenómeno económico ineluctable, inflexible, inalterable? ¿Es esencial a la prensa moderna una esfera ilimitada de acción en el orden económico, en el campo de los negocios o, por el contrario, puede subsistir la prensa con sus actuales características, grande, influyente, pujante; puede conservar su condición de factor determinante en el progreso humano conстриendo su actividad a límites estrictos, despreciando, en fin, subvenciones y a veces, hasta los mismos anunciantes?

Esta es, señoras y señores, la gran cuestión. Si admitimos que la empresa periodística moderna, por la fuerza de su índole misma, está forzada a sacrificar su libertad de expresión a un objetivo económico, no podremos hablar en nuestro mundo, democrático y todo como es, de libertad de prensa. Por lo menos, no podremos hablar de la libertad de prensa en el sentido estricto que hemos tomado como punto de partida para esta, más que conferencia, simple exposición de ideas sin pretensiones académicas.

Si, por el contrario, convenimos en que la subordinación de la empresa periodística a lo económico no es

sino un extravío de gran parte de la prensa, y en modo alguno un hecho necesario, forzoso, impuesto por la historia, entonces es posible dar aliento a una grande esperanza, la esperanza de que sea hacedero devolver la prensa de nuestro tiempo a su cauce de espiritualidad, limitando su ámbito mercantil para asegurar su independencia económica, su propia libertad.

No es mi propósito, ni me incumbe, proponer solución a tan serio problema. En la conciencia y convicciones de cada uno de ustedes habrá sin duda elementos de juicio suficientes para opinar que la libertad de prensa es, por mandato histórico, una gran ficción; o que, por el contrario, está en las manos de cada pueblo convertir esta libertad en una realidad firme, presente, inexpugnable.

EL PERIODISMO EN LA SOCIEDAD MODERNA

Conferencia pronunciada por Aureliano Sánchez Arango, Ministro de Educación, el 10 de marzo de 1950, en la Escuela Profesional de Periodismo “Manuel Márquez Sterling”. (De una ficha copiada y consultada por el compilador en la Biblioteca Nacional de Cuba “José Martí”)

Señores:

Quiero iniciar mis palabras de hoy felicitando en primer término a los organizadores de este ciclo de conferencias sobre el periodismo, porque con él están ofreciendo la oportunidad a todos nosotros, disertantes y auditorio, para hondar más en el sentido cultural de este tema, y para comprender mejor cuales son las características de este fenómeno típicamente moderno. También agradezco la ocasión de iniciar el ciclo de conferencias, pues de este modo me resulta posible, sin ser un especialista en materia periodística, presentar un cuadro general acerca de la significación social del periodismo, y destacar de entre su complejidad algunos de sus caracteres y problemas más importantes.

Creo que es de gran utilidad realizar un esfuerzo serio, metódico y científico sobre el tema, sobre todo porque la prensa está constituyendo, en mayor medida cada día, un factor poderoso entre todas las fuerzas que coinciden en el proceso dinámico del desarrollo de la sociedad actual. En las Escuelas de Periodismo del mundo entero se realizan esos estudios de tipo científico, unidos a entrenamientos de carácter profesional, y son diversos y numerosos los tratados, ensayos y monografías escritos

recientemente sobre tema tan apasionante. Puede decirse sin faltar a la verdad, que el periodismo, después de constituir un *factum* social, un hecho real de perfiles propios y definidos, y después de muchísimos de existencia concreta, ha venido a ser, desde el punto de vista teórico, un objeto del conocimiento científico.

Como tal objeto, puede ser estudiado desde diversos ángulos y por diferentes disciplinas; y la complejidad de su estructura funcional proporciona igualmente temas para la tecnología o para la más pura teoría. Sin embargo, en su raíz más profunda, en lo que constituye su verdadera fuerza o su núcleo central, el periodismo no puede ser mejor entendido y penetrado más que por un tipo de conocimientos: el sociológico. Es aquí, en la vida social misma, donde está la clave del fenómeno periodístico; es ella la que lo ha originado y la que puede explicarlo diáfananamente, la que puede decir por qué nació y hacia dónde va la prensa diaria.

Basándome en estas consideraciones previas, he creído mejor penetrar en el tema de esta conferencia, mediante el abordaje breve y sintético de las condiciones que hicieron posible la aparición del periodismo como forma sistemática de la vida social contemporánea.

Para muchos historiadores es menester remontarse a la Roma Antigua en busca de antecedentes periodísticos, tales como el Acta Diurna, donde se fijaban entonces ciertas informaciones; pero si aceptáramos este enfoque, nos encontraríamos de inmediato que es igualmente posible encontrar antecedentes de este tipo en todas partes, en las estelas mayas como en los jeroglíficos egipcios, porque el deseo de saber y ser informado nace de la estructura psíquica del hombre mismo, y la curiosidad plantea de

por sí la búsqueda de medios y vías para satisfacerla. Y así nos explicamos la supervivencia de leyendas y tradiciones, que en definitiva no son sino formas místicas y simbólicas de hechos reales acontecidos en alguna oscura ocasión, y que subsisten basadas primero en la comunicación oral y sólo más tarde bajo forma escrita.

Pero es que este fenómeno de la comunicación, que es tan viejo como el hombre, aunque aparece ligado siempre a lo que llamamos hoy día periodismo, no es el único que puede explicarnos completamente la modernidad de nuestro tema, porque de la misma manera aparece a la base del proceso social y sin embargo no lo explica por completo. Supongamos que el hombre moderno tiene el mismo tipo de reacción y conducta, en esencia, que el hombre antiguo, en cualquier sociedad que lo consideremos incluido; y comparemos al nómada pastor, viviendo lentamente en las praderas, al amparo de sus rebaños, semi aislado, alargando su tiempo vital al extremo de recibir en muchos meses sólo escasa noticia de sus semejantes, comparemos, repito, este nómada con un hombre que vive en una gran ciudad de hoy; que mide su tiempo por segundos, que recibe constantemente contactos sociales, que es estimulado por la prensa, la radio, el cine y multitud de otros vehículos de comunicación, cuyos nervios son puestos a prueba constantemente, y que conoce, bien o mal, lo que está sucediendo a cada instante en su ciudad, en lo más remoto del país, o en cualquier parte del mundo entero.

Comparemos estos dos hombres y observemos cuánta diferencia hay por medio; cuánto progreso de técnica logrado, cuántas barreras sociales derribadas, qué economía más distinta tienen, qué imagen del mundo

más antagónica se forman. Es ahí, en esas diferencias fundamentales, donde se basa nuestra idea de considerar al periodismo como fenómeno típico y únicamente moderno, y no como un viejo modo de acción que se ha ido perfeccionando con el tiempo.

Hemos de estar previamente de acuerdo en algunos puntos para entendernos con claridad; por eso insisto en que se comprenda mi posición, cuando separo los antecedentes del fenómeno actual; porque inclusive algunos elementos históricamente más cercanos a nosotros presentan ciertos caracteres de lo que conocemos como prensa diaria, pero están lejos, muy lejos aún de la complejidad, del interés, del fundamento mismo del periodismo moderno. Son esbozos, intentos débiles y efímeros que necesitan para desarrollarse la concurrencia de otros factores que están más allá de su competencia y de su poder, como son los cambios de las relaciones políticas y económicas en la sociedad misma, el perfeccionamiento de la técnica y el descubrimiento de nuevos tipos y modos de comunicación. Unos pocos ejemplos bastarán para dejarnos despejada esta idea. Vamos a analizarlos.

Periódico, para un hombre de nuestro tiempo, como muy bien dice un historiador de la materia, Georges Weill, significa “diario”, y este tipo de publicación no comienza hasta el siglo XVIII; todo lo anterior, comprendiendo en lo remoto las Acta Diurna de los romanos, la noticia manuscrita en boga en los siglos XIV y XV, o los impresos relativamente breves y escasos que servían a los banqueros y comerciantes del Renacimiento, poca semejanza tiene con nuestra prensa. En la utilización y confección del material, en la selección de la información, en el público al cual van dirigidos, estos documentos son más

bien parientes de las antiguas formas de comunicación por tradición oral o escrita que nuevos factores generales del progreso social.

Los Fugger alemanes o los comerciantes de Venecia utilizan correspondencias e informaciones en estos tiempos con fines privados o mercantiles; y aun cuando se transita de estos tipos primitivos a la publicación semestral, mensual o semanal, todavía estamos muy lejos del periodismo moderno. El estado francés con Richelieu y Mazarino ya inicia en el siglo XVII publicaciones periódicas, como la *Gazette*, el *Journal des Savants* y el *Mercure*, pero su público es aún muy reducido y socialmente pertenece a las capas más elevadas e importantes de la población.

La invención de la imprenta venía preparando el terreno para la difusión de la cultura; pero si bien la lentitud engorrosa del manuscrito había sido eliminada, no había todavía suficiente perfeccionamiento técnico para permitir cubrir un amplio sector de las clases populares, ni estas tenían aún conocimientos de la lectura que pudieran hacerles útil el material escrito. En pueblos de analfabetos difícilmente puede prosperar una prensa, como no se dirija solamente a las minorías ilustradas y dominantes, según vimos en la Francia del Rey Sol.

Pero lo curioso de todo este proceso formativo inicial es, a mi juicio, una correspondencia estrecha entre el desarrollo de las funciones sociales y el crecimiento de los órganos destinados a satisfacerlas; correspondencia que es de tal modo estrecha que no podría discriminarse con claridad cuál es el primero, si el órgano o la función, de la misma manera que ocurre en la popular paradoja del huevo y la gallina. La técnica de la impresión se va perfeccionando con rapidez, de la misma manera que la

ilustración de las gentes aumenta y se extiende; pero la técnica a su vez facilita la ilustración, y esta última es la que posibilita el progreso de la primera, por lo cual existe una especie de encadenamiento histórico imposible de romper o desligar, entre ambas formas de progreso social.

Técnicamente, el periodismo moderno se debe al perfeccionamiento de la imprenta, a la aparición de la rotativa, a la invención del linotipo, al abandono del viejo papel de trapos a favor de la pulpa de madera; la industrialización de los últimos tiempos ha alcanzado con mucha intensidad este sector, introduciéndole constantes innovaciones que lo hacen más fácil, menos costoso, más efectivo. Pero por otra parte, el crecimiento del periodismo va aparejado con profundos cambios sociales, con grandes transformaciones del mundo occidental, con la aparición de nuevas sociedades cuyos caracteres contrastan violentamente con las anteriores. En primer término, hay un derrumbe de las barreras de contención que tradicionalmente dividían a los hombres sobre la base de los derechos de sangre, de origen o de religión, al modificarse la economía social y surgir el proceso de industrialización, adquiere rango importante el hombre-masa, el común de los mortales, que va concentrándose en las ciudades y participando cada vez más en los destinos sociales, en segundo lugar, surgen nuevos valores políticos que van a justificar e impulsar los cambios operados en la economía, instaurándose el régimen democrático bajo la forma pura o mezclada con residuos anteriores.

En el transcurso de tales modificaciones, van sucediéndose alternativas, a veces violentas, y es curioso observar cómo el periodismo sufre los mismos altibajos que la sociedad que lo nutre. En Inglaterra, por ejemplo,

y durante los primeros tiempos, la prensa periódica se afilia de inicio a alguno de los dos partidos que se disputan el control de la Cámara de los Comunes, y según sea el Ministerio Whig o Tory, según predominen liberales o conservadores, así van a precipitarse persecuciones, censuras y clausuras muy frecuentes en la época en que la libertad estaba todavía en pañales. Inclusive existen ejemplos históricos de luchas emprendidas por la Cámara en conjunto, sin la distinción de partidismo político, contra la prensa que, pretendiendo servir a la curiosidad pública, sacaba a la luz los secretos legislativos de Inglaterra, celosamente guardados por ellos.

Cuando el periodismo inglés llegó a colocarse al alcance y al servicio de las clases más bajas de la población, la Cámara logró evitar momentáneamente su difusión, y su contacto con el pueblo, exigiendo su impuesto del timbre al papel, lo que encareció enormemente el costo del periódico y redujo su circulación. Así se impedía, en una democracia amorfa y poco consolidada, la ilustración de las grandes masas y su participación en la vida política del país.

No es un hecho casual el que a partir de la Revolución Francesa de 1789 el periodismo adquiriera un desarrollo nunca visto antes, y se convirtiera en una de las armas de combate de la sociedad moderna. Porque, en definitiva, el fenómeno de la prensa va estrechamente unido a la conquista de la libertad política y democrática, aunque en ocasiones esta libertad se vea trabada por obstáculos económicos. El periódico produce y resulta a la vez de otro fenómeno estrictamente moderno que llamamos opinión pública, y la tal opinión sólo ha podido manifestarse con fuerza modernamente, a través de las vías que la sociedad democrática le facilita.

Esto nos lleva de la mano a la discusión de algunos temas apasionantes en relación con el problema que tratamos, como son: la formación y la influencia de la opinión pública; la función de la prensa en cuanto a la orientación, a la información y a la propaganda, y las relaciones recíprocas entre ambos factores.

Las sociedades en cuanto tales, es decir, como organismos definidos que resultan de la convivencia humana, presentan un proceso de evolución y desarrollo que se fundamenta en las llamadas fuerzas de cohesión social y fuerzas de progreso social. Las primeras tienen la función de mantener dentro de cierta estabilidad la estructura de la sociedad, y las últimas impulsan las transformaciones que en el transcurso del tiempo se producen en los grupos humanos. Siendo diferentes, no son sin embargo antagónicas ambas fuerzas, ni están separadas en la realidad, más bien lo que ocurre es que la cohesión social actúa unas veces en el sentido del freno y la permanencia, y otras como impulso y motor. Pero ambas se basan en la existencia de un tipo definido de economía y de organización, y también en los resortes biológicos y psicológicos que en el hombre producen lo que ambigualmente se llama el instinto gregario.

Ahora bien, el hombre considerado individualmente, diferenciado de todos y cada uno de sus semejantes, tiene una estructura psicológica que se modifica, se transforma y a veces se pierde cuando actúa como miembro de una colectividad. Esto lo han puesto en evidencia estudios realizados modernamente por algunos autores, como Le Bon, quienes postulan que las fuerzas que mueven al hombre cuando forma parte de una masa son distintas que las que le impulsan a la acción de tipo individual.

La multitud, como tal, tiene entonces su propio perfil psicológico, que no es el resultante del temperamento o del carácter de cada uno de sus miembros, sino que es radicalmente diferente de los mismos. Así el pequeño burgués sentimental y tranquilo, amante de su hogar, es capaz de enardecerse y cometer las mayores tropelías como miembro de una multitud, y se coloca al mismo nivel que las capas más pobres de la población, en cuanto a conducta se refiere.

Y aunque Allport y otros autores de la escuela americana no participen de estas opiniones, lo cierto es que en la masa el hombre pierde sus frenos e inhibiciones y actúa fundamentalmente movido por la afectividad, por el sentimiento. Esto nos puede ilustrar un poco en cuanto a lo que consideramos como opinión pública. Se trata de una de las fuerzas de cohesión y de progreso social, que ha sustituido en la sociedad moderna a los viejos métodos del dogmatismo y de la coacción, como tal opinión colectiva, no resulta de la suma de las creencias de cada uno de los miembros del grupo social, sino que tiene su matiz especial y genérico, es decir, su tono uniforme, lo que la hace más valiosa y manejable como fuerza de estabilidad y progreso.

La opinión pública representa la convergencia en un momento dado de las convicciones y creencias de todo un cuerpo de la sociedad, que se manifiesta de modo uniforme y semejante y que puede ser captada, sentida y aceptada por los organismos encargados de hacerlo. Y es con la opinión pública con quien tiene constantemente que permanecer en contacto la prensa. No vamos a preguntarnos ahora, pues a nada conduciría, si la opinión es un producto de la existencia del periodismo, o si la

prensa crece y se desarrolla porque la opinión pública aparece como una fuerza social valiosa; lo cierto es que entre el periódico y el público existe un comercio constante y provechoso, mediante el cual la prensa crea opinión y la orienta, y a su vez refleja los estados mentales del público al cual se dirige. La influencia del periódico sobre la opinión pública ha sido tan grande, que en ocasiones ha suscitado la protesta de elementos interesados en contrarrestarla; por ejemplo, en 1855 los editores de la *Saturday Review* decían en su edición inicial: “Es inútil dar largas explicaciones acerca de que el país está gobernado por el *Times*. En esto ha venido a parar la libertad británica: treinta millones de ciudadanos gobernados despóticamente por un periódico”. Pero, por otra parte, y en la misma Inglaterra, tenemos el ejemplo contrario: la campaña contra las leyes del trigo, algunos años antes, había triunfado a pesar de la expresa oposición del *Times*; la opinión pública fue movilizadora mediante otros elementos y factores ajenos a la prensa, sobre todo en reuniones y asambleas locales.

Ya esto nos ha traído al campo de la función propia del periódico, o séase de cuál es el papel que le toca desempeñar dentro del complejo social. Hemos mencionado ya tres de sus principales aspectos, como son la función informativa, la de orientación y la de propaganda. Hay quien define a la prensa como un órgano social que tiene la misión de ofrecer noticias y sugerir opiniones; pero estemos o no de acuerdo con esta definición, lo cierto es que en un aspecto primordial la causa y origen de la prensa, y el objetivo más inmediato que persigue en su acción, es la de ofrecer información adecuada sobre aquellos acontecimientos de la vida diaria que por su relevancia

pueden contener interés para el lector. La prensa tiene primordialmente que llenar esta misión, esta necesidad del hombre moderno, de la misma forma que lo hacía, en mucho menor grado, la gacetilla manuscrita o las cartas de correspondencia en épocas anteriores al Renacimiento.

Desde luego, y dentro del género amplísimo que llamamos información, existen sus diferencias y matices en cuanto al contenido de la información misma, que pueden servir para distinguir distintos tipos de prensa. Por ejemplo, en la Francia del siglo XVII, la *Gazette* contenía noticias oficiales, el *Journal des Savants* era un periódico científico y literario, y el *Mercure* se dedicaba a reseñas de la vida social y económica, al igual que hoy día existe la prensa financiera, la cultural, la general, etc.

Pero aparte de estos tipos de prensa que resultan de las diferencias de contenido específico, hay también dentro del sector de la pura información dos actitudes diferentes con respecto al mismo hecho objetivo. Una palabra, una frase, un adjetivo determinado colocado con toda intención pueden variar la estimación y la comprensión del lector acerca de cualquier suceso. Los técnicos del *survey*, por ejemplo, conocen sobradamente el valor que tiene para cualquier investigación de este tipo la forma como se formulan las preguntas al público; y se han realizado estudios concretos sobre cómo varía el porcentaje de las respuestas, a favor o en contra, simplemente porque a una frase se le haya añadido o suprimido una determinada palabra, que reforzaba o atenuaba el sentido de la frase misma. Así pues, la opinión del hombre varía en relación con el mismo hecho, porque está condicionada por la forma en que este hecho se le presenta por la prensa, de ahí que se haya utilizado y se utilice con cierta

frecuencia este resorte para influir y determinar la orientación de la opinión pública.

Piensen ustedes, por ejemplo, en un suceso de los más vulgares, una crónica roja, un hecho de sangre cualquiera; y obtengan ejemplares de distintos periódicos de nuestra ciudad donde venga relatado el hecho. Inmediatamente resaltará una diferencia acusada entre algunos de ellos, pues mientras por una parte se nos presenta una sobria reseña calcada del acta policíaca, por la otra se ofrecen versiones dantescas, salpicadas de adjetivos, fotos y antecedentes truculentos.

No mencionemos otros tipos de diferencias, que analizaremos después: los que resultan de la adhesión de la prensa a determinado sector o clase política y social, pues entonces las diferencias serían más agudas. Todo esto ha servido para que la prensa de ciertos países, o una parte de la prensa en todos los países, buscara reducir al plano de la completa imparcialidad sus informaciones, logrando la objetividad, cosa muy difícil de obtener, en definitiva. Los americanos, por ejemplo, llaman objetividad a la descripción cruda y abierta de los sucesos en sus reseñas de prensa, y esto ha producido una competencia entre las distintas empresas para brindar al lector el máximo de garantía; sin embargo, dudamos que logren la ansiada objetividad, pues muy raras veces ésta resulta cuando entran en juego los intereses del hombre.

Llegamos ahora al segundo carácter de la prensa moderna: la función orientadora, que en parte está ya implicada en las desviaciones informativas que antes señalamos. Lo típico del periódico actual es la separación de un espacio determinado, definido, de sus columnas, para dedicarlo abierta y llanamente a la función de orien-

tación, ese espacio es el llamado la página editorial o la sección editorial. En él se expone la opinión del Director o de la empresa, con la particularidad de que esta opinión pretende traducir un estado de ánimo colectivo, es decir, una situación de opinión pública, y a la vez influir en el lector anónimo para que suscriba ese mismo criterio. Y por último, está el tercer factor o función que se refiere a la propaganda. En épocas normales, la propaganda se concentra en campañas electorales y definidas a favor o en contra de ciertas realidades sociales, cuando se trata de asuntos generales; y en las páginas de anuncios de tipo comercial.

En situaciones de emergencia, sin embargo, las páginas enteras de todos y cada uno de los periódicos están cuajadas de propaganda, orientada y dirigida hacia un propósito y una finalidad. Las informaciones, las reseñas, los artículos de fondo y de esparcimiento, todo coincide hacia la meta previamente fijada, que es unificar la opinión pública en un esfuerzo común hacia cualquier cosa. Es bien evidente la propaganda en estos casos, y casi siempre tiene una justificación de tipo social. Por ejemplo, durante las guerras y grandes convulsiones, como las que últimamente ha sufrido la humanidad.

Desde luego, existen numerosos matices en la prensa de cualquier país democrático, de la misma manera que existen varios tipos de opinión pública; porque no debemos olvidar que la sociedad moderna es tan compleja y amplia que dentro de ella caben diversos sectores de población, organizados bien de acuerdo con el origen, la raza, la posición social o el fundamento económico; y que estos sectores están mutuamente en franca fricción, tratando de ganarse la fuerza de la opinión de los demás

por medio de la prensa. Cuando la Revolución Francesa produjo un transitorio estado de libertad de imprenta, afloraron a la vida pública numerosos periódicos, pero todos ellos eran de combate, de propaganda directa: unos defendían la Gironda, otros la Montaña, otros al Rey.

En Inglaterra unos eran liberales y otros conservadores, unos terceros representaban las clases laboristas; Jaurés fundó *L'Humanité* en Francia para abogar por el socialismo, mientras Maurrás lo hacía por el realismo con su *Action Francaise*. Los periódicos más indefinidos, más abiertos a todas las corrientes, menos matizados de partidatismo, en todos los países, son los que le representan los intereses de la clase media, es decir, de esa clase social que acostumbra a fluctuar entre los distintos extremos de las ideologías. También hay otros elementos que contribuyen a definir una prensa determinada, como son la psicología del pueblo donde se publica, su cultura, sus tradiciones, etc. Así se tiende a definir la prensa colombiana, que es muy sectaria políticamente, como amante del buen gusto en la expresión y confeccionada con una magnífica técnica, y en tanto que el periódico norteamericano de las grandes ciudades se ajusta a la necesidad de ser leído por un hombre que va colgado de las agarraderas del *subway*, que traga su desayuno en un mostrador, que se afeita en dos minutos y que vive precipitadamente, el periódico inglés está hecho para leerlo lentamente, cómodamente sentado en una confortable butaca al amparo de la calefacción artificial. En esto hay tantas discrepancias como la que existen en la vida misma, y que son normales en toda obra humana.

No sé si ustedes habrán notado que hasta ahora hemos elegido el tema y el ejemplo de entre aquellos que se pro-

ducen dentro de una sociedad moderna de tipo democrático, pero no podemos olvidar que el periodismo ha subsistido aún en los regímenes autoritarios y opresores, donde sus funciones cambian radicalmente de sentido. Lo primero que hace un régimen totalitario es suprimir la libertad de prensa, y consecuentemente someter a todos los periódicos a una orientación y disciplina emanadas por el estado. “El principio de la libertad de prensa, declaró Goebbels en los inicios del nazismo alemán, es un principio que ha sido sobreestimado y que en el mundo entero comienza a perder prestigio. La libertad tiene que encontrar sus límites allí con los derechos y deberes del pueblo y del estado”. Por consiguiente, toda la propaganda, toda la información, toda la orientación de la prensa está controlada por quienes controlan el aparato estatal, y está destinada a ampliar la base popular del régimen mediante la administración de dosis ideológicas.

Y lo que es aún más típico, una clase de prensa se dedica preferentemente a ciertos sectores, o se le da un carácter especial de acuerdo con los fines que se persiguen. Así en la Unión Soviética el *Pravda* es un periódico, oficial como todos, pero cuyo contenido se refiere fundamentalmente a asuntos políticos y del estado, mientras la *Izvestia* es un periódico de información general. En los países totalitarios, por tanto, la opinión pública no presenta fluctuaciones importantes, ya que su cohesión le viene impuesta por el carácter totalizador del estado. La economía misma de la prensa está controlada oficialmente, y su status viene a ser semejante al de una dependencia pública. Aquí no hay más problemas que los que resultan de la esencia misma del sistema político, y su suerte va unida indisolublemente a la del régimen.

Sólo en muy contados casos, como en el periódico *Yomiuri* de Tokio, la oposición al militarismo absorbente de Japón conquistó una enorme popularidad a esa publicación, hasta que fue radicalmente suprimida.

Los verdaderos y complejos problemas de la prensa se presentan a cada instante en las democracias modernas; porque no se trata solamente de un régimen de opinión pública que tiene influencia apreciable en la evolución política y social del país, sino que debajo de todo esto hay que recordar que el periodismo es también una empresa, empresa de tipo económico que tiene sus raíces en el sistema social imperante. El periodismo es una profesión, pero también un negocio, y como tal trata de ampliar y consolidar su base económica siguiendo leyes monetarias bien conocidas. Recordemos la influencia que tuvo el impuesto sobre el papel en Inglaterra para reducir la circulación de la prensa, así como la tendencia a la concentración y a las cadenas de periódicos, como los controlados por Lord Rothermere y Lord Beaverbrook en Inglaterra y la famosa cadena de Hearst en los Estados Unidos. También la potencia económica se traduce en mejor servicio informativo, y así surgen junto a las empresas editoras otras, también enormes, cuya función consiste en obtener y distribuir por todo el mundo los sucesos del día: las agencias de información, como la Prensa Asociada, la Prensa Unida y otras semejantes.

Desde muy temprano, la economía periodística adoptó la tendencia a basarse en el potencial económico del país donde se desarrollaba, mediante el sistema llamado de anuncios, y hoy día puede decirse que el ochenta por ciento de los ingresos brutos de cualquier empresa provienen de esta fuente; y como el precio del espacio o de la

página dependen fundamentalmente de la circulación, es decir, del número de personas que lean el periódico, nos encontramos que los lectores son halagados, para fijarles el hábito de leer determinada prensa; eso explica el bajo precio de las publicaciones, los distintos incentivos con que constantemente se adornan, los planes de regalos, etc.

El sistema presenta, como todas las cosas, sus ventajas y sus inconvenientes; por una parte el lector obtiene mejor servicio por mejor precio; pero corre el peligro de ser cogido en las redes de una propaganda intencionada, originada por el deseo de atraer a determinados anunciantes con potencialidad económica, o simplemente por no perjudicar a algunos de los que ya acostumbran a utilizar el periódico en su propaganda. Existe la anécdota de cierto gran periódico norteamericano, cuyos redactores estaban obligados a consultar una lista de 16 compañías en las que los editores poseían intereses, para evitar la publicación de ninguna cosa adversa a las mismas: eran las “vacas sagradas” con quienes nunca debían discrepar.

Esto no es tan grave, sin embargo, como la presencia esporádica de la corrupción y el soborno en la prensa de muchos países. Los políticos sin moral, los grandes anunciantes, nunca han tenido escrúpulos en intentar atraerse, mediante dádivas de dinero en efectivo o ventajas de otra índole, a las empresas periodísticas para evitar ser atacados, en algunos casos, o para conseguir ciertos beneficios públicos en otros. Dada la influencia de la prensa como factor de orientación de la opinión pública, es lógico pensar que se intente repetidas veces sobornarla o, por lo menos, mantenerla en un plano de amistad, y aunque existen escándalos famosos, como el de la prensa parisina en 1892 respecto a la aventura de Lesseps en el Canal de Panamá,

por otra parte hay también muchos ejemplos de ética periodística, de honestidad e independencia —a finales del siglo pasado el *New York Times* se negó a hacerle el juego a Tammany Hall, a pesar de las jugosas proposiciones que le fueron hechas— y la prensa de Pulitzer es un código de ética profesional que aún conserva sus valores.

La labor periodística es tan delicada, es tan grande la resonancia de sus actitudes y la influencia de sus campañas, que debe ser mirada como una de las más importantes funciones sociales, y debe cuidar siempre la defensa de los intereses generales de la sociedad como uno de sus fines imprescindibles. Hoy día, ya en el sendero de la superación de tantos escollos, dirigiéndose a largos pasos hacia la consolidación de una independencia económica y de cierta estabilidad material, se han ido creando cuerpos legales e institucionales cuya misión principal consiste en salvaguardar la estricta imparcialidad y, hasta donde se pueda, la objetividad de la gran prensa. Los movimientos sindicales de periodistas, la colegiación, los códigos de ética profesional, y la creación de Escuelas de Periodismo, cuyos antecedentes remontan al París de 1899, están ya dando los frutos de saneamiento que son imprescindibles para el verdadero progreso y consolidación de la sociedad democrática. Recuérdese la frase de Henri Bérenger a este respecto: “la omnipotencia del periódico está en el hecho de que él no manda nunca, pero sugiere siempre”. De modo que, con respecto a la opinión pública y con conocimiento de los intereses generales del pueblo y de la sociedad entera, la prensa se convierte en un verdadero motor de mejoramiento colectivo. Y a eso es a lo que aspiran las naciones democráticas de la época actual.

EL PERIODISMO COMO ESPEJO DE NUESTRO TIEMPO

Conferencia pronunciada por Gastón Baquero en la Escuela Profesional de Periodismo “Manuel Márquez Sterling”, el 24 de abril de 1950. (De una ficha copiada y consultada por el compilador en la Biblioteca Nacional de Cuba “José Martí”)

Señor Director de la Escuela; señores directivos del Colegio de Periodistas; señores de la Presidencia; señoras y señores; compañeros y amigos:

Sean mis primeras palabras de gratitud, pese a que las juzgo casi innecesarias, porque creo que me encuentro en mi casa, y en la casa de uno no hay por qué dar las gracias por las buenas acciones; y sean mis siguientes palabras de recuerdo para el pensamiento ingenioso que escuché una mañana feliz de labios del gran poeta Pedro Salinas. Le habían invitado a pronunciar una conferencia, y sus primeras palabras de aquella mañana fueron para decirnos que él se sentía, como nunca, inclinado a pronunciar una conferencia contra las conferencias, que se sentía como nunca llamado a decir que ya era hora de que rompiésemos con la estéril y fría rutina de la conferencia dada por compromiso, sustituyéndola en lo posible por el intercambio de la palabra viva, por la comunicación de la palabra amistosa, por la convivencia oral entre personas, que, por una razón o por otra, se reunían bajo un mismo techo para compartir una misma angustia, o una misma expresión, o una misma alegría.

Por eso, compañeros, yo no he querido especialmente esta tarde preparar esa cosa confusa, inaudible, extraña, que se llama técnicamente una conferencia. Yo he querido más bien, aceptando la honrosa invitación de los organizadores de este cursillo, venir a conversar con ustedes, hasta donde sea posible el diálogo en estas circunstancias, sobre un problema del periodismo, sobre un problema de la prensa.

Queda pues entendido, compañeros, que no deseando agredir a nadie, que no deseando fatigar ni molestar la atención de nadie, yo no voy a pronunciar una conferencia, sino, sencillamente, voy a desgranar entre ustedes unas palabras que expongan un problema común a todos, que planteen una vez más ante nuestra atención, un problema que a mí se me antoja fundamental para el periodismo contemporáneo.

Agradezco por muchas razones obvias, las palabras cariñosas de mi querido compañero, que siempre llamamos Valdés de la Paz³ en homenaje a su padre, periodista de tantos méritos y tantos afectos; y le agradezco también la evocación que hiciera de ese bello pensamiento de Martí que resume, que sintetiza la obligada condición de universalidad que se requiere para ser un periodista. Y agradezco que esto produzca una “coincidencia” como se dice ahora, porque precisamente las palabras que he de pronunciar aquí esta tarde, quieren ornarse para ganar valor, con un pensamiento de José Martí que me parece no sólo la máxima expresión de lo que es la prensa, sino

³ Debe referirse a Osvaldo Valdés de la Paz, poeta, periodista, narrador, promotor en 1915 de los Juegos Florales de Güines, autor de la novela *Arroyito* (1922), con prólogo de Miguel de Marcos.

también la solución más feliz, más alentadora, más cierta, para el problema que luego he de plantear.

“La prensa —dice Martí—, es Vinci y Angelo, creadora del nuevo templo magno e invisible, del que es el hombre puro y trabajador, el bravo sacerdote”⁴. Esto de la creación de un nuevo templo magno e invisible, podemos entenderlo a nuestro fin inmediatamente si decimos: la prensa es la llamada a hacer un nuevo mundo, la prensa es la llamada a transformar el mundo. Los periodistas sentimos —y no crea que sólo sea por respeto a nuestra profesión— un inmenso orgullo por el papel, por la significación, por la emoción de la prensa. Pero he aquí que nos encontramos los periodistas, y ya comienzo a exponer el problema común a que debo referirme, con que existe todavía una amplia zona de pensamiento, muy sólida y muy respetable y muy prestigiada, que le niega al periodismo la condición de un alto oficio para el intelecto, de un alto sentido para la cultura.

Existen todavía amplias zonas de la inteligencia mundial que se complacen en presentar al periodismo como una de las tareas de carácter más rutinario, menos espiritual, más de peso bruto, de materia bruta, y que achacan al periodismo, además, casi toda la enorme tragedia que constituye la ausencia, la fuga del espíritu.

Yo sé que todo periodista verdadero tiene dentro de sí, por lo general, la nostalgia de las obras que no ha hecho, la nostalgia de los libros que no pudo escribir, de los cuentos, de los ensayos, de los poemas nonatos, de tantas

⁴ En “Carta de los Estados Unidos”. *La Nación*. Buenos Aires, septiembre 13 de 1882. Nueva York, julio 15 de 1882. *Obras Completas Edición Crítica*, t. 17, p. 22.

cosas como él soñó. Porque es hombre vocado a la inteligencia y vocado a la intelectualidad, casi siempre el periodista, en lo íntimo de sí, echa la culpa de su obra no hecha sobre el periodismo, sobre la terrible tarea cotidiana, sobre la constante destrucción mental de la persona que es ese trabajo de todos los días. Porque el periodista ve que ese trabajo suyo que termina cada día, que muere hoy para renacer mañana, que tiene la desdicha, o quizás la gloria, de que cuando pone el último punto del periódico del día ya no le interesa para nada ese periódico, sino el periódico de mañana, por todo eso, el periodista también quisiera, a veces, abandonar su profesión, ya que él entiende que por ese quehacer efímero tuvo que renunciar a una alta misión espiritual, a una gran obra intelectual, a la cosecha de grandes y profundos libros, muertos en el instante en que decidió dedicar su vida a escribir velozmente la cuartilla de cada día.

Necesitamos, porque es un alivio que el alma reclama, preguntarnos de veras, profundamente, nosotros los periodistas, por si todo eso es así o no; por si será cierto o no, que tenemos nosotros un menester, sino deleznable, por lo menos triste, pobre, casi infecundo, cultural y socialmente, ya que la mayor parte del periodismo se hace en la sombra anónima, y la otra parte, la que se hace bajo firma, aunque posee lo poco de esa triste notoriedad que consiste en que la gente diga cuando uno va por la calle: “Mira, ahí va fulano”, rueda también fácilmente en el vacío... Debe preguntarse el periodista —creo yo que estamos justamente en la hora más apropiada para hacerlo—, si será cierto o no que su vida no tiene más sentido que la de una especie de animal de noria que presta un servicio que es útil pero nada más, que lleva a cabo

una tarea que no tiene ni merece una alta cualificación en el mundo del espíritu; que él, el periodista, no tiene ni merece el nombre de intelectual; que él no tiene una misión que merezca de veras el galardón de considerarse delantero, puntera de la sociedad, cabeza de las ilusiones y de las esperanzas de los hombres.

Si es cierto que hay una constante loa del periodismo, nosotros que estamos dentro del oficio sabemos que casi siempre la loa al periodista o al periodismo es una loa interesada, es una loa que termina pidiendo al final: “publicame esta noticia o publicame este retrato”. Sabemos que hay también un vituperio constante más o menos secreto, más o menos callado, del periodista y del periodismo. Vituperio que se forma, de una parte por el resentimiento que va sembrando en la sociedad el hecho de que unos pocos estamos en disposición de hablar a todos, y por otra parte, por el hecho de que, como decía en mis primeras palabras, se estima que la función del periodista es demasiado cabeza de madera puesta sobre un banco... Pero frente a todo eso, que tiene mucho de especulación, como veremos después, se levanta una realidad, la realidad de que el mundo entero está hoy absorbido, dominado por el periodista, de que todo lo que ocurre es periodismo, de que casi parece que ya se vive para producir noticias, para publicar noticias, para que los periódicos tengan materia con que llenar sus páginas insaciables.

Recordarán ustedes aquel sentimiento egoísta, excesivamente localista que tenían casi todos los hombres de la antigüedad. Un gran historiador llegó a escribir que la única razón, que el único sentido que tiene el sucederse de hechos, consistía en darle materia de canto a los poetas, o sea, que la historia era un constante trajín de heroísmo,

de sangre, de gritos, de dolores, de alegría, todo para que se tradujese en argumentos que sirvieran a los rapsodas para cantarlo después.

Y hoy parece que casi todo lo que se canta en el mundo está pasando, o porque el periodismo necesita que pase para traducirlo en noticia luego, o porque el mundo se considera obligado a alimentar en forma de muchedumbre, de hechos, en forma de noticia cotidiana, esa gran voracidad que hay por y para el periódico.

Nosotros, desentendiéndonos por ahora del hecho feliz para los de la profesión, de que el periodismo se encuentra en la cima de la hora presente, de que él es casi el eje central de la hora presente, y desentiéndonos también de la otra parte negativa de los que ven en el periodismo cosa de muerte, no perdurable, no digna de atención, nosotros vamos a preguntarnos por la dignidad perdurable de nuestro oficio, por si este oficio nuestro tiene o no alto sentido histórico, por si pertenece o no a esa expresión última de los hechos que es la metafísica, por si pertenece o no de veras a la trascendencia de la historia, a lo que va quedando como una huella, a lo que tiene permanencia, en una palabra, a lo que participa siendo de la eternidad.

Vamos a leer primero una página terrible para nosotros, pero que plantea el problema crudamente, escrita por José Ortega y Gasset, en el año 1930.

“...hoy no existe en la vida pública más ‘poder espiritual’ que la Prensa. La vida pública, que es la verdaderamente histórica, necesita siempre ser regida, quierase o no. Ella, por sí, es anónima y ciega, sin dirección autónoma. Ahora bien: a estas fechas han desaparecido los antiguos ‘poderes es-

pirituales': la Iglesia, porque ha abandonado el presente, y la vida pública es siempre actualísima; el estado, porque, triunfante la democracia, no dirige ya a esta, sino al revés, es gobernado por la opinión pública. En tal situación, la vida pública se ha entregado a la única fuerza espiritual que por oficio se ocupa de la actualidad: la prensa."

"Yo no quisiera —añade Ortega— molestar demasiado a los periodistas. Entre otros motivos porque tal vez yo no sea otra cosa que un periodista. Pero es ilusorio cerrarse a la evidencia con que se presenta la jerarquía de las realidades espirituales. En ella ocupa el periodismo el rango inferior. Y acaece que la conciencia pública no recibe hoy otra presión ni otro mando que los que le llegan de esa espiritualidad ínfima rezumada por las columnas del periódico. Tan ínfima es a menudo que casi no llega a ser espiritualidad; que en cierto modo es anti-espiritualidad.

"Por dejación de otros poderes, ha quedado encargada de alimentar y dirigir el alma pública del periodista, que es no sólo una de las clases menos cultas de la sociedad presente, sino que, por causas, espero, transitorias, admite en su gremio a pseudointelectuales chafados, llenos de resentimiento y de odio hacia el verdadero espíritu. Ya su profesión los lleva a entender por realidad del tiempo lo que momentáneamente mete ruido, sea lo que sea, sin perspectiva ni arquitectura. La vida real es de cierto pura actualidad... pero la visión periodística deforma esta verdad reduciendo lo actual a lo instantáneo y lo instantáneo a lo resonante. De

aquí que en la conciencia pública aparezca hoy el mundo bajo una imagen rigurosamente invertida. Cuanto más importancia substantiva y perdurable tenga una cosa o persona, menos hablarán de ella los periódicos, y en cambio, destacarán en sus páginas lo que agota su esencia con ser un “suceso” y dar lugar a una noticia.

“Habría de no obrar sobre los periódicos los intereses, muchas veces inconfesables, de sus empresas; habría de mantenerse el dinero castamente alejado de influir en la doctrina de los diarios, y bastaría a la prensa abandonarse a su propia misión para pintar el mundo del revés. No poco del vuelo grotesco que hoy padecen las cosas —Europa camina desde hace tiempo con la cabeza para abajo y los pies pirueteando en lo alto— se debe a ese imperio indiviso de la prensa, único ‘poder espiritual’...”⁵

Es decir, que este hombre a quien no podemos negarle sagacidad extraordinaria para analizar los hechos de la época en que vive, encuentra que nosotros integramos una clase, un grupo, un oficio, que sólo presta a la sociedad un mínimo de espiritualidad, en los casos en que llega a prestárselo, que nosotros estamos urgidos por un afán no sólo de cosas recientes y de cosas nuevas, sino por un afán de puros hechos, de desnudos actos que sean muy frescos, muy recientes. En una palabra: ha querido decir que los periodistas somos como el salvaje, seres que no tenemos preocupación por la historia, que no nos interesa la histo-

⁵ José Ortega y Gasset: op. cit.

ria, y que en cuanto una cosa va cobrando ese color bellísimo de espíritu, de cultura, de sedimentación que da el tiempo acumulado en un hecho, en un libro, en una persona, nosotros los periodistas, anti-espirituales, enemigos de los espiritual, salimos corriendo porque acaba de ocurrir en la esquina un nuevo suceso y vamos a querer más y valorar más ese hecho nuevo que aquel hecho viejo.

Se nos ha dicho aquí que por el hecho de presentar diariamente a las gentes un resumen de las cosas más frescas, de las cosas que acaban de pasar, desdeñamos la historia, y que por esa tremenda perversidad de negar la historia, nos hemos vuelto de espaldas al espíritu en tal forma que este mundo de hoy del cual han dimitido los poderes espirituales que antaño lo regían, se encuentra el pobrecito en las manos de unos salvajes que no tienen espíritu y que sin embargo son los que lo mandan, los que lo gobiernan.

Estamos, compañeros, bajo esta lluvia de balas que nos ha lanzado este señor, en medio del problema que quería estudiar esta tarde, del que quería conversar con ustedes, y con vuestro permiso voy a sentarme para que la conversación tenga más carácter de conversación y menos de conferencia. Es cierto que a nosotros mismos, a los periodistas, nos suena un poco a vulgaridad la mayor parte de nuestro trabajo. Es cierto que nos pasamos la vida echando de menos a un poco de sosiego, a un mínimo de calma para pensar, para redactar, para esa cosa sublime que es redactar, es decir, poner en orden el desorden de las ideas y de los hechos, de las observaciones, de las experiencias.

Nosotros vivimos empujados por esa terrible frase que es “no tenemos tiempo”. Ahora bien, cuando un hombre no tiene tiempo, no tiene vida, cuando un hombre no tiene

tiempo, no puede tener pensamientos, porque el pensamiento es el recuerdo fermentado, el recuerdo perdurable, el recuerdo que ya se recuerda sólo a sí mismo. Es como aquella definición del saber que nos daba Shelley, “el saber culto, un saber del cual no hace falta acordarse”. Nosotros los periodistas no tenemos tiempo para madurar las cosas, para aprender las cosas en forma tal que las sepamos sin necesidad de acordarnos, es decir, nosotros los periodistas no podemos poseer una cultura, no podemos fabricarnos una cultura, no podemos entregar nuestro espíritu, nuestra inteligencia y nuestra diaria acción y actividad al cultivo, es decir, al lento trabajo de la meditación, del reposo, de la erudición, de la ilustración, que va aflorando lentamente en esa maravillosa fenomenación que llamamos cultura.

Partamos del hecho de que nosotros no podemos ser hombres cultos; que nosotros por lo tanto no podemos volcar en nuestro trabajo una cultura. Ahora, sin embargo, al hacer esta declaración, que algunos pensarán excesiva y hasta dramática, debo decir que sólo por beocia, que sólo por una antigualla de la mente, por un regresionismo cultural, seguimos los hombres contemporáneos concediéndole al término cultura un valor que ya no sirve para nada, un valor que ya no tiene y que no significa nada, y que este señor que se llena de pesadumbre, que casi llora pensando que él no puede encerrarse en una biblioteca a revisar los grandes textos del siglo XVIII, y que cree que por no hacer nada de eso no es un hombre culto, este señor, confesémoslo, es rematadamente inculto, no porque no haga esas cosas que él deja de hacer y que cree necesarias, sino porque comprende que en nuestro tiempo, en nuestra época, la cultura no es eso.

Yo quiero —y quizás sea pasión de periodista que necesita defenderse— yo quiero que esta tarde hablemos nosotros de un tema ambicioso, de si será cierto o no que la forma más espléndida, más creadora, más viva de la cultura en estos tiempos, es la forma que nosotros los periodistas servimos. El mundo pudo vivir durante mucho tiempo gobernado por unas minorías reducidísimas. En realidad, aunque no lo pareciera, la mayor parte de las ideas, de los impulsos, de las motivaciones que por siglos y siglos movieron a la humanidad, pertenecían a tres o cuatro personas, pertenecían sobre todo a una forma de actividad propia, de aquello que los romanos llamaban el *ocio multiplicandi*, el ocio creador de la antigüedad, que hacía pedir al clásico, al Virgilio nada menos, que se guardase todo libro, toda página escrita durante veinte años, para ver si entonces, por conservar todavía fuerza era realmente digna de ser publicada.

Aquel tiempo de los antiguos, aquel tiempo sin premura, aquel tiempo sin porvenir, porque debemos tener muy presente un hecho que hoy nos parece imposible, el hecho de que los antiguos no tenían porvenir, no sentían esta desazón, esta apetencia, esta locura casi del porvenir, esta inquietud ante el mañana que siente el hombre contemporáneo, aquel tiempo de los antiguos que no tenían porvenir, y que por lo tanto el tiempo era para ellos sobre todo una oportunidad para pensar en el pasado, de recrearse en el pasado, dejaron con la fuerza de una inteligencia tan lánguida, largamente enterrada en la tierra, con el poderío de esas simientes tan tenazmente almacenadas por siglos y siglos, dejaron en este escenario que llamamos la cultura occidental, unos oropeles, un miraje de ideas, un gran teatro de ideologías, de pensamientos, de realizacio-

nes, que llevan en su entraña el signo de un tiempo que no tiene porvenir, la preocupación del tiempo entendida como un disfrute del pasado de la vida, considerada como un mero sorber los jugos seculares o milenarios.

Nosotros, herederos demasiado directos todavía de esa actitud ante el tiempo, porque eso es lo que llamamos hoy la cultura, nos sentimos un poco avergonzados de no ser como el hombre antiguo, de no ser como el hombre que todavía en el siglo XVIII tenía amplia representación y vivía en carne y hueso en diversos sitios de la tierra, aquel hombre erudito, aquel hombre capaz de pulir un pensamiento durante 20 años, aquel poeta que venía rodando con su poema por lustros y lustros, porque sabía que nadie esperaba su poema, porque no se sentía obligado a transmitir inmediatamente sus palabras a los contemporáneos, a los hombres de su época. Ese tipo de hombre, ese ser ya hoy casi extravagante, es lo que correctamente debemos llamar, ahora que estamos hablando de historia, un intelectual.

Es un intelectual el hombre que quiere trabajar para un tiempo sin fecha, que quiere trabajar para un tiempo perpetuo, para un tiempo digamos, permanente, que tiene una ambición casi diabólica de atrapar la historia para siempre en sus páginas. Don Miguel de Unamuno nos ha recordado mucho la gran frase de Tucídides cuando va a ponerse a escribir su historia, cuando dice “voy a escribir esta historia para siempre”; porque él creía, por ser un hombre sin porvenir, por ser un hombre antiguo, él creía que aquellos dichos suyos puestos en las páginas iban a ser incommovibles o inmutables, porque tenía una conciencia de hombre antiguo, tenía una conciencia típica intelectual, una conciencia que tuvo razón de ser, que tuvo

influencia, que tuvo virtualidad y expresión hasta el siglo XVIII, pero no después.

Y porque olvidamos demasiado que ya después no era posible que tuviera vigencia ese tipo de actitud ante el mundo y ante el tiempo, ante el porvenir, es que concedemos crédito a los juicios peyorativos sobre el periodismo porque nos avergonzamos un poco de no ser señores que escribimos todos los días la *Divina Comedia*, porque nos avergonzamos de no ser entes librescas, capaces de una gran erudición, porque nos avergonzamos de no escribir páginas para la eternidad y sentimos un poco el dolor y el sabor a cenizas de estar todos los días escribiendo cosas que mueren antes que el día; por esto es que somos todavía prisioneros de aquella concepción antigua, de aquella concepción completamente decaída, de aquella concepción muerta del tiempo y sobre todo de la historia.

Mientras nosotros no seamos capaces de entendernos a nosotros mismos como hombres pertenecientes a los frenéticos, a los sedientos del porvenir, a los preocupados por lo que va a pasar y no de lo que pasó, seremos hombres antiguos, seremos señores que lloran por no ser intelectuales, seremos hombres que desprecian la noble, la extraordinaria misión del periodista.

Decía que íbamos a intentar la aventura extraordinaria, lo comprendo, de preguntarnos si no será precisamente lo contrario de lo que dice Ortega y Gasset, si no ocurriera que, por ser la época tan poco espiritual, el periodismo luce tan poco espiritual él, y no a la inversa. Yo no creo que el periodismo se haya conformado plebeyamente, con esos caracteres horribles de vulgaridad al tiempo en que vivimos, sino creo todo lo contrario, creo que porque el periodismo no ha hecho todavía todo lo que tiene que

hacer, porque no ha desplegado toda la fuerza que tiene dentro de sí, porque los propios periodistas no han sentido la metafísica, la trascendencia, el enorme valor cósmico que tiene el hacer un periódico todos los días, es por lo que parece que somos nosotros los periodistas, la prensa, los periódicos, los culpables de que la tierra sea hoy tan ramplona, tan cursi, tan desolada y tan inhumana.

Lo que queremos sostener aquí es que de todas las actividades contemporáneas donde intervienen los seres humanos, la que más se ajusta como un cuerpo y su sombra a la entraña de la historia y al posible significado inmediato que tendrá esa historia, es la del periodismo. Parece, y algunos lo creen, que la historia responde o se explica, se casa mejor con la actividad del político, con la del soldado y con la del estadista. Yo creo que los políticos, quiero decir, los hombres que pertenecen a un partido político y que a través de él aspiran al poder y viven pensando en el poder a través de los partidos políticos, que los políticos, que los soldados y que los estadistas son precisamente ya hace mucho tiempo los estorbos de la historia futura, los residuos de aquella actitud que pretendía volver hacia atrás y no hacia el porvenir.

Yo encuentro que la mayor parte de las actividades, salvando la actividad de la investigación científica y salvando desde luego la del periodismo, son actividades que no tienen nada que ver con el siglo en que estamos viviendo, y que no tienen nada que ver sobre todo con los anhelos del hombre que es nuestro hermano, nuestro contemporáneo. El ejército, la guerra, la política, hasta un poco la religión, lucen ya como formas periclitadas, como formas que no alimentan la entraña del hombre. ¿Por qué? Porque este hombre de hoy, ese hombre que somos no-

sotros, que es cada uno de ustedes que somos a un tiempo la colectividad y el individuo, este hombre quiere unas cosas del mundo, quiere hacer unas cosas con el mundo, y espera del mundo un repertorio tal de hechos, de maravillas, de progresos, de olvido del pasado tenebroso, que se ve forzado a vivir apegado no a aquellas formas muertas del vivir, sino a las formas más vivas, más trémulas.

Lo que le interesa es el niño que acaba de nacer, no porque desprecie al anciano sino porque ya se sabe lo que piensa el anciano y porque ese pensamiento no nos sirve para nada; sin embargo, en el que llega, en el que se entrena en el mundo con un alarido, quizás si venga encerrada una solución para cualquiera de los graves problemas que tiene hoy dentro de sí el hombre.

¿Y qué cosa es un periódico sino un niño que nace todos los días? ¿Qué es un periódico frente a un libro, y que es un niño frente a un anciano? Respetable es la ancianidad, siempre tendremos que acudir a ella, pero si la ancianidad quiere ser sólo eso, la ancianidad, si quiere ser sólo pasado, se quedará enterrada como están enterrados y muertos hoy casi todos los libros en un rincón oscuro y sin destino. Mientras que el niño, el que lleva dentro de sí todas las potencias nítidas, el que tiene derecho a que se espere de él lo máximo, lo mejor, lo que nadie había hecho, ese arrastra tras de sí a todo el mundo, pues la gente se acerca más a un niño que está cantando quizás canciones del porvenir, que a un viejo que con acento elegíaco está haciendo referencias al pasado.

El hombre de hoy va al periódico, no porque sea un hombre vulgar, sino porque el periódico es la sorpresa de cada día, porque el periódico es un niño que acaba de nacer, que quién sabe si trae dentro de él, en su entraña

caliente aún, la respuesta que estaba esperando. Ahora estas cosas que digo yo como periodista, pueden ser cosas que dice uno porque siente la necesidad de defenderse. Vamos a razonar un poco esto que hemos dicho, vamos a ver si es verdad que la historia que estamos viviendo es una historia que sólo puede encontrar su expresión, que sólo pueden encontrar la mano que la guíe seguramente en el periodismo.

Voy a leerles una página que a mí me parece antológica, aunque no comparto sus ideas, escrita por uno de los hombres que luchó con mayor intensidad por no ser un hombre antiguo, por Oswald Spengler. A mi entender, después de Aristóteles, quizás el esfuerzo mayor que se ha hecho para compendiar ecuménicamente el pensamiento, la historia, lo realizó Spengler, pero a mi entender, modestamente también, Spengler fracasó en esa aventura, sólo porque al igual que Aristóteles quiso compendiar todo el pasado, para que siguiese siendo como era, como quería que fuese, y no como era o iba a ser. Entiendo yo que un hombre como Spengler, un hombre sazonado en la cultura occidental, un griego, un poseedor, un heredero del espíritu griego de Nietzsche, era también un hombre sin porvenir.

Pero veamos cómo este hombre sin porvenir, que representa quizás el más alto grado de la inteligencia analítica de su tiempo, nos va a decir cómo se produce el maridaje, la unión inseparable entre la prensa, es decir, entre el periodismo y la historia que vamos viviendo.

“La pólvora y la imprenta —dice él— guardan una relación íntima. Ambas han sido inventadas en el alto gótico; ambas proceden del pensamiento ger-

mánico de la técnica; ambas son los grandes medios de la táctica fáustica a larga distancia. La Reforma —anotemos esto—, la Reforma —cuna de lo moderno— a principios de la época posterior, vio las primeras hojas volantes y las primeras piezas de campaña. La Revolución Francesa, a principios de la civilización, vio el primer gran ataque de folletos, en otoño de 1788 y en Valmy el primer fuego en masa de la artillería.

“Con esto la palabra impresa, preparada en enormes masas y extendida sobre infinitos planos —este es el periodismo— se convierte en arma terrible en las manos de quien sepa manejarla. En Francia tratábase en 1788 de una expresión espontánea de convicciones privadas; pero en Inglaterra ya se había llegado al punto de producir metódicamente cierta impresión en los lectores. El primer gran ejemplo de esta táctica es la guerra de artículos, hojas volantes, memorias apócrifas que desde Londres lanzaban contra Napoleón incluso en territorio francés. Las hojas sueltas del siglo XVIII se convierten en la ‘prensa’ como se dice con significativa anonimidad (y como en correspondencia con ‘la artillería’). La campaña de prensa surge como continuación —o preparación— de la guerra con otros medios; y su estrategia, combates de vanguardia, maniobras aparentes, sorpresas, ataques en masa, se ha ido perfeccionando durante el siglo XIX, hasta el punto de que una guerra puede estar perdida antes de disparar el primer tiro, porque la prensa, entretanto, la ha ganado.

“Hoy vivimos —continúa— tan entregados sin resistencia a la acción de la artillería espiritual, que

pocos son los que conservan la distancia interior suficiente para ver con claridad lo monstruoso de este espectáculo. La voluntad de poderío, revestida en forma puramente democrática, ha llegado a su obra maestra, ya que el sentimiento de libertad se siente acariciado y halagado por la misma técnica que le impone la más completa servidumbre que ha existido jamás. El sentido liberal burgués está orgulloso de haber suprimido la censura, la última barrera; mientras tanto el dictador de la prensa — Northcliffe— mantiene a sus rebaños de esclavos lectores bajo el látigo de sus artículos, telegramas e ilustraciones.

“La democracia ha substituido en la vida espiritual de las masas populares el libro por el diario. El mundo de los libros, con su abundancia de puntos de vista, que obligaba el pensamiento a crítica y selección, ya sólo existe en realidad para círculos pequeños. El pueblo lee un diario, ‘su’ diario, que en millones de ejemplares entra todos los días en todas las casas, mantiene a los espíritus bajo su encanto, hace que se olviden los libros y, si uno u otro de estos se insinúa alguna vez en el círculo visual, elimina su efecto mediante una crítica parcial.”⁶

Ahora comienza Spengler a analizar lo que es la verdad para la prensa, llegando a la conclusión de que el tiempo que estamos viviendo padece tanto porque ningún hombre tiene acceso directo a la verdad, y que no exis-

⁶ Oswald Spengler: *La decadencia de Occidente*, volumen I, Espasa-Calpe, Madrid, 1944.

te más verdad ni más mentira que la que el periodismo quiera darle. Es decir, acepta o cree que hoy estamos nosotros como investidos, como recubiertos por una segunda naturaleza, por un segundo vestido, por un hábito nuevo, por esa espesa capa de verdades o de mentiras que nosotros asimilamos a través de lo que la prensa nos da.

Esta segunda naturaleza que el hombre ha recibido tras el aluvión de prensa, que ya tiene mayoría de edad, esta segunda naturaleza, repito, es justamente lo que antaño se llamaba cultura, esa habitación que el hombre introduce en sí más allá de la naturaleza, que no era naturaleza, pero que había sido cultivada para que cada hombre se la adosase y hasta donde le alcanzase a asimilarla, que antes era la cultura libresca, la cultura de los laboratorios empíricos, que antes era acaso la aceptación de una cultura religiosa, por pura apatía, esta cosa que nosotros llamábamos la cultura ha desaparecido, se ha descascarado, ha caído encima de la corteza del hombre, para ser sustituida por un nuevo hábito, por un nuevo vestuario, por una nueva cultura que desde que nacimos, y sobre todo desde que nació el tiempo que hoy vivimos, desde que aparecieron en el mundo contemporáneo las instituciones que a nosotros nos mueven y nos preocupan, fuimos arados, es decir, cultivados por la prensa.

Y que sea cierto o no esto que dice de que nosotros hoy no conocemos la verdad directamente, sino que conocemos la verdad que nos quiere prestar la prensa, es lo cierto que esto no importa ahora. La verdad para nosotros es que todo el mundo admite y reconoce que el hombre moderno, este que somos nosotros, lleva encima de su traje de Adán, el traje que le ha puesto la prensa. Y aquí llega el momento de preguntarnos ya si una actividad que

es tan profunda en calidad y en cantidad como para sobreponerse como una segunda naturaleza al hombre, podrá ser en alguna manera deleznable, podrá ser cosa ajena a la historia, podrá ser contraria a este impulso que lleva el espíritu humano hacia lo más alto.

Yo entiendo que el periodismo ha podido conculcarse, ha podido ser de tal modo la segunda historia del hombre, el segundo nacimiento del hombre contemporáneo y su vestido más exacto, porque una historia como la nuestra sólo puede ser explicada y sentida por el periodista.

El mundo, ya es una vulgaridad decirlo, tiene hoy todo el carácter de un difunto al que se le están rindiendo los honores. Casi todo lo que pasa hoy tiene ese mismo sesgo trágico de la ceremonia final junto a la tumba, donde hay unos dolientes muy próximos que lloran, pero hay otros acompañantes que lo que están es muy apurados para irse porque del lado de allá de esa tumba les espera la vida. Observemos que casi todo lo que ocurre hoy tiene hálito de funeral. ¡Tantas cosas se están muriendo irremisiblemente, tantas son las cosas, aunque no se confiese, que desaparecerán para siempre de la faz de la tierra, que sólo una actividad capaz de despedir el duelo en 24 horas, de dejar que los muertos entierren a sus muertos, para salir a esperar el nuevo nacido, el nuevo nacimiento, puede tener interés cultural para el hombre, que el hombre de hoy no cree ya que sea menos culto ni menos inculto que el hombre de ayer! Si alguna diferencia hay es favorable, porque al fin y al cabo la cultura es también un hecho mecánico, un hecho automático, que se produce por la simple realización de un tiempo que va viviendo, de un recuerdo que trasmuta, de una sabiduría que los hombres comparten aunque no la conozcan a fondo.

Nosotros tenemos hoy una cultura no de dos años, ni de un siglo, sino de 20 siglos; y cuando nosotros, en un impulso que es universal, que algo profundo ha de tener cuando en todas partes ocurre lo mismo, cuando la cifra humana en todas partes tiene los mismos caracteres, nosotros de dónde sacamos las fuerzas para renunciar a esos 20 siglos de pasado y preocuparnos más por lo que va a ocurrir que por lo que ocurrió si no es porque en el alma de esa propia cultura, en la simiente de esa propia civilización está sembrada ya la obligación de renunciar, estaba impuesta ya la condición de vivir mientras fuese digno a la cultura vivir, es decir, viviremos mientras tengamos esencias que asimilar, mientras tengamos expresiones que producir, pero una vez que esa misma cultura ha llegado a tocar en el techo, a verse asfixiada produciendo las formas más extrañas, de ir buscando las formas más locas de investigación científica, cuando se comprenda por todas las actividades del hombre que el ser humano está hoy acorralado y quiere romper una prisión, no es posible pensar que esto se haga por incultura, esto se hace precisamente por todo lo contrario, porque la cultura ya la hemos asimilado de tal modo que nosotros no somos ya imágenes, repeticiones de libros sino una fuerza vital que sabe a dónde va, porque una cultura supo dirigirla, y que esto que parece ser la suma de incultura, no es otra cosa que la flor de la cultura, que una verdadera cultura no puede parar en cadáveres ni puede parar en muertos.

¿Y cuál es el diario centinela que aviva en cada alma la convicción de que, si es culto, es decir de que si responde a una historia tiene que seguir adelante, desdeñando el pasado y renunciando a él? ¿Cuál es ese diario avisador, que despierta al hombre todas las mañanas para

decirle que el mundo no se ha detenido, que el mundo está marchando hacia adelante? Es el periódico, es el periodista. El periodismo, espejo de nuestro tiempo, como no hay otra actividad que pueda reflejarlo; precisamente sus defectos, defectos de un mundo en transición, no defectos de incultura, nos dicen que por ser espejos de una época, con la vitalidad de los buenos espejos lo mismo refleja los rasgos bellos que los rasgos feos.

Si nosotros apartamos un poco la mirada del escenario de la historia que estamos viviendo y la fijamos con mayor agudeza en esa diaria hoja símbolo del escenario en pequeño que es el periódico de cada día, comprendemos que si los rasgos feos nos parecen primar cuando miramos hacia aquel escenario, los rasgos bellos, los rasgos de esperanza predominan cuando miramos correctamente, con claridad, hacia el periódico.

Cuando nosotros nos acostumbremos a ver lo que es un periódico, a ver que en esa noticia que acaba de producirse no hay como decía el filósofo un hecho baladí porque un hecho baladí, que muere, no es importantísimo sino todo lo contrario, hay 20 siglos de fuerza detrás de cada hecho, cuando veamos que detrás de cada hombre no hay una persona aislada sino toda la humanidad, cuando entendamos que el periódico lo que hace es refrescarnos cotidianamente la historia completa del mundo y el resumen completo, exhaustivo de la cultura, comprenderemos que sólo por amor a las formas antiguas del pensamiento, que sólo por nostalgia imperdonable del hombre antiguo se puede decir que el periódico no es la máxima expresión de la historia que estamos viviendo, y que el periódico no es al mismo tiempo la máxima expresión posible de espiritualidad para el hombre de hoy, para

el hombre que no tiene derecho si quiere refugiarse en un rincón cualquiera a rumiar no se sabe que cosas muertas ya, antiguas ya, sino para un hombre que es nuestro hermano, que ha salido a flor de tierra en todas partes, que está presente en nuestra casa, sea chino, búlgaro o rumano, porque observemos hoy que nuestros problemas son los problemas de los lugares más remotos, que cada uno de nosotros toma partido junto a un hombre que está a cien mil millas de distancia, observemos que esta actividad que nos permite vivir al mismo tiempo en nuestra casa y en el mundo, que nos permite vivir al mismo tiempo encerrados en nuestro cuarto y tocando las últimas actividades de la investigación celeste, que nos permite al mismo tiempo ser el hombre privado que somos y el amigo del chino que está muriendo allá por una causa que creemos que también es nuestra, comprenderemos que esa actividad sublime es resumen de la cultura, resumen máximo posible de la cultura, y que nosotros, humildes servidores de ella, pequeñísimas piezas de ella, estamos rindiendo el más noble, el más puro, el más fecundo de los oficios que la humanidad reclama: el de ver diariamente ante sí un espejo, que le diga no solo la verdad del pasado, sino también la verdad del porvenir.

AMORES, BODAS Y DIVORCIOS ENTRE PRENSA Y PÚBLICO

Conferencia pronunciada por Rafael Marquina en la Escuela Profesional de periodismo “Manuel Márquez Sterling”, el 16 de marzo de 1950. (De una ficha copiada y consultada por el compilador en la Biblioteca Nacional de Cuba “José Martí”)

Recordaré siempre aquel día, luminoso en la gasa de su niebla. Desde la primera hoja del ajetreo diurno, París, entonces capital de la civilización, vibró de entusiasmo. Como si desde los altos cielos la bendijera una clase nueva, recién estrenada; como si el alma de la urbe esperase un milagro, en el pasmo de una expectación inédita. Las gentes todas, se sentían como insertas en un clima de prodigio. Y cuando se supo que ya el gran avión, aquel en que iban a intentar la gran aventura de cruzar en audacia azul, por caminos de cielo, la larga incógnita del Atlántico dos grandes ases de la aviación francesa, nada menos que Nunguesser y Coly, el alma toda de París alzó hinchando el pecho un suspiro en que cabía el ansia del mundo.

Quedó en la tierra, mientras el gran intento si iniciaba en el aire, un fervor temeroso. París estaba como en el callado frenesí de un gran deseo unánime. Los transeúntes, al cruzarse en la calle, adelantaban en el brillo de las miradas las palabras tácitas. Nada se sabía, nada podía saberse aún. Pero el alma, los augurios, la conciencia de la ciudad esperaban, deseaban, exigían la plenitud del prodigio. El gran vuelo trasatlántico París-Nueva York

sería realizado por vez primera por la bizarría audaz, por la sapiencia técnica de dos grandes aviadores franceses. Nunguesser y Coly llevaban en su vuelo hacia la eternidad de la historia la eternidad de Francia.

A media tarde, no se supo bien cómo, por qué camino de aire azul, de niebla horadada, en qué rincón de París, en cuál oficina noticiera, tembló, recién llegada, la primera noticia. La gran aventura se realizaba con buen suceso. A tal hora y tantos minutos el avión glorioso había reportado sus avances serenos. Muy pocas horas después llegaría a Nueva York. Desde aquel instante, primero del gran júbilo, desbordó París su euforia gigante. El gran suspiro que le henchía el pecho dio color al aire. Color de gloria.

Las multitudes se lanzaron a la calle. Ansiaban confirmación de aquel gozo que les exacerbaba el entusiasmo. Y cuando a prima tarde las impaciencias jubilosas, entre un río de noticias y rumores, proclamaban ya la maravillosa culminación de la hazaña de Nunguesser y Coly que habían llevado triunfante por encima de la mar innumerable, del uno al otro mundo, la honra de Francia; cuando los ciudadanos, al toparse unos con otros en la rúa, desataban en diálogos nerviosos comentarios vibrantes, las pizarras de los grandes diarios aparecieron, voces lanzadas a la avidéz del público, señalando las etapas triunfalmente vencidas en el alto misterio de los cielos por la pericia y la técnica de Nunguesser y Coly.

Exultó de júbilo la ciudad entera. Estalló la gran piñata de los arrebatos. Todo París se puso en pie. El gran poema urbano alineó en rima unánime los versos de sus calles, la amplia majestad de los bulevares, alejandrinos sonoros, la redonda perfección de sus plazas, octavas rea-

les, y la hermosura infinita de sus perspectivas inigualables, rayos eternos de la estrella del Arco famoso.

Hervían las calles de entusiasmo; unos a otros los ciudadanos se comunicaban detalles y noticias. Se agolpaban espesos grupos frente a los edificios de los grandes rotativos. En su júbilo, en el nervioso estallido de su alegría, querían saber, querían confirmar el hecho con toda la garantía de su seguridad. Nadie dudaba; algo como un sentimiento inalienable habría impedido a cualquier fulano anónimo, a cualquier conspicuo sentir ni la más leve sombra de duda, que le habría parecido mancha de traición.

Y efectivamente, en servicio de aquella avidez, como en obediencia a aquellos deseos, sobre el confuso jaezar de aquella expectación y de aquella certeza, los grandes diarios, en sendos pizarrones, daban a la tarde en júbilo su razón de historia. Los aviadores llegarían a Nueva York unas horas antes de lo que científicamente se había calculado, cumpliendo así la más grande aventura aviatoria que hasta entonces se había intentado en el mundo. Todo París se sintió como arrebatado a la gloria. Era infinito el gozo y triunfal la algarabía. Besábanse, desconocidos mutuamente, los transeúntes en la calle. El cielo estrenaba un azul inédito. Irrumpían estridencias de clarín; los vivas y las aclamaciones espesaban en el aire. Grandes aplausos resonaban cada vez que en algún edificio las pizarras de la prensa notificaban detalles, aclaraban noticias, adelantaban el porvenir. Una alegría inmensa triunfaba en el ambiente. Desde la piedra de la calzada hasta la eternidad de Dios no había más que Francia.

Valía la pena. Francia acababa de añadir un nuevo episodio a su gloriosa epopeya de adelantada de la humanidad. El pueblo de París sentía esta verdad, esta gloria y la

besaba en el aire y quería palparla, tenerla bien suya, en la mano y en los ojos, en la mente y en el corazón. El pueblo se impacientaba como enamorado en ansias, como amante en delirio. Todo París tenía fijos los ojos, suspenso el ánimo, en la prensa. Y la prensa en devoción de amor, acudió solícita, diligente, abundosa y pródiga. Pizarras y letreros luminosos; noticias y noticiones; detalles sensacionales, toda la gama de una información maravillosamente trazada. Y allá, en los altos cielos, el gran avión piloteado por Coly y por Nunguesser imprimiendo para siempre en la gloria, en victorioso viaje, el nombre de la patria.

De pronto, en el bulevar, gran tumulto, inicio de motín grave. Un gran diario, nada menos que *Le Matin*, se muestra hermético, ajeno al general regocijo, ausente de aquel unánime entusiasmo. En vano grupos innumerables se agolpan ante su edificio esperando, en una espera tan ansiosa, tan cuajada de voluntades que es como una exigencia, como un dictamen, que *Le Matin* vierta a la luz su intimidad, su entraña fecunda, exhiba en letras tamañas, al aire de la calle las noticias maravillosas. El edificio de *Le Matin* permanece cerrado, callado, hermético. Empieza la multitud a sentir en el fondo de su expectación, por encima de sus seguridades, un reproche. Llegan desde otros lugares de la ciudad vecinos noticiosos y enterados. Crece un sordo rumor que, al cabo, estalla en protesta. Y entre un aluvión de denuestos y agravios y acusaciones, el edificio del viejo rotativo famoso es apedreado y se consuma la sanción popular entre un fracaso de cristales.

He aquí que ahora ya está la prensa en la calle. Ya la noticia puede ser elevada con las manos, táctil y real, como en una consagración del alma de Francia. Los vendedores de periódicos la esparcen impresa por los bulevares.

Aquel minuto de París en que cada tarde tiene su expresión de universalidad cuando voces apresuradas y estridentes gritan en reclamo la apócope popular “*L’Intrant, L’Intrant*” (*L’Intransigeant*), el diario vespertino más leído de París, asumió aquel día caracteres apoteósicos y tumultuosos. Una muchedumbre ávida y ansiosa arrebatada a los vendedores su mercancía y allí mismo, en la calle, devoraba las noticias todavía húmedas, todavía olorosas a tinta, a sangre de universo. *L’Intransigeant*, como ya esperaba el público, como el pueblo, amoroso y enamorado de su diario tan lleno de París que París estaba metido en él, confirmaba la noticia: Nunguesser y Coly habían llegado a Nueva York algo más de una hora antes de lo que se había calculado. *L’Intran*, batiendo el récord noticiero, triunfando sobre todo los colegas, publicaba incluso, en un cable nervioso y palpitante como un ser vivo, el discurso pronunciado por el alcalde neoyorquino como salutación a los dos gloriosos aviadores franceses.

Aquella noche, desgajándome, jubiloso también, de aquel estruendo vitoreante y gozoso, fui al teatro Daunou para aplaudir en su labor magnífica a una actriz entonces muy en boga y en buen suceso: Juana Renouard. En la platea era evidente también la euforia colectiva. En los entreactos el telón era sustituido por una pantalla cinematográfica donde aparecieron los retratos de los aviadores, las noticias del día, todas naturalmente relacionadas con la gran hazaña tan magníficamente cumplida por Nunguesser y Coly. El público muy selecto, porque el Daunou es o era un teatro pequeño y de lujo, aplaudía cada retrato, cada noticia. Y según costumbre muy francesa los espectadores, al aclamar el triunfo, se besaban emocionados y plaudentes.

A la salida del teatro lloviznaba. La estrecha calle Daunou estaba desierta. Algo, allá en el fondo de mi alma periodista, me advirtió. Sentí como si una mano invisible y poderosa se me apoyase en el pecho. El silencio estaba como transido de revelaciones. Era raro bajo la negra mudez de los cielos inasequibles. Algo ocurría. Mi instinto periodístico, esa gran adveración que es como el ángel guardián del periodista, me advertía. Algo estaba ocurriendo, extraordinario y grave. Aquel silencio era voz y drama. Torcí entonces mi natural camino y en lugar de dirigirme hacia la rue Richelieu para mi hotel, me encaminé hacia la cercana plaza de la ópera. En la noche cóncava resonaron lúgubres mis pasos. Enfoqué la gran plaza. Nunca olvidaré la tremenda conmoción. Una dolorida e impenetrable multitud se agolpaba expectante y muda. Fijos estaban los ojos en el cartel lumínico que iba transmitiendo noticias de última hora. Un impresionante silencio cernía sobre la multitud una negrura de misterio. Se oía aquel silencio. Se palpaba el gran sollozo de un pueblo abatido. Alcé la mirada y leí. Nunguesser y Coly no solo no habían llegado a Nueva York, sino que desdichadamente, infaustamente, se carecía de noticias suyas. Nada se sabía acerca de su suerte. Nunca más se supo de ellos. Jamás llegaron a Nueva York.

Muchas meditaciones suscitó en mi espíritu aquel episodio tan lleno en su cogollo de tuétano periodístico. De muy diversa índole fueron y han seguido siendo, a este propósito las cogitaciones con que he elaborado con aquel recuerdo vivo algunas normas de conducta. Dejaré ahora de lado, por no interesar demasadamente a mi concreto menester de esta tarde, aquellas que se refieren, por decirlo así, a la elaboración técnica del gran *canard*, del

bluf gigantesco que se sirvió, con notoria habilidad, a la expectación del mundo.

La falsa información estuvo demasiado bien hecha, demasiado bien confeccionada para que pudiera admitirse como simple error y no como coadyuvante a un oscuro y gigantesco designio especulativo al que se ayudaba con la anticipación de hechos que, en definitiva, se consideraban seguros, con bastantes probabilidades para aminorar el riesgo del adelanto. No pude entonces ni después llegar a este respecto a conclusiones satisfactorias.

Pero aquel día parisino puso en pie en mi conciencia de periodista, que es mi conciencia de hombre, un grave, un dramático problema que, en síntesis, creo que es nada menos que el gran problema total del periodismo, la expresión íntegra del periodismo moderno. Había asistido al proceso completo: amor, boda y divorcio de prensa y público, de periodismo y de opinión. Y la experiencia había suscitado mis capacidades intelectivas invitándome a la reflexión. Porque del modo de solución que se aplique a este problema depende que la prensa cumpla o no, a cabalidad o frustradamente, la gran misión que es la gloria y la servidumbre de su destino.

Apartemos desde ahora del ámbito de nuestras elucidaciones, como hojarasca seca, como jaramago de las eras, todo el inmenso cúmulo de tópicos y lugares comunes con que, so pretexto de definición, se halaga a la prensa, se requiebra, en madrigal de enamoramiento, al periodismo. La prensa, cuarto poder; la prensa forjadora de historia, la prensa orientación del pueblo. Pero recojamos como expresión idónea, como atribución genuina aquella que une a prensa y público, a periodismo y pública opinión, haciendo del órgano impreso voz de pueblo. He

ahí, en efecto, en suprema y absoluta síntesis, la categoría esencial y funcional de la prensa: voz de pueblo. Juntos, por tanto, pueblo que no quiere perder su voz, y voz que está pidiendo alma. Y también, alma de pueblo que está pidiendo luz de voz con que oírse en la conciencia.

Es indudable: en el gran sacramento de esta unión, en estas bodas ya no simbólicas sino efectivas, en esta coyunda feliz y germinadora, en esta unidad dual y creativa, hay que entender que prensa y pueblo van hacia su común destino. Pero la gran cuestión estriba en fijar la norma para la andadura. Juntos. Desde luego, juntos por la senda clara, por la vía única. Pero en el cruce en el lugar no abierto al paso aventurero, en la espesura del manigal, en la incógnita sin ruta abierta, ¿quién irá adelante? He ahí el primer conflicto que puede en estas bodas conducir a la terrible realidad de un divorcio irreparable.

Formulemos concretamente el caso: la prensa ha de ir con el público, con el pueblo, con la opinión pública, pero ¿delante o detrás? Es decir: ¿en sumisión de reata dócil, de arria sumisa y complaciente o como adelantada y guiadora? ¿A ciegas voluntariamente, como enamorada que le teme a la verdad, o muy limpia la mirada sin telarañas para avisar en la ruta los peligros y rectificar las direcciones y oponerse a la aberración y no caer en adulaciones que a la postre causarán dolor, desengaño y quebranto?

Si seguimos insertos en el marco del episodio a que he aludido, la cuestión parece claramente viva en las sendas conductas de dos populares diarios parisinos. *Le Matin* y *L'Intransigeant*. Este solícito, populachero, galán, rumboso y halagador, no solo atendió la vehemente demanda y la exigencia vehementísima de una opinión pública

que sentía ya como alma de su alma la gran noticia que, en su enorme capacidad de deseo, había creado ya anticipándose a la prensa con su dictamen imperativo y sentimental, sino que en alarde de imaginación y para mayor halago añadió halagos nuevos. En cambio, *Le Matin*, lejos de ir a remolque de la exaltación jubilosa, lejos de dejarse dominar por el alucinado dictamen de las multitudes exaltadas, por no haber recibido, según declaró después, la buena noticia por los canales de autenticidad a que se somete su información, se mostró en contra, se manifestó discrepante, no se unió a un júbilo que al cabo de pocas horas era llanto y drama y desolación y frustramiento.

El dilema queda así planteado en su escueta y enjuta dramaticidad, en su justa y completa enunciación: la prensa con el pueblo, pero ¿cómo esclava o como guía? He ahí el magno problema del periodismo. He ahí, en otro orden que es el mismo, porque, al cabo, es su morfología, he ahí las dos distintas maneras de entender esa misión suprema del periodismo como vocero de la opinión pública. ¿Cuál es, en suma, esa misión, concretamente enunciada, claramente definida?

En Cuba lo sabemos bien. En Cuba tenemos del periodismo, la más bella, la más ardua, la más heroica profesión que puede tentar las vocaciones humanas, una noción exacta, una definición que es, sin duda, tan cubana como la bandera. La formuló para nosotros y para el mundo José Martí que, aunque no se haya insistido mucho sobre esto, es uno de los más grandes periodistas que haya dado al mundo la lengua española. Decía Martí clarividente: “Toca a la prensa encaminar, explicar, enseñar, guiar, dirigir; tócale examinar los conflictos, no irritarlos con un juicio apasionado; no encarnizarlos con un

alarde de adhesión tal vez extemporáneo...”. Y esto otro: “Tiene la prensa periódica altísimas misiones; es la una explicar en la paz, y en la lucha fortalecer y aconsejar...” (“Revista Universal”, México, 8 de julio de 1875).

No podemos, por tanto, dudar: la prensa no debe ser reata sino guía; delante y adelantada y dispuesta a afrontar la decisión de imponer una ruta distinta si la que el pueblo sigue o pretende seguir es peligrosa y falsa: “explicar, fortalecer, aconsejar”. A tenor de este criterio, por razón misma de la nitidez de esa norma, su aplicación parece sencilla y nada expuesta a complicaciones de táctica ni a desviaciones de conducta. Pero como la prensa es una entidad que abarca zonas distintas y conglomerada actividades diversas; como la prensa es una industria que se sirve de la actividad de una profesión, como la prensa es una realidad de negocio y el periodismo es una conciencia profesional y ambas conjuntamente, periodismo y prensa, son vivas manifestaciones de la conciencia humana, acontece en el quehacer diario no ser tan fácil y tan claro en el quehacer periodístico.

No es posible —y si lo es no me tienta en esta ocasión— establecer con nitidez ecuánime las lindes entre las dos entidades —juntas, pero no revueltas— prensa y periodismo en lo que atañe a este fundamental problema cuya alusión es pretexto de esta charla. Pero cierto es, y nadie podría negarlo, que en la realidad cotidiana —y nadie como el periodista, que es el domador del potro del tiempo, debe atender tanto esa diaria realidad— surgen no escasas contingencias, poderosas circunstancias, diversísimas causas que enmarañan el caso y obstruyen en muchísimas ocasiones la natural fluencia de esa norma tan clara en su expresión y sentido.

Sea la primera el sensacionalismo. Topamos con la palabra mágica. Este es uno de los escollos y a la vez una de las metas del periodismo moderno. Lo sensacional ha sido siempre, por lo demás, un fuerte condimento para el paladar del lector de prensa. Ocurre, sin embargo, que en nuestra época, tan agitada por tantos dramatismos, tan inquieta por tantas inquietudes, en tanto apuro de apuros apurada, lo sensacional ha adquirido cédula de vecindad y se ha domiciliado en él lo cotidiano. Por consiguiente, la prensa para ofrecer algo que resulte sensacional ha de exagerar el sensacionalismo.

Desde luego, no olvidemos que, en fin de cuentas, lo sensacional es una creación periodística en la inmensa mayoría de las oportunidades sensacionales. El periodista urgido naturalmente, lógicamente, honestamente por los apremios imponderables que gravitan sobre él como adscrito con su labor a una empresa, a un negocio, fuerza la nota, adiciona a la realidad su técnica creadora o simplemente manipula la circunstancia, el hecho de un cierto modo que le impide mantenerse ecuánime y le arrastra en proclive hacia el halago o simplemente la incitación del ánimo público a fin de interesarle en algún modo o de alguna manera conmoverle para tenerlo en constante amor de noticia nueva.

Este método, que en fin de cuentas, por no citar ejemplos que pudieran parecer tendenciosos o demasiados determinados, fue el empleado en la ocasión antes aludida por *L'Intransigeant*, al adicionar a las noticias que eran ya del dominio público el discurso del alcalde neoyorquino, sensacional en aquellos momentos y sobre todo desde el punto de vista periodístico, tiene, no obstante —y el caso del diario parisino aludido, que sobrevivió muy poco a su

fracaso de aquel día es harta prueba— muchos peligros y muchos inconvenientes si se adopta como táctica usual y norma diaria. No porque deje el público lector de gustar cada día el condimento sensacionalista sino porque, a fuerza de fracasos o rectificaciones pierde su fe en el diario y, por tanto, este pierde su crédito.

La situación del periodista en tales casos no ha menester mucha insistencia de explicaciones para ser bien entendida. Se sume en ese ambiente; se acomoda a esa táctica y cuando se separa de ella a ella ha de volver porque el periodista es una rueda de la gran máquina que es la prensa. No cuesta, sin duda, demasiado entender cómo resulta así el llamado sensacionalismo una traba, una dificultad para que la prensa elaborada por los periodistas sea siempre guiadora certera, segura y veraz de la opinión pública. Se aumenta la importancia de este factor oponente tanto más cuanto que se aúna y complica con otro de no menor cuantía. La competencia. Sin detenerme a distinguir entre la emulación profesional y la competencia industrial, señalando las vicisitudes del proceso a cuya virtud la una se ha fundido en la otra, me parece obligado aludir a este factor de no escasa importancia.

Sin separar, por tanto, demasiado la limpia emulación profesional de la lógica competencia mercantil, que juegan al unísono en este sector de la cuestión, traigo a cuento la notoriedad de la competencia para recordar que de ella se derivan extraordinarios beneficios para el público lector en un orden de servicios informativos, deleitables, de información y conocimiento, de diversión espiritual, sin aludir a los de otros órdenes que a veces se le ofrecen en puja y puesta de esa competencia.

No aludo a los inconvenientes que, en pura administración mercantil pueda acarrear porque no es este tema de mi competencia. Pero desde el punto de vista del periodista, de la prensa periódica ofrecida a las disputas y a los anhelos de los hombres, las aceleradas y cada día más marcadas derivaciones que nacen de esa competencia industrial son obvias y nada despreciables. Todos sabéis, por ejemplo, y no he de insistir en ello, que hoy día la prensa, a tono con el signo de nuestro tiempo y, en este continente, con la tónica de nuestra vida, en el mantenimiento de una competencia a la que, indiscutiblemente, se debe no una mezquina suma de talentos, ventajas y beneficios, ha centuplicado los recursos con que satisfacer la voracidad de las exigencias del éxito.

Lo que en argot nuestro llamamos “palos”, las exclusivas, los *flashes*, la horrenda palabra que hemos prohiado generosos; los avances y las informaciones especiales son desde luego grandes recursos y armas muy lícitas. No seré yo quien las denigre ni vitupere, que periodista soy y de ellos he usado a menudo y no renuncio a usarlos cuando sea preciso. Pero no podemos olvidar que esa avidez de exclusividad, de sensacionalismo, de dar antes, de causar mayor efecto, de producir mayor resultado, de imponer un criterio, de coaccionar una multitud, de influir sobre la opinión de la manera más directa, más rápida, más efectista y práctica incide —y hasta reincide con frecuencia— en la táctica de recoger un difuso rumor público, un vago y aún no bien definido estado de conciencia colectiva, una opinión que no ha sido aún vertebrada o que se sabe que ha de ser grata a los elementales apetitos de la masa o, si fuese cierta, a la satisfacción de sus necesidades, con detrimento unas veces de la verdad, otras de

la equidad, otras de la justicia y, por consiguiente, con grave daño, a la larga, una larga a veces muy corta, de los verdaderos valores y los legítimos e idóneos intereses del pueblo a quien de este modo, por atraerle con amor de noticia grata, se ha inferido un grave daño.

¿Qué otro impulso que el de esa competencia, en defensa del buen negocio, movió la celeridad noticiera de los diarios parisinos en la jornada que he evocado al principio de esta charla? Frente a esta demanda del negocio la profesión se halla indudablemente en situación especial. No insoluble ni imposible, pero difícil y erizada de responsabilidades.

He de apresurar el paso y no puedo detenerme a examinarla con algún espacio. Me valdré, en suma, del gran recurso que en muchas ocasiones le sirve al periodismo para decir, en síntesis que encierra largos editoriales y los ahorra, lo que conviene decir respecto a un asunto de demasiado largo o demasiado peligroso tratamiento. Como en la página editorial de algunos diarios insertaré, pues, una caricatura que, en su carga de origen, lleve su moraleja concreta.

En una ciudad andaluza un periodista, que lo fue de fibra y muy organizador, Peris Mencheta se llamaba y fue fundador de la primera agencia telegráfica española, dirigía un diario con el deseo de hacerlo importante, noticiero y vibrante. A este propósito exigía de su reportero tres noticias diarias nuevas, inéditas y exclusivas. Un día, muy aflicto y compungido, el reportero compareció con una sola noticia. —*No hay más, se lo garantizo; las he buscado afanoso, como un perro busca la caza, por todas partes; no hay más* —decía el hombre ante el ceño y la jeta desdeñosa del director. *No; se lo juro; no hay*

noticias. —No puede ser —replicó airado el director— necesito tres noticias. Y extendía el brazo conminatorio señalando al reportero la puerta de la calle. —*Cuando no hay noticias —continuó vociferando Peris Mencheta— cuando no hay noticias se inventan, se crean. Se roba el copón, si hace falta.* El redactor salió rápido y mohíno. Al cabo de unas horas el director, ya casi olvidado del incidente, recibió aviso de que su redactor había sido detenido por robarse el cáliz de la Parroquial.

Confío que mi amable auditorio no ha menester para la moraleja que alargue yo el “pie” de esta caricatura. En nuestro mundo de hoy, en el estado y la esencia del periodismo de hoy, hemos de tener en cuenta otro importantísimo factor que muy a menudo traba la libre andadura del periodista, precisamente en servicio de la prensa que es, no lo puede olvidar, un negocio particular, al servicio, por tanto, de legítimos y honestos intereses. En la dinámica comercial, en la complicada relación y ligamen de intereses que supone una industria, un negocio de esa índole, existen naturalmente compromisos muy sólidos, coacciones muy importantes que, al cabo, desembocan para el periodista, no para el que financia y explota lícitamente un periódico, sino para quien lo escribe, se supone que inteligentemente, en esa cosa enorme y tremenda, misteriosa y clara, invisible y presente, coaccionante e imperativa que es el *tabú*; lo que no se puede tocar, lo que no se puede decir, lo que no se puede comentar ni aludir.

Esta es, mirando el problema desde fuera o, por el contrario, muy desde dentro, la gran dificultad; este es el aspecto que habrá de requerir en un futuro próximo un mayor estudio del que se le presta ahora y una solución de la que depende la vida misma del periodismo en

función directa de su destino. Sería demasiado extenso tratar de esto que no cabe en una conferencia y llenaría un curso completo. Pero al aludirlo no puede soslayarse una tangente, como flecha sin veneno se insertará un día en el círculo para clavarse en el centro mismo, en la caja de la administración, que es el corazón de la comandita.

Desde que ha aparecido la prensa de empresa y ha desaparecido casi por completo la prensa de ideología, bohemia en su romanticismo o rica en sus posibilidades generosas, el problema se ha complicado extraordinariamente. Ya no sólo son los intereses específicos, propios del negocio en sí mismo, del periodismo como negocio, sino en un amplio círculo de adherencias, nacidas de la extensión de la publicidad y de la utilización de la fuerza que la letra impresa ejercita sobre el lector (y este es el aspecto más grave de la cuestión) de otros muchos negocios, privados o públicos (aquí se encona la pústula que a virtud de las buenas relaciones crematísticas con el negocio que es en sí mismo el diario, son intocables), coto cerrado para el redactor o, lo que no se sabe si es más grave aún, solo materia de elogio, de estímulo y de fomento.

En muchos casos acaba esa situación por producir el divorcio entre la opinión pública y la prensa, más concretamente aún, entre el pueblo y el periodismo. Es, desde luego, cierto que esa realidad de compromisos puede en la práctica desbordar en dos corrientes distintas y contrarias. Puede ser que lleve al periodista a sumarse, aún a conciencia del error, en el error de la opinión pública que, nacido en ella o en ella suscitado por los grandes órganos de prensa, alza clamor mayoritario, o contrariamente puede ocurrir que, en insoslayable sumisión al criterio impuesto por aquellos compromisos, se aparte de la opi-

nión pública bien orientada. En ambos casos y en todas condiciones se pone en quiebra y quebranto la verdadera nobilísima misión del periodismo.

Todavía a esos compromisos de orden mayor, de diámetro respetable, de fundamento crematístico y de exigencia mercantil, se une otra clase de compromisos que gravitan desde las alturas dirigentes del periódico sobre el periodista que ha de marcar el paso. Son los compromisos personales de toda índole: políticos, familiares, amistosos, profesionales, etc. De ellos nacen —no es preciso enumerar ejemplos— las listas negras, los nombres prohibidos, los adjetivos ditirámicos, obligados, las censuras acres o los silencios crueles con que se satisfacen debilidades afectivas, odios inconfesables, rencores corrosivos, etc.

Permitidme que de nuevo, por vía de ilustración, diseñe una viñeta tan caricatura como la otra pero, como la otra, verídica. Ocurre el hecho en un diario de provincia española. Un modesto diario de cuatro páginas que casi no alcanzan a nutrir con elementos noticieros los dos redactores que, a más del director, se han cargado los hombros con esa tarea. Una tarde, paseando por la Alameda de la ciudad —ambiente romántico finisecular— uno de esos redactores cree que se ha producido la noticia sensacional. Corren asustadas algunas personas. Se oye el griterío histérico de algunas señoritas que con grandes apuros se recogen, para su correr, las largas sayas mostrando a la indiscreta mirada de los hombres los tobillos incógnitos. Se produce un desorden y acude un guardia municipal. La noticia es algo menos de lo que había imaginado el periodista. Un perro ha mordido a una señorita. Pero algo es algo y el periodista se lleva ufano

el suceso entre los dientes de su gula como el perro se contentaría con llevarse un hueso.

Ya en la redacción redacta un suelto noticioso y para darle al suceso su derivación de servicio público apos-tila la noticia con dos párrafos de acre censura contra la gente incivil y descuidada que lleva a los paseos públicos o abandona por las calles a perros sin bozal. Esa desidia de propietarios negligentes es un abuso al que debe ponerse coto, etcétera. Pero malhadadamente acontece que el perro acierta ser propiedad nada menos que de la sobrina del socio comanditario del dueño del periódico. El director abruma al redactor por el escándalo que ha producido con la publicación de aquel suelto acusador y llamándole la atención del grave aprieto en que ha colocado al periódico y a la empresa, le exige una rectificación, un arreglo del desaguisado. El redactor entonces escribe este conciso párrafo maestro: “Mejor informados acerca del suceso ocurrido la otra tarde en la Alameda, podemos afirmar que no fue el perro el que mordió a la señorita, sino la señorita la que mordió al perro”.

Desde luego, como caricatura, el caso promueve a risa y refocilo. Pero como caricatura remueve el agrio humor de las sentencias ácidas. Es frecuente, en ese mismo orden de coacción de compromisos de toda laya, es frecuente la pertinacia en afirmar que son las personas las que muerden a los perros. Elevad la perspectiva, desentrañad el verdadero alcance de muchos alegatos y al final, en limpia conclusión analítica, hallaréis que en muchas ocasiones lo que en fin de cuentas se afirma y se pretende demostrar —a veces con soberano ingenio, con maravillosa habilidad, con fértil dialéctica— es que los hombres se dedican a morder a los perros.

Lo que, a la postre, significa esto en proyección y con influjo sobre la vida nacional; lo que tiene de dañino la infiltración reiterativa de esa falsa versión presentada como verdadera con la misma vehemencia que si lo fuese, no ha menester encarecimiento. Podría aún aducir, en lo que atañe a esta compleja gravitación de motivos, causas y pretextos, muchas otras ejemplaridades. Pero acaso basten las señaladas para el menester de diseñar un cuadro expresivo. ¿Diremos, pues, que dentro de los imponderables —demasiado ponderables, como se ve— que forzosamente por la razón misma de la complejidad de la vida moderna y de la índole del negocio de prensa, resulta imposible que la prensa ejerza su misión guiadora y no reata de la opinión pública y el periodista su deber de servicio a la verdad y al bien público?

No llegaré yo a tamaña rotunda afirmación porque es prudente y acertado huir de las exageraciones. Todo organismo vivo tiene sus lacras y sus dolamas. Pero el organismo vive y avanza y progresa e incluso va extirpando sus quistes, sus tumores y sus vicios orgánicos. Así, la prensa como toda función humana.

Lo importante para nosotros, periodistas, fuerza y razón vital de la prensa, es la evidencia de esas coacciones. Pero ella no ha de ser bastante a invalidar nuestras facultades creadoras ni a torcer nuestras finalidades puras. Dentro del clima en que nos ha tocado actuar, cada uno ha de atender al modo de servir el nobilísimo deber, la sagrada vocación que lo define y lo pone en pie en la dinámica del mundo.

La situación actual es tan clara que unos párrafos actualísimos que vienen muy en su punto al hablar de todo esto, la describen con vigor certero en la vida cubana de hoy. No hace quizás dos semanas todavía, un gran maes-

tro de periodismo, Ramón Vasconcelos, al decidirse a escribir desde las columnas del diario *Alerta* que dirige, acerca de la cuestión tranviaria, aludía a las coacciones espirituales que le pesaban sobre el propósito dadas sus especiales circunstancias de “hombre de gobierno más o menos modesto, de hombre de empresa más o menos responsable y de hombre ligado a través de cuarenta años de ejercicio al lector anónimo necesitado de orientación”. Y añadía estas palabras que me importa mucho recoger como clara norma muy pertinente para la solución de las dificultades a que vengo aludiendo. “Esos estados de ánimo, producidos por la errónea creencia de que se tiene un pacto cerrado con la calle, o con los que se mueven a distancia de la calle, que en este caso es lo más exacto, acobardan, frenan los impulsos espontáneos y convierten al periodista en el eco de criterios ajenos, que no es por cierto su verdadera misión. Ahora en la cuestión de los tranvías, que en una semana ha adquirido la categoría de tabú, quiero recobrar la libertad de mi lanza, quiero decir, el derecho de opinar sin importarme poco ni mucho las consecuencias de mi decisión...”.

Se me dirá, claro está, que las condiciones que por sus altos merecimientos y su jerarquía bien ganada concurren en el caso del maestro Vasconcelos no son, ni mucho menos, como es natural y lógico, la de la inmensa mayoría de los periodistas. Es evidente, pero lo es también que, dentro de sus peculiares y sendas esferas, todos los periodistas deben tener presente eso que Vasconcelos invoca al final de su artículo cuando dice: “Este no es un criterio de hombre de gobierno, ni de hombre de empresa, ni siquiera de hombre prudente, pero es un criterio de hombre de conciencia, y con eso me basta”.

Yo no pretendo señalar normas. Sobre que sería tarea que no se aviene con mi falta de autoridad, no me siento con bastante posesión de elementos con que encarar tan ardua labor. Apenas en esta tarde de mi charla con vosotros he intentado, de un modo tangente e incompleto reunir unas cuantas evidencias de hecho que dentro de la gran disciplina de la prensa (“tiene el periodista tanto de soldado”, decía Martí) debe tener muy presentes el periodista para no olvidarse de que su guía, su orientadora mejor, su única imposición de dictamen insoslayable es la conciencia. La perfecta armonía entre su conciencia profesional y su conciencia humana es la cabal integridad del periodista. Esta es una norma a la cual se puede llegar y a la cual se puede servir sin necesidad de los complejos análisis y las deliberaciones complicadas que exigiría el estudio completo del vasto problema a que nos hemos asomado esta tarde.

Supone ello, naturalmente, y no debemos rehuirlo, la posibilidad del heroísmo, de la aspérrima situación precaria, de los obstáculos para el buen medro que en muchas ocasiones el periodista ha de poner con sus propias manos en su camino. Pero quien no tenga la voluntad heroica, que no venga al periodismo. Quien se asuste de la hazaña de ser, por encima de todo, a plena conciencia vocero de la verdad, heraldo de la justicia, insobornable servidor de los grandes ideales humanos, en favor o en contra de las momentáneas y adjetivas y fortuitas circunstancias del contorno que no venga al periodismo; quien lo adopte o lo emprenda con el solo deseo de ejercer una profesión lucrativa, que no venga al periodismo; quien no entienda que esta es una cruzada de paladines sin tacha y sin miedo; quien no entienda la gran hazaña de libertad humana que es la prensa, que no venga al periodismo.

Me gustaría haber acertado, por lo menos, ya que no en otra cosa, en señalar algunos de los hechos positivos y de los imponderables influyentes que juegan su coacción gravitante en el libre juego de los amores, las nupcias y el divorcio entre prensa y público. Y a situar en ese palenque al periodista que es, nadie debiera olvidarlo, la vida misma, la razón y la categoría de la prensa. En la agria miscelánea de evidencias a que he aludido —que necesitaría naturalmente un curso entero para su debido examen y para la posible formulación de normas eficaces— se advierte, a mi modo de ver, la dificultad que cada día irá creciendo de lograr que la industria de la prensa no llegue a influir de modo demasíadamente peyorativo en la profesión periodística. Y no creo pecar de excesivo alarmismo si, precisamente mirando también a los legítimos intereses de ese negocio legítimo y que honra en muchos países, Cuba entre ellos, a quienes lo dirigen y poseen, y en alerta acucioso atalayando el porvenir —que yo no he de alcanzar— en que una nueva forma de vida imponga sus dictámenes, llamo la atención acerca de la ya urgente necesidad de que unos y otros, los forjadores ilustres de la gran industria y los ilustres militantes de la profesión estudien todas las complejas razones para establecer un estatuto normativo, flexible, que no trabe el desarrollo de la industria y no cohíba la labor de la profesión; que, contando anticipadamente con todas las nuevas complejidades de una vida mejor, protegiendo los legítimos amores de prensa y público, imposibilite su divorcio y hasta sus agrias desavenencias reintegrando el periodismo a su natural misión guiadora, orientadora, fundadora.

Será preciso, ante todo, naturalmente, para que esa segura norma de perfecta armonía entre el periodista y

su conciencia se cumpla siempre y a cabalidad, que no se olvide nadie que la razón vital, el germen y la raíz genitiva de la prensa es la libertad. La libertad, su acendrado concepto como motor activo, es la razón fundamental del periodismo. Y ese concepto es tal que, en aras de la profesión, conduce al heroísmo, algunas veces al sacrificio; a la larga siempre al triunfo. Es difícil para el periodista, avezado a la fugacidad de lo humano y cuya labor muere cada día y cada día es creación nueva, acostumbrarse a esta visión de futuro, pero es imprescindible que no atienda sólo, en lo que atañe a la ética de su labor, al minuto que está dominando; a la larga ha de ser considerada su misión por él mismo. La continuidad de los esfuerzos, la fugacidad relampagueante de los éxitos venturosos, como de los desdichados éxitos, forman la cadena de su obra, como los eslabones de las horas —y de las “últimas horas” húmedas de tinta imprenta— van formando la historia.

Y hay minutos en que el periodista acostumbrado, obligado a trabajar, a vivir el minuto que sería sólo ceniza de tiempo arrastrada por el viento si él no lo eternizase, ha de salirse del minuto, derramarse en lo histórico, acaso en lo eterno. Y no sólo en el menester concreto de su labor propiamente periodística, sino en todos los momentos y las circunstancias de la vida ha de atender y entender el periodista y obedecerla y vivirla esta norma de ser en él hoy fiel a sí mismo para la historia de mañana. De ser hoy soldado de la libertad para la salvación del mundo futuro.

Dirigía yo el diario madrileño *Heraldo de Madrid*, desde donde se hizo la más insistente, persistente y perforante campaña contra la dictadura de Primo de Rivera,

a pesar de la censura y gracias al mucho ingenio de los compañeros de que supe rodearme, cuando una tarde me informaron que el dictador quería verme con urgencia. Acudí a su vasto despacho del palacio de Buenavista. Algún día contaré con detalle esta primera entrevista mía con aquel hombre bien intencionado, atrabiliario y que tenía la noción política de un señorito de Jerez. Hombre noble en sus impulsos y erróneo en sus criterios. Pero ahora sólo evocaré lo sustancial. Se empeñó en que yo le dijese quién era el autor de un artículo publicado, al lado de otro firmado por mí, en la *Revue de Geneve*, de Ginebra y en la revista *Nosotros*, de Buenos Aires. No importa ahora lo que hablamos sobre mi artículo. El otro, muy breve pero muy contundente, rotundo en su vigor polémico y en su rigor crítico, aparecía anónimo en los dos periódicos y era una tremenda diatriba contra el ejército español. Con absurda tenacidad me urgía el general Primo de Rivera a que le dijese el nombre del articulista. Me negué a ello siempre alegando ignorarlo. Usó de todos los medios persuasivos y de todas las veladas amenazas. Fue una larga y penosa y desagradable conversación. La interrumpió para dedicarse al despacho de asuntos que dijo eran más importantes, y que duró dos horas largas al cabo de las cuales volvió a la carga, para decirlo militarmente.

De nuevo, ya con impaciencia más vehemente en verbos jaquetones, me instó a que le declarara el nombre del compañero, y ya dispuesto a jugarme el todo por el todo, le hube de pedir me exigiera le dijese lo que en aquel momento estaba pensando. Accedí; me hice dar la orden y respondí de inmediato, trasladándome ya idealmente a la cárcel: —*Me extraña mucho, general, que vistiendo*

usted y honrándolo, ese uniforme me quiera obligar a mí, olvidando que, por periodista, soy dos veces caballero, a ser un delator. Reaccionó magnífico, dicho sea en respeto a su memoria. Me echó las manos a los hombros y mirándome a los ojos, dijo: —*Esta respuesta le ha salvado. Es usted un hombre digno.* Desde entonces mis relaciones personales con él, siempre en franca oposición muy acentuada, fueron de perfecta relación de igualdad.

Al salir de nuevo a la calle me fui a la tertulia del café Regina donde estaba seguro de hallar a Manuel Azaña, autor del artículo en cuestión y que, como sabéis después fue Presidente de la Segunda República Española y que enterado por mí del incidente inmediatamente se puso a salvo, a saludable distancia de la pesquisa policíaca. Pero antes de despedirnos, me dijo: —*Muchas gracias en nombre de la libertad.* Y al oírle, entendí que pronunciaba la palabra libertad con mayúscula.

De nuevo en la calle Alcalá, en la madrugada fría alcé los ojos al cielo. Una sola estrella parpadeaba tiritante, pequeña y luminosa. Una sola estrella. Algunos años después me llegaba nítido desde su luz aquel mensaje de la sola estrella. No pude entender entonces que, por razón y dictamen, por vocación y por credo, en amor y devoción y servicio de la Libertad, habría de ser, como tengo ahora el honor de ser, con todas las gratitudes de mi alma, un periodista más, el más modesto entre todos los que en la prensa cubana son adalides de la libertad bajo la luz amada y eterna y soberana de la estrella solitaria. Y esto quería decirlos al despedirme esta tarde de vosotros: periodismo es libertad.

LA ENSEÑANZA DEL PERIODISMO EN LAS UNIVERSIDADES

Conferencia impartida por Jorge Luis Martí, profesor en la Cátedra de Filosofía Social e Historia de las Doctrinas Sociales, en el Aula Magna de la Universidad de la Habana, el 4 de mayo de 1955. (Folleto independiente)

Señor Rector Magnífico de la Universidad de la Habana,
Señor Decano de la Facultad de Ciencias Sociales y
Derecho Público,

Señores profesores y alumnos,

Señoras y señores:

El doctor Clemente Inclán, Rector Magnífico de la Universidad de La Habana y el doctor Adriano Carmo-
na, Decano, por sustitución estatutaria, de la Facultad de Ciencias Sociales y Derecho Público, me han conferido el honor extraordinario de iniciar este ciclo de conferencias, para tratar de un tema tan amplio y complejo como la *Enseñanza del Periodismo en las Universidades*. La enseñanza del periodismo es una de las ramas más jóvenes de la docencia, pues cuenta escasamente con media centuria de práctica sistemática. Es un producto del siglo XX, consecuencia inmediata de la significación alcanzada por los medios de información masiva en las sociedades contemporáneas.

Tanta importancia se ha venido reconociendo a la necesidad de preparar profesionalmente a los hombres especializados en apreciar los variados problemas que afronta el mundo de hoy y presentarlos en forma inteli-

gible al gran público, que las principales universidades de todo el orbe han asumido la responsabilidad de equipar intelectualmente al periodista, no sólo en las tareas técnicas del reportaje y de la redacción de noticias, sino con la base cultural indispensable para entender los complicados y diversos acontecimientos que ante sus ojos se desarrollan.

Hace apenas medio siglo todavía se argüía que el periodista era un producto nato de su propia inspiración, de su innata habilidad para apreciar el interés de los sucesos y transmitirlo al público. Nadie podrá hacer un periodista mediante estudios académicos, decían quienes se oponían a la creación de las primeras escuelas de periodismo. Y decían la verdad; pero no toda la verdad. La capacidad individual, la sagacidad, el sentimiento artístico que se requieren para ser periodista, nadie puede insuflarlas en el espíritu de una persona, tienen que venir de su interior. De igual modo ninguna academia de música ni de pintura podrá crear un músico o un pintor donde no haya la vocación; tampoco, ninguna escuela de derecho, de medicina, o de pedagogía, podrá crear un jurista, un médico o un pedagogo donde no haya el sentido jurídico, el ojo clínico o la aptitud para transmitir los conocimientos.

Sin embargo, nadie niega que la música, la pintura, el derecho, la medicina o la pedagogía tienen una técnica y requieren una pluralidad de conocimientos que sólo cuando se les posee es posible desarrollar las íntimas capacidades del individuo y hacer de él un artista, un científico o un profesional valioso. De igual modo ocurre con el periodismo. Negar esto, sería negar el valor de todo tipo de educación. Sin embargo, señores, fue negado; y, lo que es más inconcebible, todavía se niega.

Frente a la irreductible posición tradicionalista, que tomaba el periodismo como un deporte, como un mero instrumento político o como un medio de explotación, se levantaron desde fines del siglo pasado las mentes previsoras y señalaron la conveniencia de darle una formación técnica y moral a los periodistas para que fuesen capaces de integrar una profesión útil y fiel a la sociedad. Así surgieron en la Universidad de Missouri, en 1884, los primeros cursos de periodismo, y sus resultados fueron tan beneficiosos que en 1908 se creó allí, organizada por Walter Williams, la primera en el tiempo, y todavía una de las más valiosas escuelas de periodismo de todo el mundo. Coetáneamente, la Universidad de Pensilvania introducía cursos de periodismo que, en 1893, integraban ya un plan de estudios sistemáticos, y Joseph Pulitzer hacía un donativo a la Universidad de Columbia para fundar otra de las grandes escuelas de periodismo. En Europa, un idéntico movimiento se originó desde 1903, con la creación de la cátedra de periodismo en la Universidad de Zurich, y muy pronto el ejemplo fue imitado por las universidades de otros países.

Señala Robert W. Desmond, en un interesante estudio hecho para la UNESCO bajo el título de *La formación profesional de los periodistas*, cómo la Primera Guerra Mundial puso de relieve la importancia de la formación universitaria de los periodistas y esto dio ocasión a la organización de cursos en las universidades de Alemania, Noruega y Bélgica. Concluido ese universal conflicto, las universidades alemanas intensificaron sus enseñanzas del periodismo “especialmente en sus aspectos científico y sociológico”; y muy pronto, también, surgieron estudios periodísticos en Francia, Italia, Gran Bretaña, Hungría,

Holanda y otros países europeos. También en este período, las universidades de Japón, China y Filipinas abordaron esta enseñanza.

Mientras esto ocurría en el Viejo Mundo, las universidades de Estados Unidos seguían creando escuelas. Así acontecía, entre otras, en las de Columbia, California, Oregón, Washington, Stanford, Minnesota, Illinois, Northwestern, Harvard y Ohio. En la actualidad no hay universidad norteamericana, con sentido de su responsabilidad social en el mundo actual, que no haya organizado una escuela de esta clase. Para que se advierta el auge de la enseñanza del periodismo en los Estados Unidos, basta señalar que el historiador francés Georges Weill indica en su obra *El diario* que en 1927 había en Norteamérica 230 escuelas de periodismo en universidades y colegios, y en un libro que hoy es clásico en la historia del periodismo norteamericano, el de Frank Luther Mott, *American Journalism*, se expresaba, en 1945, que la enseñanza del periodismo se impartía en unas cuatrocientas universidades y colegios de la Unión. De entre esa enorme cifra, treinta y cinco escuelas han sido acreditadas como de primera categoría por el Consejo de Enseñanza del Periodismo en los Estados Unidos.

No quiero agobiarlos con datos pormenorizados, pero tampoco deseo que estas afirmaciones queden en el aire. Por eso me limito a recordarles cómo la École Libre de Sciences Politiques y el Institut de la Science de la Presse, de la Universidad de París, abordaron, desde la primera posguerra, el estudio social del periodismo. Fruto de su labor fueron los *Cahiers de la Presse*, de los cuales ha dicho con razón el escritor cubano Octavio de la Suareé, en su obra *Socioperiodismo*, que “no se con-

cibe hoy día periodista especialista sin esa colección en su biblioteca de consulta”.

En la Gran Bretaña, la Universidad de Londres comenzó estos estudios en 1919; en Italia, la Universidad de Perusa fundó su escuela de periodismo en 1933; en Austria, la Universidad de Viena absorbió con idénticos fines, el Instituto de Ciencia Periodística; en Alemania, antes de la guerra, había dieciséis universidades enseñando periodismo y dos escuelas superiores de tecnología, entre las que sobresalieron, según indica Desmond, los Institut für Zeitungswissenschaft, de las Universidades de Heidelberg y Berlín. En la Unión Soviética, la Escuela Superior de Periodismo del Estado fue fundada en 1923, y desde entonces la creación de escuelas se ha extendido a las Universidades Lenin, de Moscú; de la Orden de Lenin, de Leningrado; Kirov, de Azerbaidján, Gorki, de Kharkov; de Bielorrusia, en Minsk; Schevchenko, de Kiev; Letona, de Riga; Gorki de los Urales, en Sverlovsk; Kirov de Kazakstán, en Alma Atá; Molotov de Armenia, en Ereván; Lituania de Vilna; Stalin de Georgia, en Tiflis; y la del Asia Central, en Tashkent. En China, desde 1911 hay Escuela de Periodismo en Pekín, y en 1918 la Universidad Nacional de esa ciudad creó un departamento de periodismo, surgiendo luego otras escuelas en las Universidades de Shanghai, Nankín y Cantón. En Japón enseñan periodismo las universidades de Meiji, Keio, Chuo, Nippon y San Pablo, todas en Tokio; la Comercial de Kobe; y la Imperial Tohoku, de Sendai.

En la América Latina funcionan, entre otras, la Escuela Argentina de Periodismo, en la Universidad Nacional de La Plata; el Instituto de Publicidad, de la Universidad de Córdoba, en Argentina, el Instituto de Periodismo

de la Universidad de Tucumán, Argentina; en México, la Universidad tiene organizada la carrera en cuatro cursos, al igual que la Escuela Profesional de Periodismo de la Habana; en Brasil, las Universidades de Río de Janeiro y de Bahía posee sus respectivas Escuelas; en Perú, la Pontificia Universidad Católica creó su escuela en 1945, y en 1947 lo hizo la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, en Lima, en Ecuador, las Universidades de Quito y Guayaquil también mantiene sendas escuelas.

La enseñanza universitaria del periodismo ha adquirido tanta importancia en los Estados Unidos que los profesores de esta materia se han agrupado en dos grandes organizaciones, la Asociación Americana de Escuelas y Departamentos de Periodismo y la Asociación Americana de Profesores de Periodismo. Estas dos instituciones, trabajando con ese sentido de cooperación que distingue a los norteamericanos, no se sienten rivales, sino que han llevado la investigación del fenómeno social del periodismo y de las técnicas pedagógicas de su enseñanza hasta un grado de perfección como no se conoce otro en el mundo. Producto magnífico de ese esfuerzo es la publicación *Journalism Quarterly*, órgano de ambas asociaciones que es hoy la primera, por su calidad, de todas las revistas técnicas sobre periodismo.

Como obviamente se advierte, el desarrollo de la docencia periodística ha conducido, al igual que en otros ramos profesionales, a la enseñanza en dos niveles: el secundario y el superior. En los Estados Unidos se comenzó a impartir la instrucción periodística en las universidades y luego se comprendió que debía iniciarse más temprano, en el curso de la vida individual, por lo que se la implantó en los *high schools* y *junior colleges*. En Francia y Ale-

mania se empezó por los centros secundarios y después se advirtió que la prensa, como los demás medios de comunicación masiva, tiene tanta importancia social que hay que estudiarla a la luz de la historia, de la economía, de la psicología, de la sociología y de la estadística, surgiendo así los centros de estudios superiores antes citados.

En Francia, actualmente, se distingue entre la formación profesional, que imparte el Centre de Formation de Journalistes, la labor de investigación que realiza el Centre des Études de la Presse, y la educación superior en periodismo, que realiza el Institut de Sciences de la Presse de la Universidad de París. Estas proyecciones tienden a la sistematización, de conformidad con las orientaciones de los estudiosos de estos asuntos. El profesor Wilbur Schramm, de la Universidad de Iowa, en un ensayo de 1947, titulado *Education for journalism: vocational, general or professional?*, llegó a la conclusión de que “el periodismo, indudablemente, tendrá que ser enseñado en varios niveles”. Ya había llegado la hora de superar el propósito original de las escuelas, que era sólo el de crear redactores y reporteros y, sin negarle ese fin a los centros secundarios o a los primeros años de los estudios universitarios, concentrar el esfuerzo, en los cursos superiores de las universidades, en los problemas que plantean los medios de comunicación masiva.

La enseñanza periodística, en los Estados Unidos, en Francia y en Alemania, se desarrolla, respondiendo al progreso docente de esos países, en dos niveles: uno profesional y otro científico. El nivel profesional que corresponde a centros secundarios o a los primeros cursos universitarios, es de índole técnica. En él se imparten los conocimientos indispensables para la rápida apreciación

de una situación de hecho y la consiguiente redacción de una noticia. En este grado, tienen preponderante importancia los cursos de Reportaje, de Redacción, de Tipografía, de Fotografía, de Taquigrafía y Mecanografía, de Lenguaje y nociones de Historia, de Economía y de Sociología. Esta docencia se brinda en los centros de enseñanza secundarios y medios, en los *high schools* y *junior colleges*; también, porque los planes de estudio norteamericanos son muy flexibles, en los primeros cursos de las Escuelas de tipo universitario.

Así, por ejemplo, en la Universidad de Minnesota, los dos primeros años se dedican a cursos preparatorios sobre materias indicadas, y los dos últimos a estudiar el periodismo como fenómeno social y económico. De igual modo en la Universidad de Missouri se exigen dos años de estudios en el Colegio de Artes y Ciencias, para poder iniciar los universitarios, sobre especialización periodística, que culminan con un trabajo de investigación original sobre un tema periodístico. En la Universidad de Northwestern también se diferencian el programa de estudios preparatorios, que comprende tres años, y los estudios sociológicos, económicos y políticos del periodismo, que corresponden a los dos cursos superiores. Similar distinción se hace en la Universidad de Ohio.

El segundo nivel, el científico, estudia el periodismo desde un punto de vista sociológico y es exclusivamente universitario. Eric W. Allen, ex decano de la Escuela de Periodismo de la Universidad de Oregón, decía ya en 1927, según recuerda Desmond, que “el periodista competente no puede ignorar los fundamentos científicos de la vida contemporánea, ni el complejo conjunto de principios generalmente admitidos que sirven de trama, en

nuestro tiempo, a toda discusión objetiva y correcta de los principios políticos, administrativos, económicos o psicológicos, principios que son, en cierto modo, la sustancia misma de nuestro modo de vivir”.

Yo puedo atestiguarles, por experiencia propia, que en las grandes Universidades norteamericanas la labor de investigación sobre el fenómeno sociológico del periodismo se desarrolla con la misma acuciosidad con que en las Escuelas, por ejemplo, de Medicina o de Física, se estudian los procesos biológicos o físicos. Bajo los títulos modestos de *Análisis de los Medios de Comunicación*, de *Agencias de Información* y de *Problemas Periodísticos*, por ejemplo, yo estudié en Minnesota cursos de Psicología, Sociología, Estadística y Política aplicada a los medios de comunicación masiva con hombres que, como los profesores Ralph D. Casey y Ralph O. Nafziger, siguiendo sus propias técnicas y las de otros pioneros como Harold D. Lasswell, William Albigh, Paul F. Lazarsfeld, George Gallup, Burton L. Botaling, Chilton R. Bush, Walter Lippmann, Malcom M. Willey y Eric W. Allen han abierto nuevas y seductoras actividades para el espíritu científico.

El desarrollo de este nuevo campo de actividades intelectuales no podía pasar inadvertido a la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO) y su consideración se planteó en la Comisión de Necesidades Técnicas reunida en París en 1947 y 1948, acordándose que, además de las enseñanzas prácticas y teóricas de Redacción, Reportaje, etc., “en los programas de formación profesional, las Ciencias Sociales y las Humanidades deben estar ampliamente representadas, que han de constituir las tres cuartas partes o

las cuatro quintas partes del programa de estudios y que deben ser enseñadas por profesores de Facultad”.

La preocupación de la UNESCO por los medios de comunicación masiva se evidencia en numerosas publicaciones, como *La Formación Profesional del Personal de Radio*, de Maurice Gorham; *Legislación sobre Prensa, Radio y Cine*, de F. Terrou; y su ya larga serie anual de los volúmenes sobre Prensa, Cine, Radio. Tal es, sucintamente, el panorama universal de la docencia universitaria del periodismo. Ante ese cuadro, ni el Congreso, ni el Gobierno de Cuba ni la Universidad de la Habana han permanecido indiferentes. Cuando el 9 de enero de 1937 el Congreso de la República votó la Ley Docente, estipuló en el artículo LXXV que “la Universidad de La Habana organizará en sus Estatutos los estudios referentes a las carreras de ingeniero mecánico, ingeniero de minas, ingeniero industrial, periodismo, sanitaria, bibliotecarios, archiveros, conservadores de museos y otras según las exigencias del medio económico, social y pedagógico de la República. Los títulos que la Universidad expida en virtud de las carreras que establezca, tendrán validez legal y serán reconocidos por el Estado para el ejercicio de las respectivas profesiones”.

Esta ley, al ponerse en vigor la Constitución de 1940, fue declarada vigente y concordante con esta, por el Decreto Presidencial número 3320 de 19 de noviembre de 1940. En consecuencia con tal disposición, los Estatutos de la Universidad, de 1937, y más tarde los de 1942, artículo 467, recogieron el precepto de la Ley Docente, y expresan que se iniciarán las referidas carreras “cuando los recursos económicos lo permitan”. Basándose en la Ley y en los Estatutos, la Facultad de Ciencias Sociales

y Derecho Público acordó, en su sesión del 28 de octubre de 1940, la creación de la Escuela Anexa de Periodismo. Este acuerdo no pudo llevarse a la práctica por la carencia de recursos económicos. Esto fue una gran decepción para la Facultad porque estaba convencida, en gran parte debido a la prédica del doctor Francisco Carrera Jústiz, de la conveniencia de esa realización. El doctor Carrera Jústiz sostenía que la fundación de la Escuela de Periodismo era un compromiso adquirido en el Congreso Internacional de Universidades, de la Habana, en 1930.

Con posterioridad el primer Congreso Nacional de Periodistas reunido en La Habana en 1941, bajo los auspicios de la Asociación de Repórteres de la Habana (Círculo Nacional de Periodistas) pidió al presidente de la República la creación de la Escuela Profesional de Periodismo, que fue establecida por Decreto Presidencial número 1441, de 21 de abril de 1942, con el nombre del ilustre periodista Don Manuel Márquez Sterling. Esto marcó, como dije en un artículo publicado en el *Journalism Quarterly*, de junio de 1945, un gran paso de avance para el periodismo cubano, que comenzó así a superar la etapa de la improvisación para entrar en la del profesionalismo.

Esta Escuela cuenta ya con trece años de fundada y ha rendido sus frutos. Fue creada, como su nombre lo indica, para forjar periodistas profesionales y no sólo lo ha hecho, y lo hace, sino que también ha estimulado los estudios periodísticos en Cuba. Algunos de sus profesores han publicado textos sobre reportaje, artes gráficas y temas sociológicos y psicológicos aplicados al periodismo. Todos con un sentido docente, porque tal es la finalidad de la escuela. Quien examine su plan de estudios observará que en los cuatro años que comprende abarca,

si se enseña bien, cuanto un periodista necesita técnicamente saber para ejercer su profesión como repórter, como redactor o como columnista.

Entre 1942 (fecha en que se fundó la Escuela) y 1955 (año en que se acuerda la creación del Instituto) media más de una década, lapso durante el cual se han desarrollado extraordinariamente las ciencias sociales aplicadas a todas las formas de periodismo, al mismo tiempo que se ha ensanchado el campo de la problemática social. Hoy, para un orientador de la opinión pública no basta con saber a qué reglas debe ajustarse una información o un artículo, sino qué asuntos son los que están sustancialmente en debate y por qué se debaten. La preparación para comprender profundamente esa razón de los acontecimientos no es ya un cometido propio de una Escuela Profesional de Periodismo, sino de una Escuela de Ciencias Sociales, con rango universitario.

No es necesario, sin embargo, que el periodista estudie todas las materias sociales, porque él no aspira a ser un especialista en Derecho Público, en Ciencias Económicas o en Ciencias Políticas. De ahí que, al considerar el estado actual de progreso en los estudios periodísticos, se planteara en Cuba, como antes ocurrió en los Estados Unidos, en Francia y en Alemania, la necesidad de distinguir entre la formación profesional, técnica, del periodista, y su preparación científico-cultural.

Cuando el doctor Adriano Carmona, Decano p.s.e. de la Facultad de Ciencias Sociales y Derecho Público, nos encomendó al doctor Angulo y a mí la tarea de estudiar en qué bases debe asentarse un Instituto Superior de Periodismo y qué plan de estudios le corresponde, nos señaló, con acierto indiscutible, que tuviéramos presente

la Escuela Profesional de Periodismo “Manuel Márquez Sterling”, a fin de no inmiscuirnos en la formación profesional del periodista, pero sí ofrecerle a los graduados de esos centros y a los tenedores de Certificados de Aptitud Profesional, emitidos por la Escuela de la Habana, y equiparados legalmente a los Títulos de Graduado, la oportunidad, que hoy no tienen, de ampliar sus conocimientos con estudios sistemáticos en la Universidad.

El doctor Angulo y yo le presentamos al Decano el informe solicitado y este lo llevó al Claustro de la Facultad, que le impartió su aprobación en la sesión celebrada el pasado 20 de abril. El proyecto de Instituto Superior de Periodismo no es iniciativa de persona alguna en particular, sino de la Escuela de Ciencias Sociales de la Universidad de La Habana.

No puedo expresar a este respecto más que una impresión personal, pero estoy convencido de que si el doctor Carmona se decidió a impulsar el Instituto Superior de Periodismo es porque conocía por anticipado la opinión favorable al mismo del Rector magnífico, doctor Clemente Inclán, deseoso de ampliar el ámbito de los servicios académicos y de la investigación científica de la Universidad, de conformidad con lo que prescriben la Constitución de la República, la Ley Docente y los Estatutos Universitarios.

El proyectado Instituto Superior de Periodismo se inspira en las más avanzadas realizaciones de la cultura periodística, que determinan que esta debe orientarse en dos niveles, el profesional y el científico, para atender en la Universidad, exclusivamente, al segundo. Por eso, aunque la Ley Docente autoriza a la Universidad para expedir títulos con validez profesional en las carreras que establezca, la Facultad de Ciencias Sociales estima que,

en el caso específico del periodismo, esa función ya está cubierta por la Escuela Profesional y no hay motivos para duplicarla.

En cierto sentido, el Instituto Superior de Periodismo estará en relación con la Escuela Profesional de Periodismo en una situación similar a la de la Escuela de Pedagogía con las Escuelas Normales de Maestros, o como la Escuela de Ciencias Comerciales respecto de las Escuelas Profesionales de Comercio. Y digo “en cierto sentido” porque las Escuelas de Pedagogía y de Ciencias Comerciales de la Universidad otorgan títulos que habilitan para el ejercicio de esas profesiones y el Instituto sólo aspira a contribuir a la superación intelectual del periodista. La Facultad de Ciencias Sociales, en consecuencia, no ha incluido en su programa de estudios periodísticos asignaturas prácticas referentes al ejercicio de la profesión. No quiere contribuir a la superproducción de estos profesionales, sino a su mejor formación cultural, y por ello les abre las puertas de la Universidad, que hoy, para aquellos que sólo poseen el Título o el Certificado de Periodista, están cerradas.

En Cuba cuesta trabajo apreciar una obra emprendida con altura de miras y no debe sorprender, por ello, que el proyecto de Instituto de Periodismo provoque suspicacias. Esto no es nuevo, ni aquí ni en ninguna parte, y baste recordar la tormenta que se desató en Nueva York cuando Joseph Pulitzer hizo su generoso donativo para crear una Escuela de Periodismo, cómo sostuvo una larga polémica con la Universidad de Harvard, en cuanto a los fines y conveniencia de la Escuela, y cómo finalmente encontró apoyo en la Universidad de Columbia.

La Facultad de Ciencias Sociales ha cumplido con su deber. Ha aprobado un plan de estudios de tres años,

porque presume que los graduados y los habilitados de la Escuela Profesional tienen una preparación básica que lo permite. Además, ha procurado aprovechar al máximo las asignaturas ya vigentes en los planes de la Facultad, a fin de viabilizar económicamente el proyecto, al reducir al mínimo la creación de nuevas plazas. Los profesores, en consecuencia, deberán asimilar el mayor trabajo que significa el aumento del alumnado.

El primer año de estudios se dedica, en el plan acordado, a desarrollar aquellos conocimientos indispensables para interpretar el periodismo como fenómeno típicamente social con vista de las realidades nacionales. De ahí que se incluyan las asignaturas de: Sociología Cubana, Psicología Social, Antropología Social, Filosofía Social, Filosofía de la Política, Problemas Sociales Contemporáneos y Problemas Políticos Contemporáneos, al igual que lo hacen la Universidad Nacional Autónoma de México, los Institut für Zeitungswissenschaft, de Alemania y el Centre d'Études de la Presse, de París, y los cursos superiores de las universidades de Minnesota y Northwestern.

El segundo año es de formación de la cultura histórica indispensable para apreciar los fenómenos sociales y comprende: Historia de las Instituciones Locales de Cuba, Historia de la Civilización Occidental, Historia de las Doctrinas Políticas, Historia de las Doctrinas Sociales, Historia de las Ideas Económicas, Historia Económica, Historia del Arte y Evolución Histórica del Periodismo en Cuba. Si se revisa el plan de estudios de la Escuela de Periodismo de la Universidad de Zurich que, como hemos visto, es la decana de las europeas en este campo, se advierte la enorme importancia reconocida a

la formación histórica del periodista. Asimismo, y como contraste elocuente, debo señalar idéntica orientación en la Sección de Periodismo de la Academia de Ciencias Políticas de Varsovia, fundada en 1917 y reorganizada en 1946, con rango universitario.

En el tercer año se ha puesto el énfasis en la especialización científica en todas las formas de comunicación masiva, según la terminología norteamericana, en cuanto se refiere a la actividad periodística. Por eso incluye Sociología del Periodismo, Sociología del Radio y la Televisión, Sociología de la Cinematografía, Sociología de la Publicidad, Medición de la Opinión Pública, Análisis del Contenido Periodístico y Ciencia Política Aplicada al Periodismo. Con este conjunto de asignaturas podemos estar seguros de que, si se explican debidamente y se las desarrolla como objeto de investigación científica, Cuba se colocará al mismo nivel, en cuanto a estudios periodísticos se refiere, con los más avanzados centros extranjeros.

Como todo lo nuevo, algunos de esos temas le parecerán absurdos a quienes los desconozcan, pero su introducción en el *curriculum* universitario está muy lejos de constituir una invención nuestra; a quienes lo duden, los remitimos a los planes de estudio de la Facultad de Periodismo de la Università Internazionale “Pro Deo”, de Roma, al Institut de Science de la Presse, de la Universidad de París, a los cursos de tercer y cuarto años y de postgraduados de la Universidad de Minnesota, a los estudios del doctorado de la Universidad de Missouri o al Institute of Communication Research, de la Universidad de Illinois. Las materias que integran el tercer curso del plan del Instituto Superior de Periodismo, de La Habana, resultan fascinantes, porque son parte de la ciencia social

en formación y en concordancia con los problemas de nuestro tiempo.

La Sociología del Periodismo ha rendido ya frutos magníficos al exponer las funciones de la prensa en nuestras sociedades de masas, lo que a estas se les suministra como informaciones y opiniones, los intereses que en torno a la prensa se mueven y las tendencias en la organización de esta. Imposible enunciar siquiera algunos títulos de la ya extensa bibliografía sociológica del periodismo, pero injusto sería olvidar dos libros ya clásicos, *Public Opinion*, de Walter Lippmann, y *Kritik der öffentlichen Meinung*, de Ferdinand Tönnies, así como otros tres más recientes, *Public Opinion*, de William Albright, *The Newspaper and Society*, de George L. Bird y Frederic E. Merwin, y *Communication in Modern Society*, de Wilbur Schramm.

La Sociología del Radio y la Televisión realiza similar tarea en cuanto se refiere a esos dos medios de comunicación masiva, a su influencia sobre el público y a sus repercusiones sobre el periodismo impreso. También aquí la bibliografía aumenta por años, pero no es posible olvidar la obra editada por Charles A. Siepmann con el título de *Radio, Televisión and Society*, y el más reciente aporte germánico de Friedrich Lenz, *Einführung in die Soziologie des Runfunks*.

La Sociología de la Cinematografía es tan rica como la demanda la importancia de un espectáculo que reúne semanalmente a trescientos millones de personas en todo el mundo. Como medio de comunicación de ideas sólo tiene rival en la televisión, pues combina todos los elementos dinámicos —visión, audición, figura y movimiento— indispensables para impresionar a los espíritus. Como ins-

trumento social tiene tanta importancia que desde 1920 la URSS comenzó a utilizarla en ese sentido; luego lo hizo, desde 1933, la Alemania Nazi; y, con el estallido de la guerra, el gobierno de los Estados Unidos nombró una comisión para combinar con Hollywood el aporte del cine a la formación de una conciencia de guerra. La Iglesia Católica, percatada de su importancia, desde 1919 ha procurado influir en su orientación. Desde la obra de Leo C. Rosten, *Hollywood*, que colocó todo el fenómeno del cine norteamericano bajo el microscopio de las ciencias sociales, hasta la de Mac D. Huettig, *Economic Control of the Motion Picture Industry*, pasando por ensayos tan agotadores como el de E.W. & M. M. Robson, *The Film Answers Back*, en que se hace una apreciación histórica del cinema, este se ha convertido en tema reiterado de aquella rama de la Sociología que se ocupa de la comunicación masiva.

La Sociología de la Publicidad nos debe conducir al estudio de las variadas influencias que reciben los medios de información y a los recursos psicológicos por estos utilizados. Es, como apunta Carl I. Hovland en la obra *Communication and Persuasion*, “el estudio de los medios por los cuales las palabras y los símbolos influyen en las gentes”. La producción bibliográfica a este respecto es tan amplia que casi que Casey, Laswell y Smith han dedicado un volumen a su análisis bajo el título de *Propaganda, Communication and Public Opinion*. La medición de la Opinión Pública se ha convertido ya en una ciencia popular por sus extensas aplicaciones comerciales y políticas. Su campo de investigación es, precisamente, el que resulta afectado por los medios de información masiva. Clásicas son ya las obras de Gallup y Rae, *The Pulse of Democracy*, y la de Hadley Cantril, *Gauging Public Opinion*.

El Análisis del Contenido Periodístico es, en última esencia, una aplicación de la Estadística al texto impreso en los diarios y revistas, al tiempo dedicado en radioemisoras y televisoras en cada tema, y al tipo y extensión del material informativo de los noticieros cinematográficos. Esto envuelve problemas estadísticos, como lo muestran David Manning White y Seymour Levine en su reciente manual *Elementary Statistics for Journalists*; y difíciles apreciaciones de tipo semántico, tipográfico y de tiempo, algunas de las cuales señalan A. Geller, D. Kaplan y H. D. Laswell en su ensayo *An Experimental Comparison of Four Ways of Coding Editorial Content*, así como Burton L. Hotaling en *Some Problems in Quantitative Measurement of Newspapers* y Willard G. Bleyer en *Research Problems and Newspapers Analysis*.

Finalmente, la Ciencia Política Aplicada al Periodismo nos lleva al polifacético campo de las relaciones entre el poder político y los medios de información. Fernand Terrou y Lucien Solal en *Le Droit de L'Information* lo abordan en toda su complejidad en cuanto se refiere a lo interno de cada país. Otro aspecto de estas relaciones internas, el referente a las luchas de los partidos políticos, ha sido exhaustivamente tratado en *Public Opinion Quarterly* en sus ya largos años de publicación. En lo que atañe a las internacionales, es imposible aludir siquiera a los numerosos estudios aparecidos en Europa, en América y en Asia, desde que George Creel, encargado de la publicidad de los Estados Unidos en la Primera Guerra mundial, publicó *How We Advertized America*.

Basta esta revisión panorámica del contenido temático de estos tres cursos para apreciar los propósitos que inspiraron a la Facultad de Ciencias Sociales y Derecho

Público al aprobar el Instituto Superior de Periodismo. Si este y la Escuela Profesional de Periodismo “Manuel Márquez Sterling” cumplen cabalmente los fines para que fueron creados, Cuba podrá gozar de una docencia periodística tan buena como la mejor del mundo. Si estos proyectos se malogran, por incomprensión, por rivalidades, por simple temor a lo nuevo, por ineptitud de los encargados de su ejecución o por limitaciones económicas, se habrá perdido una magnífica oportunidad de elevar el nivel intelectual del periodismo cubano.

Si la frase de Pulitzer es aplicable a Cuba, y yo estoy convencido de que lo es, debemos contemplar con máximo interés ambas posibilidades, la del fracaso o la del triunfo de estos planes docentes, porque “este país y su prensa se levantarán o caerán juntos”.

UNAS BREVES PALABRAS SOBRE LA LIBERTAD DE PRENSA

José Agustín Martínez. (*El Periodismo en Cuba*, edición de 1949 de la Asociación de Reporters de Cuba, p. 19-21)

Un gordo general, parodia de Goering, abofetea a un periodista y un gordo coronel, parodia de Vidocq, convoca a su despacho a otro colega de profesión y entabla con él un match de boxeo en toda regla. Estos incidentes apasionan un momento la opinión, pero luego mueven a risa y provocan el jocoso comentario, despertando de su letargo al clásico choteo cubano, el rasgo de nuestro carácter que nos ha hecho célebres.

Estos incidentes no tienen importancia. Pero cuando un Ministro de Comunicaciones cierra una emisora porque le molestan sus informaciones radiales, cuando esta arbitraria medida se mantiene y trata de justificarse, estamos ya enseñando la oreja de una grave enfermedad que conviene atajar en sus comienzos. No hay país libre sin prensa libre. La libertad de la prensa es la más segura señal de que un pueblo, bien o mal gobernado, disfruta, al menos de esa sacrosanta bendición de las democracias que es la libertad.

Pero esta libertad, cuando no se usa dentro de los límites del derecho, puede también ocasionar graves consecuencias. Importa pues, saber qué es lo que debemos entender por “libertad de la prensa”, cuáles son las condiciones de su existencia como derecho innato a un pueblo libre, cuáles son sus fundamentos y cuáles son sus límites.

En sus estudios sobre la Constitución de los Estados Unidos, y de manera particular sobre los derechos individuales que aquella constitución reconoció, la primera del mundo, el Juez Cooley, dijo: “La libertad de la prensa es el derecho a decir y a escribir libremente cuanto plazca al ciudadano bajo la protección de las leyes; con excepción de aquellos conceptos obscenos, escandalosos, blasfemos que puedan constituir una ofensa pública, o que por su falsedad o malicia puedan tener injurioso efecto sobre la reputación, el crédito personal o los intereses pecuniarios de los individuos”.

Esta definición del Juez Cooley contiene en su esencia los requisitos de la llamada libertad de prensa. El periodista puede decir todo cuanto le plazca; puede enjuiciar bien o mal, apasionada o desapasionadamente la obra del gobierno; puede criticar sin límite alguno de tiempo o de espacio la gestión de los funcionarios; puede emitir sus juicios sobre cualquiera obra o proyecto de público interés; puede atacar o defender con la misma libertad de una “lanza libre”. Pero no puede injuriar, no puede calumniar, no puede blasfemar, no puede emplear frases, locuciones o expresiones obscenas o repugnantes, no puede atacar la honra ajena, ni la reputación ajena, ni los intereses ajenos, de manera maliciosa o para obtener ventajas por vía del chantaje o de otra manera igualmente reprochable.

Es decir, que como en la definición inigualable de Von Ihering, el límite del derecho de libertad absoluta de que debe disfrutar la prensa, se encuentra solamente en el derecho de los ciudadanos, o de la misma sociedad, de no ser atacada maliciosa o injustamente.

Una de las mordazas que contra la libertad de la prensa se ha empleado con mayor frecuencia es la censura.

Cuando un gobierno, fuera de circunstancias muy excepcionales, como por ejemplo una guerra, establece el sistema de la censura, en cualquier forma en que la misma se haga funcionar, la libertad de la prensa desaparece. Como afirma Blackstone, en el volumen IV de sus conocidos *Comentarios*: “Sujetar la prensa al poder restrictivo de un censor, es sujetar toda libertad de sentimiento al prejuicio de un solo hombre, y convertirlo en el juez arbitrario e infalible de todas las controversias sobre puntos de religión, cultura o gobierno”.

Ahora bien: esta censura puede ser ejercida por el gobierno de una manera indirecta a través del empleo de los recursos económicos. El 11 de diciembre de 1938, Franklin D. Roosevelt en una carta dirigida a Joseph Pulitzer, decía: “He estado siempre firmemente persuadido de que nuestros periódicos no pueden ser editados en interés del pueblo, desde las cajas contadoras. Debiéramos conducir un *symposium* nacional sobre este asunto”. Y es que en los Estados Unidos, en donde existen magníficos ejemplares de libertad periodística, verdadera independencia de la prensa, también hay órganos de publicidad vendidos al interés privado, al sectarismo de los partidos, y aún a ciertos departamentos de la administración.

Esta coacción económica sobre la prensa es la más peligrosa y la que mayor daño causa a su libertad. Aquí en Cuba (¿será posible hablar de este asunto sin lastimar oídos amigos?) la prensa vive una vida precaria y muchos órganos de publicidad periodística requieren el auxilio económico del gobierno, a través de destinos o de dotaciones más o menos jugosas, para continuar viviendo. Pero es preciso consignar que la prensa cubana no ha vendido su libertad por este plato de lentejas averiadas.

Con frecuencia periódicos fuertemente subvencionados por el gobierno, critican con acritud los actos de este. De donde se deduce que sin haber encontrado nosotros el remedio contra esta corrupción, no llega a asumir proporciones de verdadera hecatombe de la moral periodística, como acontecería en otros medios con individuos menos dotados que los cubanos en cuanto a *savoir vivre* se refiere.

El periodista cubano sabe cobrar y criticar; mejor dicho, aunque cobra se reserva el derecho a criticar severamente todo cuanto no le parezca bien hecho. Sea dicho esto en honor de la prensa en Cuba.

LIBERTAD DE EXPRESIÓN Y PERIODISMO

Raoul Alfonso Gonsé. (*El Mundo*, 14 de junio de 1956, p. A-8)

Para el periodista que lo es de verdad la libertad de expresión es como el aire, sin ella no puede vivir ni tiene razón de ser. Por principio inherente a la actividad, repudia todo cuanto tienda a coartarla y se asfixia cuando no la puede disfrutar a plenitud. Creemos que la libertad de prensa tiene que ser absoluta e irrestricta. Cada cual debe tener el derecho de exponer, sin limitaciones ajenas previas, su pensamiento y poder llevar a la letra impresa su criterio.

Habrás cualquier cosa menos la libertad de prensa cuando surja el más mínimo obstáculo entre la mente y la pluma. Ahora bien, quien reclame este derecho, está en libertad absoluta de volcar su pensamiento en la hoja impresa pero tiene también que aceptar sus responsabilidades.

El periódico y el periodismo, en toda sociedad organizada democráticamente, tienen dos tribunales que los juzgan: el primero, el soberano, el lector; el segundo, el estado, que por medio de sus leyes, protege y sanciona los derechos ciudadanos, tanto individuales como colectivos.

En los regímenes democráticos nadie está obligado a comprar un periódico ni a leer la prosa que no le guste. La vida o la muerte de un periódico y la vigencia o desaparición de un periodista está al libre arbitrio de sus lectores. No se concibe periódicos y periodista sin lectores. Periódicos y periodistas tienen dos deberes propios de su función: informar y orientar. Deben publicar todo lo

que merezca ser conocido, así como ofrecer las opiniones ajenas y propias.

El prestigio y el aprecio de un periódico por parte de sus lectores está en razón directa de la prontitud y veracidad de sus informaciones y la calidad moral e intelectual de los que contribuyen a confeccionarlo. La corrección en el lenguaje, la ligereza de su prosa capaz de llegar a cualquier clase de lector y su calidad tipográfica, son factores esenciales para lograr el veredicto favorable del público que premia o castiga con su favor o con su olvido.

La libre emisión del pensamiento a través de la prensa escrita, plena y absoluta como debe ser, está sujeta, sin embargo, a otra responsabilidad: la que tiene para con el individuo en particular y para con la colectividad en general. El estado, de la misma manera que protege la vida del individuo tiene que proteger su honor, y tiene que velar igualmente por los intereses de la colectividad.

Los periódicos están hechos por periodistas y estos, como los demás hombres, son de carne y hueso, con sus virtudes y sus maldades, con sus pasiones, errores y acierto y con ese acicate tan morboso en la actualidad, como es la demagogia.

Hay hombres de conciencia negra y sucia, de procedimientos bastardos; los hay de elevados principios y de vida recta. Los hay timoratos y audaces, los hay ponderados y apasionados; los hay sinceros y llenos de dobleces. En consecuencia, cuando una conciencia se derrama sobre una cuartilla esta sale de acuerdo con lo que le dio vida, unas veces bastarda y sucia y otras elevada y reveladora de los más puros ideales. Frente a esta diversidad de temperamentos y de actuaciones, para proteger la honra del individuo contra el libelo, la calumnia y la

injuria y a la sociedad contra su destrucción tienen que surgir las leyes penales del estado, que fijan las responsabilidades de aquellos que gozan de la plena, absoluta e irrestricta libertad de expresión.

Debe, sin embargo, señalarse que no puede confundirse esta protección que tiene que dar el estado, a través de sus leyes penales, a la honra del individuo y a la estabilidad de sus instituciones, con la manida técnica de los regímenes dictatoriales, que se escudan esta necesaria protección contra la maldad de la prensa corrupta y el periodismo falsario y calumniador, para dictar pragmáticas que de hecho limiten la libertad de prensa, al impedir con sus sanciones que periódicos y periodistas puedan ejercitar la acción de la verdad, demostrando la certeza de sus informaciones.

Estas mordazas son inoperantes porque los lectores — que son los pueblos— siempre sutiles y avispados reaccionan contra ellas, porque como humanos que son tienen también su derecho a estar bien informados y a que por sus ojos entre, en forma de artículo, lo que sus almas sienten, sus mentes perciben y el periodista condensa y le da forma para la fijación de sus ideas.

FUNCIÓN DE LA PRENSA

Antonio Hernández Travieso. (*El Mundo*, 5 de agosto de 1956, p. D-3)

Ya pasaron aquellos días en que un joven con la cabeza bullente de ideas paraba de traspasar los tipos para brindarnos al amanecer un periódico, con el sólo objeto de orientar a la opinión ciudadana.

En nuestra época las cosas suceden en forma más compleja, pues hasta el mismo concepto de prensa se ha estirado tanto, o para decirlo con visos técnicos, ha adquirido tanta denotación que cuando la mencionamos tenemos que aclarar a que tipo pertenece. O más bien tenemos que connotarla con absoluta precisión lógica.

Prensa no es ya la sola escrita, la que huele a papel y a tinta, sino la radial, la televisada y aun la que realiza el cinematógrafo, ya que en conjunto constituyen medios diversos, dirigidos a un supuesto fin: orientar, encauzar, a la opinión pública.

Esa labor de orientación se realiza hoy en día en una forma muy elaborada. Pudiéramos decir, que para realizarla se recurre al viejo principio pedagógico de enseñar deleitando, que aquí sería de orientar deleitando. Porque la prensa que no se adecua a las demandas que en materia de gusto tiene el gran público y se ciñera exclusivamente a noticias y labor editorial, llevaría en sí misma los gérmenes del fracaso. Noticias y editoriales hoy tienen que mezclarse con muñequitos, deportes, crónica social, etcétera. Del mismo modo que la radio y la televisión vienen con sus

noticias antes, después o durante sesiones de chachachás, o sus madrigales ahogados en pompas de jabón.

Para el gran público un jonrón de Mickey Mantle es noticia más importante que la situación terrible en que ha colocado Nasser a las potencias occidentales al ocupar el Canal de Suez. Y una radioemisora puede hacer subir el rating de sus noticieros si en ellos se mencionan los últimos hits musicales. Ni que decir cuando quien se enfrenta a las cámaras de TV es un artista de fama internacional.

Cuando nuestro compatriota Edmundo Amorós ganó la última Serie Mundial de béisbol con su gran jugada, hizo más por deshacer los horribles prejuicios raciales que subsisten en Norteamérica contra el negro, que muchos de los mejores argumentos expresados a favor de la igualdad racial por antropólogos y juristas.

¿Es esto desalentador? No creo que lo sea en mayor medida que el padre que descubre una mañana brumosa que su hijo preferiría quedarse durmiendo a ir al colegio. Psicológicamente sabemos que la racionalidad es un lujo que se permite la vida emocional del hombre. O dicho más claramente, que entre deber y placer, la tendencia es hacia el placer, no así hacia el deber. La simpatía que pueden despertar antropólogos y juristas a favor del negro es de tipo intelectual o racional. La de Amorós es emotiva; y por tanto, inmediata, irrefrenable.

Sin embargo, ambas pueden ir canalizadas a un mismo fin, obtener el reconocimiento pleno que como humano y ciudadano merece el negro. Luego, lo que se persigue es demostrar que ni blancos ni amarillos ni negros son superiores unos respecto de los otros, sino que son capaces de hacer lo mismo como humanos y que son, en consecuencia, iguales.

Ahora bien, lo erróneo de algunas empresas periodísticas es creer o mantener que basta seguir los dictados de la gran masa para lograr el éxito, olvidando, por falta de escrúpulos o visión que la prensa tiene un deber moral ineludible, que es el que se recoge bajo el título muy genérico de su función orientadora. La empresa periodística que juzgue que aproximarse a la verdad es sólo ceñirse al viejo apotegma de *vox populi vox Dei*, está simplemente delegando sus funciones y jamás alcanzará un gran poder de penetración en esas masas cuyo dictado pretende seguir.

En los Estados Unidos no es lo mismo afirmar lo dijo el *New York Times* que el *Daily Mirror*. Sin embargo el *Mirror* tiene una circulación que multiplica a la del *Times*, pero lo que no tiene el *Mirror* es la influencia del *Times* en la opinión pública norteamericana. Esto plantea un problema que podríamos llamar de circulación cuantitativa y cualitativa. La cantidad, como en tantas otras cosas, no hace necesariamente la calidad, y así vemos, en casos muy frecuentes, que periódicos de menor circulación penetran más en la opinión pública que los de mayor tirada.

Por regla general cada persona tiene su periódico. O sea, el centro de dónde no sólo se provee de noticias e informaciones, sino de buena parte de sus propias opiniones. No todo el mundo es un experto en educación, fisión nuclear o industria azucarera, empero, todo el mundo opina sobre estas cuestiones son seguridad tomando como fuente lo que lee “en su periódico”.

El tener “su periódico” no implica que no se lean otros. Sobre todos aquellos que se caracterizan por el sensacionalismo, los escándalos, los desnudos y las ar-

mas homicidas junto a los cadáveres en “big close-up”. A esos periódicos se recurre como ya hace un par de milenios Aristóteles —que también ya se nos está convirtiendo en padre del psicoanálisis—, decía que había que recurrir a la representación de las tragedias, para descargarnos o hacer catarsis de las bajas pasiones que todos albergamos en nuestros pechos al verlas reproducidas en escena.

Claro que esa gente no quisiera sentirse contaminada por la miseria en cuya lectura se regodea, y la mar de veces, duda de que las cosas sean tan tristes y feas como se presentan, o que los escándalos asuman las proporciones con que se les describe, pero es el gusto malsano, humanamente necesario para que sigamos siendo humanos.

Empero, cuando se trata de buscar orientación en los problemas nacionales, pongamos por caso, no se recurre a ese tipo de prensa. Se buscan las interpretaciones serias, las que ofrecen los escritores y especialistas que han hecho una reputación honorable en el menester periodístico, escribiendo para publicaciones que también merecen esa justa fama.

Famosa es la actividad periodística cubana, y exponente de ella lo han sido los hombres más preclaros de su historia que, precisamente a través de la prensa, ayudaron a formarnos nuestra conciencia nacional. Varela, Saco, Enrique Piñeyro, Martí, Juan Gualberto Gómez, Sanguily, fueron periodistas y de la prensa se valieron para hacer de su función orientadora un verdadero santuario de desinterés y consagración a la patria.

Hoy Cuba, con los modernos adelantos, con el afinamiento de su personalidad nacional, posee como cualquier país del mundo todo tipo de prensa, de la que orienta y de la que desorienta. Pero esto último no es patrimonio

exclusivo de los cubanos. Ocurre en todas partes y es tal vez signo inequívoco de nuestra civilización.

Desde otro ángulo, los diarios y revistas de Cuba han llegado a constituir una fuerza económica de primerísimo orden. Llevándonos de los datos que ofrece Enrique Llaca Escoto, en su folleto, “La Prensa como medio de publicidad”, nos encontramos que en 1954 las publicaciones cubanas pagaron en salarios casi cuatro millones de pesos.

Cuatro millones de pesos constituyen una respetable suma que evidencia, hasta la saciedad, que el periodismo en Cuba no es tarea de amateurs sino de verdaderos profesionales, y que por fuerza mayor necesita el amparo y el respeto de nuestros gobiernos para mantener ese alto índice que le caracteriza y que tan bien habla de este país en sus proyecciones de progreso. Toca pues, a dichos gobiernos, hacer cuestión sacrosanta el respeto a la libertad de expresión del pensamiento, sin la cual el genuino periodismo no puede vivir y menos prosperar.

Además, como cuestión de patriotismo raigal, ya la prensa cubana tiene competidores extranjeros que, con mayores ventajas económicas que nuestras publicaciones periódicas, tratan de arrancarle el mercado no sólo de lectores sino de anunciantes. Esta competencia, de por sí peligrosa, se agravará si no se hace propósito firme por nuestros gobiernos de garantizar a toda costa la libertad de pensamiento de nuestros medios de orientación pública.

Hay que decirlo con toda franqueza, porque esto va en bien de todos. Le hacen más daño al futuro de Cuba los golpes, amenazas y persecuciones a periodistas y corresponsales, cada vez que brindan una noticia que mortifica o no conviene a los que gobiernan, que una

intromisión física extranjera en nuestro suelo. Una sola demostración puede aclarar lo que decimos. Cuando los dolorosos y recientes sucesos de Matanzas⁷, nuestra prensa fue amordazada caprichosamente. Esta ventaja la tomó con toda licitud, una revista norteamericana que se publica en español, *Life*, la cual pudo brindar la información gráfica y escrita sobre dichos sucesos sin ninguna mordaza. Se me podrá argüir que *Life* fue secuestrada al llegar a Cuba... Pero, ¿quién pudo secuestrar la simpatía enorme que en el pueblo cubano despertó *Life* al publicar la verdad sobre lo ocurrido?... Estoy seguro que esa publicación, que entró de contrabando en Cuba durante la censura, ha aumentado su circulación en nuestra patria, circulación que a la larga se restará a alguna publicación doméstica.

No afirmo esto para hacer gala de un previsor y exagerado patriotismo. Lo afirmo como pudo haberlo afirmado hace algunos años cualquier otro cubano, cuando nadie pensaba que las revistas norteamericanas intentarían editarse en nuestra lengua para ganarnos un mercado más.

¿Y no es posible que cada mañana nos pueda llegar a la misma hora que los periódicos matutinos de La Habana, la edición especial para Cuba, en español, digamos, del *New York Times*? Si usted lector no lo cree, yo sí lo creo. No hay imposibilidad física para ello. Yo recuerdo las incontables veces, durante el tiempo que residí en Nueva York, que esperaba a la medianoche para leer los periódicos de la mañana. Si a esa hora saliera de Nueva

⁷ Se refiere al asalto al cuartel Goicuría, en Matanzas, el 29 de abril de 1956, en el que perdieron la vida 15 de los asaltantes, incluyendo al líder, Reynold García García.

York un avión directo a la Habana, al amanecer podía pregonarse por nuestras calles cualquier diario editado en la ciudad de los rascacielos.

Y ya que hablábamos de función orientadora de la prensa, ¿qué orientación ni qué prensa íbamos a tener los cubanos con periódicos redactados e impresos en el extranjero? ¡Ojalá que nunca lleguemos a ese caso, que tampoco es absolutamente imposible que llegue!

En Cuba, se pide a los periodistas más de lo que ellos humanamente pueden dar en ese triste ambiente selvático en que vivimos por culpa de nuestra viciosa vida política, que tan malos gobernantes nos ha dado.

Los que salieron del poder o lo perdieron, olvidan los atropellos a la prensa por ellos cometidos y piden y reclaman que los periodistas escriban lo que a ellos tanto enfurecía. Los que ocuparon la sede, ya no transigen como cuando estaban fuera de ella. El buen burgués que regresa sin peligros a su casa a dirigir cena y periódico se queja amargamente. ¡Qué falta de valor! ¿Por qué no dicen esto y esto y esto? Todo lo que él jamás diría. Este no quisiera una guerra de ideas, la quiere de lápices y máquinas de escribir contra ametralladoras y tanques. En fin, hay muchos criollos que se creen elevados a la cúspide del patriotismo cuando repiten la frase de aquel buen señor que exclamó que “a la prensa se le pega o se le paga”. Yo dejo al buen entendimiento del lector enjuiciar al ciudadano de una república que presume de ser democrática y pega porque se le critique o censure en su muy censurable actuación pública. O situado en la otra alternativa, paga. Yo no sé en este momento, si confundido por mi conciencia moral o por el hábito de trasegar en la cátedra por muchos años con la psicología, es que

pienso que quien parte del supuesto de poder comprar la conciencia de los demás lo hace porque ya se halla habituado a vender la suya, o está en actitud psíquica de ponerle precio.

De todas maneras, ya es tiempo de que vayamos extrayendo algunas consecuencias de esta brevísima disquisición sobre la función orientadora de la prensa. En consecuencia son también muy breves, un simple reordenamiento de lo que acabamos de decir.

Primero: Hoy no solo es la prensa escrita la que tiene la delicada función de orientar a la opinión pública, la radio, la TV y el cine, comparten con las publicaciones periódicas esa misión.

Segundo: Orientar deleitando es tarea de la prensa, que así compensa las demandas de la gran masa. Esa orientación, empero, no es lícita ni moral cuando la prensa se somete exclusivamente a la satisfacción de los apetitos y bajas pasiones del gran público. La circulación obtenida por un periódico a expensas de sacrificar su misión orientadora no constituye garantía de éxito moral ni material.

El lector de esas publicaciones no presta mucha atención a sus anuncios, y si se fija en ellos desconfía tanto de la calidad de lo que se anuncia como de la propia publicación. Repetimos, no es lo mismo ni posee igual significado afirmar lo dijo el *Mirror* que lo dijo el *Times*.

Tercero: Cuba puede vivir orgullosa de sus prósperas empresas periodísticas. Para que esa prosperidad se mantenga es preciso que nuestros gobiernos garanticen su libertad. De otra manera, corremos el riesgo de arruinarlas, ruina que pudiera traducirse en lo espiritual en merma de soberanía. Hoy es posible editar un gran diario en español en la ciudad de Nueva York y pregonarlo en La Ha-

bana a la misma hora en que se pregonan nuestros diarios matutinos.

Cuarto y último: El método más sencillo y eficaz para saber hasta dónde es democrático un país es examinar su prensa. Mientras en ella aparezcan protestas de corresponsales apaleados por haber cumplido con su deber, transmitiendo noticias veraces a sus periódicos, mientras, en fin, el periodismo en Cuba no deje de constituir una profesión peligrosa, donde los hombres que la ejercen estén a merced de los cuerpos de represión y de los grupos y grupitos políticos y seudopolíticos que aquí padecemos, la prensa cubana no podrá ejercer a plenitud democrática la genuina función orientadora que le está considerada como su máximo y culminante deber moral.

LA PRENSA Y SU LIBERTAD

Lino Novás Calvo. (*Información*, 19 de febrero de 1946, p. 2)

Puede que hayamos dado por supuesto el privilegio de la libertad de prensa. Como tantas otras conquistas, se nos ha hecho excesivamente fácil entre las manos; nos puede ser arrebatada súbita o subrepticamente. Recientes hechos y palabras —¡palabras en nuestra prensa!— indican que hay corrientes y amagos que pueden ir por ese rumbo. Y de ocurrir, siquiera en grado mínimo, no sería sino el comienzo de peores sucesos.

Por eso es urgente que nos dispongamos a reeditar y a reafirmar y a sostener con tesón, solidaridad y valentía los sagrados principios que norman nuestra conducta y cimientan nuestra existencia. Una buena dosis de pasión disciplinada y responsable no estaría de más en la coyuntura. La libertad hay que ejercitarla. Si no lo hacemos, se atrofia, se avería, se afloja y cae, al fin, presa del que, provisto de la fuerza, se arroga el derecho a suprimirla.

La prensa, como toda institución, o persona, tiene deberes y derechos. Su libertad no puede ser jamás incondicionada. Pero deberes y derechos van, en este caso, englobados en una misma misión, y mientras sea fiel a ella ninguna obligación le puede ser dictada desde fuera. Si lo es, ya no sólo deja de ser libre; deja esencialmente de ser prensa.

El primer deber —y derecho— de la prensa es informar. Informar, informar e informar nuevamente, de cuánto, grande o pequeño, menudo o trascendente, pue-

da afectar e interesar a la comunidad en que vivimos. Es muy difícil, para el informador, verificar siempre hasta el último detalle la exactitud absoluta de cada dato. El periódico sale todos los días, o todas las semanas, y su confección se hace sobre una marcha necesariamente acelerada. La prensa no trabaja con documentos depurados ni sobre hechos que el tiempo ha serenado, sino sobre el pulsante devenir de las cosas en el momento mismo de su acaecimiento. Antes que nada, la prensa tiene que informar, dejando a la discusión y a la rectificación la tarea de depurar la noticia.

La prensa tiene igualmente el deber y el derecho de debatir y dejar debatir cuantos asuntos considere, en cualquier medida, directa o indirectamente relacionados con el interés público, venga de donde vinieren. Sabemos bien que en nuestro tiempo pocos hechos y pocas ideas son del dominio exclusivo del individuo. Vivimos en comunidades entreveradas, ligados por múltiples hilos, visibles e invisibles, de convivencia; y la libertad misma del individuo, como parte de ellas, viene a depender en algún sentido de que lo que otros hagan y propongan y propaguen sea expuesto con claridad a la vista de todos.

El debate, la controversia, la opinión expresada con decoro, pero sin temores ni claudicaciones, son los medios de que disponemos para aclarar y valorar hechos que, de otro modo, carecerían de sentido. Los hechos tienen, no solo cuerpo, sino significación, y a esta se llega siempre a través del diálogo: diálogo que debe ser correcto, pero firme y persistente. Escuchando, reflexionando, enjuiciando y, si es preciso, rectificando, llegaremos al fin al mejor juicio de que seamos capaces. La prensa es, no solo documento, sino también foro y tribuna de ideas y razonamientos.

Cada periódico tiene, como cada persona y cada institución, su derecho a opinar y orientar por sí mismo, siempre que no cierre, por eso, la puerta a los que opinen de otro modo. Este es el concepto de todos los grandes periódicos liberales en todas partes. Su editor, o director, tiene sus columnas abiertas para los otros, justo es, pues, que las tenga para sí mismo. Sólo en momentos de crisis o peligro inminente para todo un pueblo —guerras, revoluciones, cataclismos— se acuerda tácita o explícitamente, restringir el derecho a opinar y a informar libremente, con la inteligencia de restaurarle tan pronto pase la situación de emergencia.

Pero la más ardua y la más fecunda función de la prensa es fiscalizar. Fiscalizar, en el sentido jurídico del término, y con las mismas prerrogativas. Así como el fiscal, en un juicio, tiene por misión sondear los hechos e implicaciones del proceso, y elevarlos ante el tribunal o el juez, así también la prensa puede y debe sondear, sin cortapisas, los hechos y sentidos de los procesos sociales y hasta individuales cuando se relacionen con el interés público, y elevarlos ante la opinión, que es, en definitiva, la que habrá de emitir sentencia.

El fiscal es, desde luego, sólo una parte del proceso. Frente a él debe estar —dialogando— el abogado defensor, que puede debatir, rebatir, interpretar o desvirtuar las acusaciones del fiscal. Ambos gozan de la misma inmunidad y privilegios; ambos actúan por otras personas en el caso de la prensa, la persona por excelencia, que es la sociedad y nación en que vivimos.

Esas son, a mi ver, las cuatro columnas sobre las que debe sostenerse toda prensa verdaderamente libre e indeclinablemente responsable: información, debate, orientación y fiscalización. Ninguna de ellas podía sacrificarse

sin que todo el edificio se desplomara de golpe. Cuarto poder, o ningún poder, tiene la prensa sus funciones bien definidas en la comunidad de que es parte, y ante la cual es responsable. Tratar de mermárselas, en el más leve grado, es una grave lesión a esa comunidad, y nuncio de peores contrariedades. La prensa ha sido, en todos los tiempos y lugares, la primera víctima de tiranías y opresiones.

El pretexto es siempre el mismo: la prensa se excede. La prensa abusa de sus derechos. La realidad es que no se ve jamás contra los excesos sino con el propósito, consciente o inconsciente, de cometer otros más graves. Es muy difícil saber, exactamente, hasta donde llegan los límites de esas prerrogativas. Muchas veces es pura cuestión de criterio. Pero la prensa tiene siempre, en la discusión y la rectificación, sus propias válvulas de seguridad. Son ellas las que invariablemente serán el fiel de la más alta verdad de que seamos capaces.

RESPONSABILIDAD DE LA PRENSA

Jorge Mañach. (*Diario de la Marina*, 1 de marzo de 1946, p. 2)

Un alto funcionario público dio antier a los periódicos una carta, entre afligida y airada, declarando su propósito de querellarse contra no sé qué publicación por no sé qué imputaciones que, según él, injustamente le han hecho. Aunque del funcionario en cuestión tengo, sin conocerle, el mejor de los conceptos y de su labor oficial las impresiones más favorables, no me aventuro a opinar sobre enjuiciamientos públicos cuyo fundamento desconozco.

Pero confieso que me ha impresionado el tono, a un tiempo benigno y enérgico, de la queja en cuestión. Y a los efectos del presente comentario, quisiera que se me permitiese nada más que **suponer** que la queja es justa; esto es, que la publicación aludida —que ni siquiera sé cuál pueda ser— no ha tenido razón al poner en la picota la probidad del funcionario aludido.

Si alguna justificación tiene el tomar así la cosa en abstracto, como mero ejemplo y a beneficio de inventario, es porque el hecho —reconozcámoslo— no tiene nada de excepcional. Todo el que haya pasado por la vida pública sabe con qué deplorable frecuencia el comentario o la información periodística se aventuran indebidamente por los caminos extraviados de la suspicacia, cuando no del falso testimonio puro y simple. Todo el mundo como es casi corriente entre nosotros sabe que la reputación de un hombre se halla a la merced del juicio improvisado y poco escrupuloso, de la “información” aviesamente sumi-

nistrada a un periodista, o de la inquina que por razones políticas o de otro género le pueda tener el propio periódico, que, al cabo, es obra de hombres y no de ángeles.

Por otra parte, no se nos oculta cuán necesaria le es a la prensa la más cabal libertad. Las democracias no se informan acerca de sus propias intimidades sino a través del Parlamento —cuando funciona como es debido— y de la prensa. Los demás medios de ventilación y de crítica no tienen eficacia suficiente. Pero aún el Congreso suele hablar con sordina. A la prensa le toca, pues, casi toda la responsabilidad de orear, de proveer esa dosis desenfadada y aún de pequeña insolencia que todo pueblo libre necesita para su tónica de libertad.

Pero la libertad no puede andar a la greña con la justicia. La libertad (ese ilustre lugar común) si para algo se ha hecho es, precisamente, para la justicia, que significa darle a cada cual lo que le corresponde, y ciertamente nada puede tener un hombre de más suyo que su dignidad personal y aquella otra, de orden social, que se haya ido poco a poco construyendo en la vida. En palabras más claras: la peor de las injusticias individuales es la que salpica la reputación de un hombre sin que lo merezca. Por el hecho de que los requerimientos colectivos de la libertad pesan más, en una democracia, que los miramientos a tal o cual derecho individual, toda prensa democrática suele caer más de aquel lado que de este. Ello es particularmente cierto en “democracias” todavía inseguras como la nuestra, en que la prensa es particularmente sensible a las falsas simulaciones y resabios de coacción o de autoritarismo que tan a menudo exhibe la política, los convencionalismos sociales y los “intereses creados”. Nuestra prensa vive así en perenne celo de su libertad, y

en ese celo muchas reputaciones individuales dignas de mejor suerte suelen salir chamuscadas.

Existe, por otra parte, un prurito de noticierismo y de sensacionalismo que también hace de las suyas. Y en los últimos tiempos nos ha bajado del Norte una técnica de periodismo que llaman por allá “cándido”, y que no es más que desenfadado y con frecuencia insolente, el cual se manifiesta en toda una gama nueva de recursos que ponen el acento en lo pintoresco o en lo satírico y que van, desde la fotografía de muecas, tomada por sorpresa, hasta la nota mordaz y procaz —pasando por las fotografías íntimas de funcionarios en ropa interior.

El afán de servirle al público el plato que pide —tenga o no razón en pedirlo— no conoce ya límites. Pero hace poco la revista *Time* que, dicho sea de paso, es una de las que primero y más ha pecado en ese tipo de noticierismo picante y no siempre responsable, dio noticia de un incidente que pudiera servirle para su propia edificación. Como un fotógrafo periodístico de Los Ángeles insistiera en asestarle un foganazo al insigne Toscanini, un fanático musical se opuso a ello, aduciendo que el destello violento de la bujía automática dañaba la vista del gran director de orquesta. El periodista insistió. Hubo altercado. Se fueron a las manos. El fanático le rompió al fotógrafo su cámara, y no sé si algo más. Toscanini logró evadirse en el tumulto; pero el repórter gráfico le puso al musicófilo demanda de indemnización fuerte por daños y perjuicios. El juez de Los Ángeles absolvió, alegando —según la propia revista *Time*— que lo que se discutía no era **the freedom of the press, sino the freedom from the press...** Es lástima que el castellano no permita traducir tersamente ese contraste de preposiciones.

Si importante, en efecto, es que la prensa sea libre, no lo es menos que nosotros también nos veamos libres de ella. Libres, se entiende, para vivir en paz nuestra vida privada, para que no se sacrifique nuestra reputación, nuestra dignidad o nuestro interés legítimo a la necesidad de picantes de ciertos paladares estragados, para que no se ponga todo el coeficiente enorme de persuasividad que la letra de molde tiene, al servicio de cualquier mequetrefe de redacción que muchas veces ni siquiera enseña su nombre. Semejantes consideraciones no podrán soliviantar a nadie que tenga un concepto serio de la prensa y de sus responsabilidades (incluyo entre la prensa seria a la que es seriamente festiva). Es más: nuestros periodistas responsables están desde hace mucho tiempo percatados de la necesidad de completar la dignificación de la clase y de su función —que tantos adelantos ha hecho en los últimos tiempos— con alguna forma de disciplina interna o externa que logre compaginar el derecho de la prensa a ser libre con el derecho de los ciudadanos a verse libre de sus extralimitaciones. Para evitar que eso tenga que hacerse alguna vez desde fuera, sería muy conveniente que los propios periodistas tomaran la iniciativa. Es una cuestión de decoro profesional y de garantías para la moral pública. Valdrá la pena insistir en ella.

MÁS SOBRE EL OFICIO Y SU RESPONSABILIDAD

Jorge Mañach. (*Diario de la Marina*, 3 de marzo de 1946, p. 2)

El problema de compaginar en la prensa la libertad y la responsabilidad es tan delicado y trascendente en todos los aspectos, que se comprende la resistencia con que la clase periodística suele oponerse a todo intento de disciplina que venga desde fuera, es decir, del poder público. Pero, de hecho, esta disciplina por ley existe en numerosos países, y precisamente en los más democráticos, lo que debiera por sí solo evidenciar que no se trata de una limitación inspirada por el autoritarismo, sino por la necesidad de conjugar libertades y garantías —las de los periódicos y las de los ciudadanos.

La dificultad del problema estriba en la fijación de la frontera. ¿Dónde está el límite preciso entre el albedrío que toda prensa necesita para ser informativa y veraz, y los miramientos que reclama al ajeno buen nombre? ¿Entre la necesidad, por otra parte, que cierto tipo de prensa tiene de ser amena, penetrante y hasta incisiva, y el derecho que a la intimidad de una reputación asiste de no ser lastimada ni mucho menos violada? Nadie quiere una prensa tímida, o una prensa uniformemente solemne.

Las revistas “picantes” en el sentido más general del adjetivo, son una de las delicias de la libertad —cuando no son uno de sus abusos. En fin: a nadie se le oculta lo difícil que a los periódicos y revistas le resulta —por las condiciones objetivas a que sus técnicas están sometidas—

das— asegurarse de la veracidad de todo lo que dicen antes de decirlo; y si hay que elegir entre una verdad útil aventurada sin pruebas y una ocultación de ella por falta de “seguridad”, creo que es preferible optar por la publicación de la verdad.

Es preferible, siempre que medie, sin embargo, por lo menos, la seguridad subjetiva: siempre que el periodista efectivamente tenga, aunque no pueda probarla, la convicción de lo que sabe es cierto. Esto es lo que pudiéramos llamar la buena fe periodística. Y eso, por desgracia, es lo que a menudo falta, ya sea porque una inquina de tipo personal o de tipo ideológico inclina al periodista a suponer verdad lo que no lo es, o por una deficiencia precipitada de información que le conduce al mismo error, en cuyo caso se trata más bien de una mala fe... técnica, si vale el concepto.

Todo el delicado problema se despejaría mucho si adquiriésemos el hábito de llevar a la práctica —es decir, a la vigilancia continua en el oficio— ciertas distinciones que nos son muy conocidas en la teoría. La primera de ellas es la consabida que separa lo que es **información** de lo que es **opinión**.

Los periódicos, como sabemos, están hechos de ambas cosas; pero con harta frecuencia las barajan y las confunden. El reportaje de **hechos** se mezcla con la emisión de **juicios**, y al amparo de esa mescolanza se enturbian los unos y los otros, dándose al lector como suceso, o como rasgos de él, lo que es sólo mera apreciación.

¿Existe algún límite legítimo a la información de hechos? A mi entender, todos los que sean de conocimiento útil a la colectividad deben serle comunicados. Por estos se excluyen y con razón, los hechos de la vida

privada —a menos que la vida privada de un hombre llegue efectivamente a lastimar—, por lo escandaloso de ella o por otras inequívocas razones, a la vida pública de la comunidad. Por igual o parecida consideración se excluyen también —aunque sea por un tiempo prudencial— del conocimiento público los hechos pertinentes a lo que pudiéramos llamar la vida privada del estado como tal, por ejemplo, ciertas cosas diplomáticas y, en general, todo lo que se ampara en la llamada razón de estado.

Los periodistas leales conocen bien el imperio de lo que los ingleses y americanos califican de **off the record**. Todo lo publicable como hecho está sujeto al otro derecho y función del periodismo: la **apreciación**. Y aquí es donde suelen crearse las mayores dificultades. ¿Qué límites tiene la apreciación? Por lo pronto habría que distinguir entre la apreciación infamante y la apreciación puramente crítica. Infamante es, en el lenguaje general (y ya no recuerdo bien si también en el de los códigos) el juicio que califica como delictiva una acción ajena, o que simplemente insinúa que lo es. Si de un gobernante se dice que es torpe y antipático, no se le infama; pero si se le imputa el haber metido las manos en el Tesoro para su propio provecho, o se deja entender tal cosa, se le está infamando, y entonces hay que probar que no se le está también difamando. En otras palabras, semejante imputación debiera estar efectivamente sujeta a sanción muy severa si no se la puede probar, o al menos apoyar en una fuerte prueba indiciaria.

¿Que bajo la amenaza de semejante sanción se pudiera emascular a la prensa, permitiendo que medren sin denuncia pública todo género de bribones? No hay duda

de que este peligro en alguna medida existe, mas no veo como se le pueda evitar sin caer en el extremo contrario, el de la terrible injusticia y estrago que supone arrancarle frívolamente su reputación a una persona decente —calumniar para que algo quede. Por otra parte, si el periodista está muy seguro de la acción delictiva que no puede probar, en algo tiene que apoyarse esa convicción suya, y ese algo —si no es pura adivinación— tiene que consistir en hechos, y nada hay que le vede trasladar tales hechos al lector para que este juzgue por su cuenta. Hay modos legítimos de insinuación —insinuación de buena fe— cuando la prueba falta.

Lo cual nos trae a un terreno cercano: el de la imaginación periodística. No puede dudarse de que esta también tiene su función. Cierta tipo de prensa, sin la cual el repertorio de la letra periódica sería muy aburrido, necesita de la fantasía para dar su propia sustancia. El tipo del periodista imaginativo es tan necesario como el biógrafo que no se limita a las arideces escuetas del dato documental. Pero también aquí me parece posible y conveniente distinguir entre la fantasía que meramente construye la verdad probable, y la fantasía disolvente; entre la imaginación juguetona y la imaginación lesiva. Bueno es someter, por ejemplo, a los hombres públicos a las abluciones de la ironía, pero no sumirlos en los ácidos corrosivos del sarcasmo. Bueno es imaginar un poco, para completar lo que se sabe; pero malo inventar a secas para disimular lo que se ignora. Un periodista no tiene el derecho de ser “incisivo” a costa de la honra ajena.

Y basta de monserga. Lo dicho —aunque a algunos pudiera no parecérselo— va dicho en defensa de la clase.



Sello postal conmemorativo, emitido en el tercer aniversario de la Escuela Profesional de Periodismo “Manuel Márquez Sterling”, en 1946 (tomada del repositorio digital de la Biblioteca Nacional de Cuba “José Martí”)

DE LOS AUTORES⁸

Ernesto Ardura Pardal (La Habana, 1917-Virginia, Estados Unidos, 1993). Periodista, ensayista y abogado. Ingresó en la redacción del diario *El Mundo* en 1942 y llegó a ser su director. Con el artículo “Fervor de América” recibió en agosto de 1947 el Premio Periodístico “Enrique José Varona”, y en 1953 su texto “Oración en silencio” recibió el Justo de Lara. Colaboró en publicaciones como *Bohemia* y *Revista Cubana* e impartió conferencias en el Lyceum y Lawn Tennis Club, en la Universidad de La Habana y en otras instituciones. Autor de *Prédica ingenua; ensayos y comentarios de interpretación nacional* (1954) y de *Misión de la prensa* (1955), así como de la selección y el prólogo de *Bregas de libertad* (1950), de Manuel Sanguily. En 1956 integró el Consejo de Gobierno de la Asociación Cubana del Congreso por la Libertad de la Cultura. Se opuso a la dictadura de Batista. Tras el triunfo revolucionario de 1959 marchó a establecerse en los Estados Unidos, donde publicó *América en el*

⁸ Estas fichas bibliográficas fueron confeccionadas usando información de las enciclopedias digitales Wikipedia y Eured, además de la revista *Espacio Laical* y los libros *Periodistas cubanos de la República 1902-1958* (Ediciones Temas, La Habana, 2015) y *Periodismo y nación. Premio Justo de Lara (1934-1957)* (Editorial José Martí, La Habana, 2013). Para los datos sobre José Agustín Martínez Viademonte fue útil el artículo “Cuba en la estrategia cultural de la España franquista (1945-1958)”, de Katia Figueredo Cabrera, publicado en *Pensamiento y Cultura*, revista de la Universidad de La Sabana, Colombia. En el caso de Antonio Hernández Travieso se utilizó la información ofrecida por la Universidad de Miami en su repositorio digital.

horizonte: una perspectiva cultural (1980) y *Cuba y su destino histórico: reflexiones sobre su historia y destino* (1989).

César Rodríguez Expósito (Rodas, Las Villas, 1904-La Habana, 1972). Periodista, dramaturgo e historiador. Trabajó en diarios nacionales como *El Día*, *El Imparcial*, *La Noche*, *La Lucha*, *Libertad*, *Diario de la Marina*, *Heraldo de Cuba*, *Avance*, *El País*, *Información* y *Excelsior*. Llegó a ser presidente de la Asociación de Reporteros de La Habana (1929-31 y 1935-37), perteneció al Colegio Nacional de Periodistas, fue presidente de la Federación de la Prensa Latina de América (1937), vicepresidente del Club Internacional de la Prensa (1931) y secretario del Patronato de la Escuela Profesional de Periodistas “Manuel Márquez Sterling” (1945). Ocupó el cargo de historiador del Ministerio de Salud Pública desde 1951 hasta su muerte.

Armando Suárez Lomba fue decano del Colegio Nacional de Periodistas entre 1953 y 1955.

Aureliano Sánchez Arango (La Habana, 1907-Miami, Estados Unidos, 1976). Político y profesor universitario cubano que llegó a ser ministro de Educación y de Estado durante el gobierno de Carlos Prío Socarrás. Autor de publicaciones como *El periodismo en la sociedad moderna* (1950), *Esquema de una biblioteca mínima para los institutos de segunda enseñanza* (1951) y *Hacia la meta del bienestar: el democratismo* (1959). En oposición a Batista fundó la organización Acción Armada Auténtica (Triple A). Fue parte del Consejo Revolucionario Cuba-

no, que debía ocupar el poder una vez desplazado Fidel Castro, tras el hipotético éxito de la invasión en Bahía de Cochinos.

Gastón Baquero (Banes, Cuba, 1914-Madrid, 1997). Escritor y periodista. Formó parte del grupo y la revista *Orígenes* (1944-1956), así como de las publicaciones literarias *Verbum* (1937), *Espuela de plata* (1939-1941) y *Clavileño* (1942-1944). Publicó además en *Social*, *Baraguá*, *Grafos*, *Revista Cubana*, *Orbe*, *Poeta* y *América*. Como periodista se destacó por sus colaboraciones a partir de 1944 en *Información*. Posteriormente pasó al *Diario de la Marina*, donde llegó a ser redactor jefe y comentarista cultural en las secciones “Panorama” y “Aguja de mareas”. En 1958 renunció a su trabajo en este último periódico. Desde 1952 fue senador en el Consejo Consultivo de Fulgencio Batista. Pocos meses después de la llegada de Castro al poder, en 1959, emigró, primero a Estados Unidos y finalmente a España, donde radicó hasta su muerte. Entre sus libros publicados figuran *Poemas* (La Habana, 1942), *Saúl sobre su espada* (La Habana, 1942), *Ensayos* (La Habana, 1948), *Poemas escritos en España* (Madrid, 1960), *Memorial de un testigo* (Madrid, 1966), *La evolución del marxismo en Hispanoamérica* (Madrid, 1966), *Poemas invisibles* (Madrid, 1991) e *Indios, blancos y negros en el caldero de América* (Madrid, 1991).

Rafael Marquina (Barcelona, España, 1887-La Habana, 1960). Escritor, periodista, crítico y autor teatral, director del Teatro-Biblioteca del Pueblo en Cuba. Colaboró con varias publicaciones de la época, como los periódicos *Alerta*, *Avance*, *Frente*, *Heraldo* e *Información*. En este

último tuvo a cargo las secciones “El Correo Semanal” y “Vida Cultural y Artística”. En 1947 obtuvo el Premio Periodístico “Ignacio Agramonte” por su artículo “El día del abogado”. Escribió biografías sobre Gertrudis Gómez de Avellaneda, Antonio Maceo, Juan Gualberto Gómez y Mirta Cerra. Entre sus publicaciones sobre periodismo destaca *Amores, bodas y divorcios entre prensa y público* (1950). Elaboró el índice por materias de las *Obras completas* (Editorial Lex, 1946) de José Martí y tradujo al español *Las flores del mal*, de Baudelaire, así como textos de varios autores catalanes.

Jorge Luis Martí. Periodista, abogado, ensayista y profesor. En 1935 comenzó a colaborar con el diario *El Mundo*, del que llegó a ser jefe de Información y Redacción. Sus columnas “Facetas Mundiales”, “Comentarios” y “Alrededor del Mundo” marcaron una línea de opinión sobre temas internacionales. En 1945 empezó sus estudios en la Escuela de Periodismo de la Universidad de Minnesota, EE.UU., gracias a una beca de seis meses. Recibió los premios nacionales de periodismo Enrique José Varona (1948), Juan Gualberto Gómez (1951) y Justo de Lara (1954). En 1955 fue nombrado subdirector de *El Mundo*. Colaboró también en *Bohemia*, *Revista Bimestre Cubana*, *Journalism Quarterly*, *Cahiers de Législation* y otras. Entre sus libros publicados figuran *Perspectivas de la política mundial* e *Ideas y doctrinas sociales del Antiguo Oriente*.

José Agustín Martínez Viademonte (La Habana, 1866-1962). Destacado jurista, político y colaborador de *El Mundo*, *Bohemia*, *Diario de la Marina* y la *Revista*

Penal de La Habana. Fue una personalidad importante en las relaciones entre la Cuba republicana y la España franquista. Llegó a ocupar los cargos de ministro de Educación, asesor técnico del ministro de Justicia y ministro de Estado de la República de Cuba. Fue presidente del Instituto Cultural Cubano-Español entre 1948 y 1957.

Raoul Alfonso Gonsé. Nacido en 1903, en La Habana. Fue redactor jefe de la página política del diario *El Mundo*, entre 1940 y 1947, y en 1954 se encargó de la dirección. Dirigió, además, el periódico *Alerta*. Ocupó el cargo de vicepresidente de la Sociedad Interamericana de Prensa, a la que siempre estuvo vinculado.

Antonio Hernández Travieso. Escritor, periodista y filósofo. Colaborador de *El Mundo*. Autor de libros como *Varela y la reforma filosófica en Cuba* (Jesús Montero Editor, La Habana, 1942), *La personalidad de José Ignacio Rodríguez* (Universidad de La Habana, 1946) y *El padre Varela. Biografía del forjador de la conciencia cubana* (Premio Emilio Bacardí Moreau, 1948; Premio Mejor Biografía de la Dirección de Cultura del Ministerio de Educación de Cuba, 1949). Traductor al español de la obra *Bartolomé de las Casas, pensador político, historiador, antropólogo*, de Lewis Hanke (Sociedad Económica de Amigos del País, La Habana, 1949). Fundador y primer director de la *Revista de los estudiantes de Filosofía*, creada en 1901 por la Universidad de La Habana.

Lino Novás Calvo (La Coruña, España, 1903-Nueva York, Estados Unidos, 1983). Uno de los mayores narradores cubanos de todos los tiempos. Fue además pe-

riodista, ensayista, poeta, crítico literario, dramaturgo, traductor y profesor de idiomas. Autor de importantes obras como *El negrero. Vida novelada de Pedro Blanco Fernández de Trava* (Espasa-Calpe, 1933), *Pedro Blanco, el negrero* (Ed. Letras Cubanas, 1990), *Cayo Canas* (Espasa-Calpe, 1946), *Maneras de contar* (Las Américas Publishing Co., 1970), *8 narraciones policiales* (Ed. Oriente, 1995), *Angusola y los cuchillos* (Ed. Oriente, 2003), *Lino Novás Calvo: periodista encontrado* (Ed. Aldabón, 2004) y *Otras maneras de contar* (Ed. Tusquets, 2005). En el periódico *Hoy* mantuvo durante años su famosa columna “Una hora en el mundo”. Colaboró también en *Gaceta del Caribe*, *Información*, *Trimestre*, *Mensuario de Artes*, *Literatura*, *Historia y Crítica* y sobre todo en *Bohemia*, donde se dio a conocer su traducción de la novela de Hemingway, *El viejo y el mar*.

Jorge Mañach y Robato (Sagua la Grande, Cuba, 1898 - San Juan de Puerto Rico, 1961). Escritor, periodista, ensayista y filósofo. Comenzó su carrera periodística en *Diario de la Marina*, con su sección “Glosas”. Con igual nombre continuaría más tarde una columna en *El País*. Escribió asimismo para las revistas *Bohemia* y *Social*, además de formar parte del grupo de editores de *Revista de Avance*. Fue miembro activo del Grupo Minorista. A partir de 1932 incursionó en la radio, con el programa “La Universidad del Aire”, transmitido por el Circuito CMQ. Como parte de su filiación al partido ABC, entre 1934 y 1935 asumió la dirección del periódico *Acción* —órgano oficial de dicha agrupación política. Desde las páginas de este último periódico escribió “El estilo de la Revolución”, artículo que le permitió ganar el prestigioso

premio periodístico Justo de Lara en 1934. Formó parte del Colegio Nacional de Periodistas y de la Asociación de Repórteres de La Habana; director del Departamento de Actividades Culturales del Circuito CMQ y del noticiero musical de CMBF; miembro de la Academia de la Historia de Cuba, la Academia Nacional de Artes y Letras, la Academia Cubana de la Lengua, la Sociedad Económica de Amigos del País y la Institución Hispano-Cubana de Cultura. Con CMQ llevó desde 1950 el programa televisivo “Ante la Prensa”. Publicó, entre otros libros, *La crisis de la alta cultura en Cuba* (1925), *Estampas de San Cristóbal* (1926), *Martí, el Apóstol* (1933), *Indagación del Choteo* (1940), *Historia y estilo* (1944), *Historia de la Filosofía* (1947) y *Teoría de la Frontera* (1971). Murió exiliado en Puerto Rico.

